

Paidós Básica

Últimos títulos publicados:

76. D. Devereux - *La conciencia explicada. Una teoría interdisciplinaria*
77. J. L. Nancy - *La experiencia de la libertad*
78. C. Geertz - *Tras los hechos*
79. R. R. Aramayo, J. Murguierza y A. Valdecantos - *El individuo y la historia*
80. M. Augé - *El sentido de los otros*
81. C. Taylor - *Argumentos filosóficos*
82. T. Luckmann - *Teoría de la acción social*
83. H. Jonas - *Técnica, medicina y ética*
84. K. J. Geiger - *Realidades y relaciones*
85. J. S. Searle - *La construcción de la realidad social*
86. M. Cruz (comp.) - *Tiempo de subjetividad*
87. C. Taylor - *Fuentes del yo*
88. T. Nagel - *Igualdad y parcialidad*
89. U. Beck - *La sociedad del riesgo*
90. O. Ndle (comp.) - *La racionalidad: su poder y sus límites*
91. K. R. Popper - *El mito del mundo común*
92. M. Lévinas - *De kama*
93. M. Goddier - *El enigma del don*
94. T. Eagleton - *Ideología*
95. M. Platts - *Realidades morales*
96. C. Solís - *Auto-referencia: filosofía, sociología e historia de la ciencia*
97. J. Bestard - *Parentesco y modernidad*
98. J. Habermas - *La inclusión del otro*
99. J. Good - *Representaciones y contradicciones*
100. M. Foucault - *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, vol. 1*
101. M. Foucault - *Estrategias de poder. Obras esenciales, vol. 2*
102. M. Foucault - *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, vol. 3*
103. K. R. Popper - *El mundo de Platón*
104. R. Rorty - *Verdad y progreso*
105. C. Geertz - *Negara*
106. H. Blumenberg - *La legibilidad del mundo*
107. J. Derrida - *De la gramática*
108. P. Feyerabend - *La consistencia de la ciencia*
109. B. Moore - *Pureza moral y persecución en la historia*
110. H. Arendt - *La vida del espíritu*
111. A. MacIntyre - *Animales racionales y dependientes*
112. A. Kuper - *Cultura*
113. J. Rawls - *Lecciones sobre la historia de la filosofía moral*
114. T. S. Kuhn - *El camino desde la «estructura»*
115. W. V. O. Quine - *Desde un punto de vista lógico*
116. H. Dumenil - *Trabajo sobre el mito*
117. J. Plater - *Alquimias de la mente*
118. I. F. Shaw - *La evaluación cualitativa*
119. M. Nussbaum - *La terapia del deseo*
120. H. Arendt - *La tradición oculta*
121. H. Putnam - *El desplome de la dicotomía hecho-haber y otros ensayos*
122. H. Arendt - *Una revisión de la historia judía y otros ensayos*
123. M. C. Nussbaum - *El cultivo de la humanidad*
124. L. S. Vygotsky - *Psicología del arte*
125. C. Taylor - *Imaginario social moderno*
126. J. Habermas - *Entre naturalismo y religión*
127. M. Cruz (comp.) - *El siglo de Hannah Arendt*
128. H. Arendt - *Responsabilidad y juicio*
129. H. Arendt - *La promesa de la política*
131. J. Rawls - *Lecciones sobre la historia de la filosofía política*

Martyn Hammersley
Paul Atkinson

Etnografía

Métodos de investigación

2ª edición revisada y ampliada

SUMARIO

Agradecimientos	11
Prefacio a la segunda edición	13
1. ¿Qué es la etnografía?	15
2. El diseño de la investigación: problemas, casos y muestras	39
3. El acceso	71
4. Relaciones de campo	97
5. Los relatos nativos: escuchar y preguntar	141
6. Documentos	175
7. Registrar y organizar la información	193
8. El proceso de análisis	223
9. La escritura etnográfica	259
10. Ética	283
Bibliografía	309
Índice de autores	335
Índice analítico	341

Capítulo 2

EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN: PROBLEMAS, CASOS Y MUESTRAS

A primera vista, la conducción de la etnografía puede parecer decepcionantemente sencilla. De hecho, algunos autores dan tan poca información sobre la investigación como la que ellos mismos tenían antes de realizar su trabajo de campo. Nader, por ejemplo, cuenta cómo esto llegó a convertirse en una tradición entre los antropólogos de Norteamérica:

Antes de abandonar Harvard fui a ver a Kluckhohn. A pesar de la experiencia que ya tenía como estudiante de Harvard, esta última sesión me dejó completamente frustrado. Cuando pregunté a Kluckhohn si tenía algún consejo para darme, me contó la historia de un estudiante de posgrado que había planteado a Kroeber la misma pregunta. Como respuesta, se dice que Kroeber cogió de su estante el libro de etnografía de mayor tamaño y grosor y le dijo: «Vete y hazlo así».

(Nader, 1986, pág. 98)

Esta ausencia de consejos parece descansar en la suposición de que la conducción de la etnografía no es problemática en absoluto, y que casi no necesita preparación o conocimiento previo.

Una de las razones de esta reticencia a enseñar cómo realizar la investigación etnográfica parte de la convicción de que tal investigación no puede ser programada, que su práctica se constituye por lo inesperado, como cualquier lectura de las biografías etnográficas recientemente publicadas confirmaría. Es más, toda investigación es una actividad práctica que requiere el ejercicio de un juicio en el contexto; no se trata de seguir simplemente unas reglas metodológicas.

Existe otra razón, sin embargo, aunque menos legítima, por la que los consejos dados a los que se embarcan en el trabajo de campo frecuentemente se reducen a un simple «vete y hazlo»: se basa

en la idea, asociada al naturalismo, de que la etnografía consiste en una observación y descripción abierta, de forma que el «diseño de la investigación» parece algo superfluo. Lo que es una simple estrategia práctica de investigación se convierte en todo un paradigma de la aproximación. Hablando sobre el estudio del comportamiento animal, Tinbergen (1972, pág. 23) señala que el período de conocimiento exploratorio e intuitivo posee un valor especial «cuando se ve en peligro de no disponer de suficiente información sobre los fenómenos naturales o sentir que se está estrechando nuestro campo de visión». En sociología, los naturalistas han apelado algunas veces a la historia natural y a la etología para legitimar sus recomendaciones sobre la observación y descripción exploratorias (Lofland, 1967; Blumer, 1969; Speier, 1973). Sin embargo, es importante recordar que en etología la observación está dirigida por un relativamente bien definido cuerpo de axiomas derivados de la teoría evolucionista. El propio Darwin (citado en Sellitz y otros, 1959, pág. 200) señala en un determinado momento: «Qué raro es que no haya visto la observación como si debiera ir a favor o en contra de algún punto de vista, si es que esto tiene alguna utilidad».

Ciertamente, debemos reconocer que, mucho menos que otras formas de investigación social, el curso de una etnografía no puede estar predeterminado. Pero ello ni elimina la necesidad de una preparación previa al trabajo de campo ni significa que el comportamiento del investigador en el campo haya de ser caótico, ajustándose meramente a los hechos, tomando en cada momento «la dirección que presenta menos resistencia». En nuestra opinión, el diseño de la investigación debe de ser un proceso reflexivo en todas las etapas del desarrollo del proyecto.

PROBLEMAS PRELIMINARES

La investigación siempre comienza con el planteamiento de un problema o grupo de problemas; es lo que Malinowski denomina «problemas preliminares»:

Estar bien preparado teóricamente no equivale a cargar con «ideas preconcebidas». Si una persona que se embarca en una expedición está determinada a verificar ciertas hipótesis y es incapaz de cambiar cuantas veces sean necesarias su punto de vista y deshacerse de apriorismos cuando las evidencias así lo aconsejan, resulta innecesario decir que su trabajo no será de ningún valor. Sin embargo, cuantos más

problemas lleve consigo al campo, más propenso será a moldear la teoría de acuerdo con los hechos y a ver los hechos en relación con la teoría, y mejor preparado estará para el trabajo. Las ideas preconcebidas son perniciosas en cualquier tipo de trabajo científico, pero aventurar problemas preliminares es la principal cualidad de un científico, y esos problemas se revelan por primera vez al observador a partir de sus estudios teóricos.

(Malinowski, 1922, págs. 8-9)

A veces el punto de partida de una investigación es una teoría bien fundamentada de donde se extraen una serie de hipótesis. Estas teorías, que son relativamente escasas en antropología y sociología, son tal vez más frecuentes en psicología social (un ejemplo de observación participante de este tipo es la de Festinger y otros, 1956). Probaron la teoría de la disonancia cognitiva al investigar la reacción de los miembros de un grupo religioso apocalíptico ante el hecho de que el mundo no acabó el día que había predicho su líder.

La mayoría de las investigaciones etnográficas se preocupan más por desarrollar teorías a partir de datos de campo que en verificar hipótesis ya existentes, y una serie de autores, especialmente Glaser y Strauss (1967), han llamado la atención sobre la ventajas que comporta desarrollar teorías mediante el registro sistemático de información de campo en lugar de confiar en la «teorización de sillón». No obstante, como el propio Strauss ha señalado, a veces, antes de que el trabajo comience, se pueden conseguir avances considerables en la clarificación y el desarrollo de los problemas de investigación. Como ilustración, él se sirve del trabajo de Davis (1961a) sobre «la gestión de interacciones tensas con personas que tienen deficiencias visibles»:

La teoría de Davis trata de interacciones 1) *tensas* 2) *amistosas* en 3) *contactos cara a cara* entre 4) *dos personas*, una de las cuales tiene 5) *una deficiencia visible* y la otra es 6) *normal* (no tiene una deficiencia visible). [...] Los términos señalados en la frase anterior empiezan por sugerir lo que está explícita o implícitamente omitido en la formulación teórica de Davis. La teoría concierne a la visibilidad (física) de los incapacitados, no de gente cuyas incapacidades no sean inmediatamente visibles para la personas con las cuales interactúan. La teoría concierne a la interacción entre dos personas (no más de dos) [...] La interacción ocurre en situaciones denominadas «amistosas»: es decir, la relación entre las personas que interactúan no es ni impersonal ni íntima. Amistosa también denota una interacción suficientemente pro-

longada para permitir algo más que un encuentro momentáneo, pero no tan prolongado como para volverse familia.

(Strauss, 1970, págs. 47-48)

Strauss continúa mostrando que al modificar diferentes elementos de una teoría se pueden generar nuevas cuestiones para investigar.

Frecuentemente, la literatura sobre el tema es menos elaborada que el caso expuesto por Strauss, pero, a veces, la ausencia de conocimiento detallado sobre un fenómeno o proceso puede representar un punto de partida práctico para la investigación. MacIntyre (1977) nos proporciona un ejemplo en su estudio sobre el embarazo de mujeres solteras:

Aproximadamente una quinta parte del total de embarazos, e incluso un porcentaje mayor de primeros embarazos, en Gran Bretaña a comienzos de los años setenta, eran de mujeres solteras. Normalmente las mujeres solteras embarazadas tenían ante sí cuatro tipos de respuestas posibles: el matrimonio con el supuesto padre, la inducción al aborto, permanecer solteras y tener el hijo y permanecer solteras y dar el niño en adopción. Se sabe que la incidencia de estas respuestas ha cambiado de una época a otra, como, por supuesto, han cambiado en este sentido las actitudes sociales, la política social y la legislación, y estos cambios han sido objeto de estudios históricos y demográficos. *Sin embargo, se sabe poco de cómo las respuestas arriba señaladas han influido o han sido influidas por las actitudes sociales, la política social y la legislación.*

(MacIntyre, 1977, pág. 9; las cursivas son nuestras)

Otra alternativa para estimular la investigación suele ser un hecho o una encadenación de hechos que causan sorpresa. Así, Measer (1983) notó no sólo que las chicas tendían a ir peor que los chicos en los exámenes de ciencias sino que esta diferencia era incluso mayor en las clases de ciencias de Nuffield, clases centradas en el aprendizaje de la ciencia mediante el descubrimiento. Ella investigó por qué ocurría esto a través de la observación participante en Nuffield y mediante entrevistas, realizadas tanto a chicos como a chicas, sobre sus actitudes respecto a las clases de ciencias.

Como ilustra este ejemplo, la relevancia de este problema preliminar puede ser no tanto teórica como política o práctica, en este caso relativo a la igualdad de oportunidades para las mujeres. A ve-

ces, cuando el punto de partida no es la teoría social, la elaboración del problema de investigación pronto conduce a la teoría, como indica el trabajo de Freilich sobre los héroes mohawk:

Los neoyorquinos a veces leen en los periódicos algo referente a un fenómeno insólito en su medio: los indios mohawk trabajan en las estructuras de acero de varios edificios de la ciudad y de los alrededores. Artículos, a veces ilustrados con fotografías de indios sonrientes, hablan sobre esos mohawk «valientes» y «seguros». Por qué tantos mohawk trabajan en estructuras de acero es una cuestión frecuentemente investigada por los estudiantes de las universidades de Nueva York y sus alrededores. En 1956, este problema constituyó mi primera investigación profesional. En mi proyecto de investigación utilizaba como contraposición el artículo de A. F. C. Wallace «Algunos determinantes psicológicos del cambio cultural de una comunidad iroquesa». El artículo de Wallace sugería que los mohawk carecían de vértigo y que esto explicaba su proliferación en la industria del acero. Yo argumentaba que una característica negativa (la ausencia de vértigo) no podía tener consecuencias positivas específicas (llevar a una tribu entera a trabajar en estructuras de acero). Continuaba argumentando que para la industria del acero no hay un valor funcional en la falta de miedo a las alturas y que, en realidad, el caso era el contrario: el miedo a los lugares altos conduce a una actitud prudente que salva vidas. Un argumento más plausible parecía ser que los mohawk actuaban como si no tuvieran miedo a las alturas. Mediante el planteamiento de un problema derivado, «¿por qué se produce esta actitud tan imprudente?», yo desarrollaba la teoría de que el hecho de que los factores socioculturales se explican mejor a través de factores sociales y culturales que psicológicos. Yo tenía la ligera impresión de que el hecho de que los mohawk trabajaran en las estructuras de acero representaba algún tipo de continuidad cultural. Así, las cuestiones que planteaba eran 1) ¿por qué es bueno, culturalmente, para un hombre mohawk trabajar en estructuras de acero? y 2) ¿cómo se relaciona esa valoración positiva con la cultura y la historia mohawk?

(Freilich, 1970a, págs. 185-186)

Los acontecimientos sociales pueden estimular la investigación, proporcionando una oportunidad para explorar acontecimientos poco usuales o comprobar la validez de una teoría. A este respecto, es importante considerar lo que a veces se llaman «experimentos naturales»: innovaciones organizativas, desastres naturales o crisis políticas que permiten revelar lo que pasa cuando se suprimen los factores limitativos que normalmente constriñen algún elemento de la vida social. En tales ocasiones los fenómenos sociales, que

normalmente son naturalizados, se tornan visibles para los propios participantes y para el observador. Schatzman y Strauss (1955) proporcionan un ejemplo de ello en sus estudios sobre los problemas de la comunicación interclasista que surgen después de un tornado. Estudiar los orígenes y consecuencias de las innovaciones organizativas suele ser todavía más común. Un ejemplo es el estudio de Walford y Miller de la Kingshurst School, el primer City Technology College en Gran Bretaña, establecido como parte de las reformas educativas de finales de los ochenta (Walford, 1991a; Walford y Miller, 1991).

Incluso encuentros azarosos o experiencias personales pueden proporcionar motivos y oportunidades para la investigación. Henslin realizó una investigación sobre los indigentes como resultado del encuentro con alguien para quien el problema de la indigencia se había convertido en una pasión absorbente:

Quando [él] se dio cuenta de que yo era sociólogo y que estaba escribiendo un libro de texto sobre problemas sociales, me pidió que le dejara colaborar conmigo en un libro sobre la indigencia. Él pensaba que mis conocimientos podían aportar un marco de organización que nos ayudaría a condensar sus muchas experiencias y observaciones en un todo unificado. Durante nuestro intento de colaboración, insistía que, como sociólogo, yo debía obtener mis propias experiencias de primera mano con los indigentes. Aunque yo entendía que la idea era atractiva, debido a mis compromisos de escritura yo no podía barajar esa posibilidad. Sin embargo, como él sacaba el tema una y otra vez, debo admitir que me tocó la fibra, haciendo aparecer en mí algo más que un pequeño sentimiento de culpa sociológico. Después de todo, soy instructor de problemas sociales, y no sabía *realmente* nada acerca de los indigentes [...] Ante la constante arremetida, me mostré más receptivo a la idea. (O tal vez debería decir que, finalmente, me preocupó.) Cuando me invitó a un viaje pagado a la ciudad de Washington y me prometió que vería algo desconocido hasta la fecha para mí —como los indigentes durmiendo en las aceras con vistas a la Casa Blanca—, mi imaginación se disparó, él agujereó mi coraza. Con el atractivo que suponía dicha intrigante yuxtaposición de poder y de falta de todo poder, de bienestar y pobreza, ¿cómo podía resistirme a su oferta?

(Henslin, 1990, pág. 52)

Por el contrario, Curren (1992, págs. 4-5) dio comienzo su investigación sobre madres pakistaníes en Gran Bretaña como resultado de su propia experiencia como madre inglesa en Peshawar, Pakis-

tán. Las preguntas de su investigación surgieron inicialmente de lo que ella había visto como un paralelismo entre su posición anterior y la de la gente que ella había escogido como tema de estudio, y desde su empatía por esa gente. Es habitual que la investigación se vea estimulada por experiencias previas en trabajos permanentes o temporales. Así, Olesen señala los orígenes de su investigación sobre los trabajadores clericales temporales en su propia experiencia de apoyo como estudiante mientras trabajaba en un servicio de mecanografía (Olesen, 1990, pág. 214). Por descontado, el interés de la investigación puede surgir igualmente de una diferencia, de un conflicto, y de sentimientos negativos. Van Maanen (1991, pág. 33) señala que su larga carrera investigando la cultura policial empezó en parte debido a que había sido «sujeto merecedor de algo más que la atención policial y de ahí que yo observara a la policía con algo de asco, cierto miedo y una considerable curiosidad».

Estímulos como éste habitualmente no suelen ser suficientes en sí mismos como para llevar a la formulación de un problema de investigación. Para que esto ocurra, las experiencias, antes de entrar en el campo de estudio, deben someterse a una reflexión analítica. ~~Las experiencias se convierten en interesantes o significativas para las ideas teóricas; los estímulos no son intrínsecos a las experiencias en sí.~~ Sin embargo, no existe una única regla universal que determine hasta qué punto se puede elaborar el problema de investigación antes de empezar el trabajo de campo. Explorar los componentes e implicaciones de un problema preliminar general con ayuda de la lectura de la literatura pertinente disponible es un primer paso necesario. En este sentido, no sólo son relevantes las monografías y los artículos periodísticos sino también los informes oficiales y periodísticos, autobiografías, diarios y novelas basadas en hechos reales, etcétera (véase el capítulo 6). De todas formas, siempre se llega a un punto donde no se puede progresar más sin iniciar la recogida directa de información, aunque la reflexión y el uso de la literatura secundaria deban continuar más allá de ese punto.

EL DESARROLLO DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

El objetivo de la fase anterior al trabajo de campo y la de los primeros intentos por conseguir información, es convertir los problemas preliminares en un cuerpo de cuestiones a partir del cual se puedan extraer respuestas teóricas, ya consistan éstas en una descripción narrativa de una secuencia de hechos, en un relato gene-

ralizado de las perspectivas y prácticas de un grupo particular de actores o en formulaciones teóricas más abstractas. Sin embargo, en este proceso los problemas originales son transformados o incluso completamente abandonados a favor de otros, como ilustra Dollard:

Mi objetivo original era estudiar la personalidad de los negros del Sur, tener acceso a algunas historias de vida y aprender algo sobre la manera como crecen las personas negras. No estaba entre mis preocupaciones hacer un estudio de comunidad, considerar el problema de la herencia cultural del negro o tratar de la estructura emocional de una pequeña ciudad del Sur profundo. No obstante, estaba obligado a estudiar la comunidad porque la vida de los individuos que la integran está enraizada en ella.

Sólo habían transcurrido unos días de los cinco meses que pasé en Southerntown cuando me di cuenta de que lo blanco y los blancos forman parte inseparable de la vida mental del negro. Éste tiene un patrón blanco; frecuentemente tiene también algún antepasado blanco; a veces, de niño, juega con otros niños blancos; y vive bajo una serie de reglas impuestas por la sociedad blanca. Las vidas de blancos y negros están tan dinámicamente entrecruzadas y fijadas en un sistema que los unos no pueden ser entendidos sin los otros. Este descubrimiento puso fin a mi objetivo de recoger historias de vida de negros de forma aislada.

Las historias de vida de negros hacen referencia constantemente a una situación global, por ejemplo, a la propia Southerntown, al condado, al área cultural sudista y, en sentido más global, a toda la región productora de algodón en Estados Unidos. Este planteamiento es sin duda incómodo, porque me fuerza a tener que informarme sobre la comunidad, el condado y otros muchos aspectos aparentemente no relacionados con el problema de la investigación. El estudio del contexto social de los negros desbordó el objetivo original de la investigación, al menos en lo que concierne a las historias de vida.

(Dollard, 1957, págs. 1-2)

El cambio de los problemas de investigación puede obedecer a diferentes causas. En el caso de Dollard, él descubrió que la formulación original del problema estaba basada en suposiciones equivocadas. Igualmente se puede concluir que, dado el estado del conocimiento existente, un problema determinado es irresoluble. Medawar comenta:

Los buenos científicos estudian los problemas más importantes entre los que ellos piensan que pueden resolver. Y, verdaderamente, su co-

metido profesional es solucionar problemas y no sólo intentar superarlos. El espectáculo del científico enfrascado en un combate contra las fuerzas de la ignorancia no es muy aleccionador: si, al final, ese científico sale derrotado. Por eso los problemas biológicos más importantes todavía no han aparecido en la agenda de las investigaciones en curso.

(Medawar, 1967, pág. 7)

Periódicamente, los metodologistas redescubren la verdad del viejo adagio que dice que encontrar la pregunta es más difícil que responderla (Merton, 1959). Gran parte del esfuerzo invertido en el desarrollo teórico concierne a la formulación y reformulación de problemas de investigación con la intención de hacerlos más propicios a soluciones teóricas.

Los problemas varían entre sí en su grado de abstracción. Algunos, especialmente los derivados de preocupaciones prácticas o políticas, se llamarán «tópicos» (Lofland, 1976), concernientes a tipos de gente y situaciones rápidamente identificables en el lenguaje cotidiano. Otros tienen un carácter más «genérico». En estos casos el investigador hace preguntas del tipo «¿Cómo se manifiesta en una determinada situación particular el concepto sociológicamente abstracto de *clase*?» y «¿Cuáles son las características abstractas de un tipo especial de situación?». Esta distinción entre problemas de investigación tópicos y genéricos está estrechamente relacionada con la división establecida por Glaser y Strauss entre análisis formales y sustantivos.

Por teoría sustantiva entendemos el tipo de investigación desarrollada por un interés sustantivo o empírico o correspondiente a un área de la sociología, problemas como el cuidado de los enfermos, las relaciones raciales, la educación profesional, la delincuencia o la investigación de organizaciones. Por teoría formal entendemos el desarrollo de una investigación formal o conceptual, que plantea problemas como el estigma, el comportamiento desviado, la organización formal, la socialización, las incongruencias entre estatus, poder y autoridad, el sistema de recompensas o la movilidad social.

(Glaser y Strauss, 1967, pág. 32)

Frecuentemente, la investigación etnográfica suele ser una constante interacción entre lo tópico y lo genérico, entre lo sustantivo y lo formal. Se puede comenzar con alguna noción de análisis formal e intentar extender o refinar su aplicación en el contexto de una deter-

minada cuestión sustantiva. Esto queda ilustrado con la referencia al trabajo de Hargreaves, Hester y Mellor (1975) sobre la desviación en contextos escolares. Comenzando por el concepto formal de «teoría de la nivelación», Hargreaves y sus colegas buscan extender el uso de esta estructura analítica y examinar su valor para el estudio de la desviación escolar. Ellos consiguieron establecer una especie de «lista de la compra» de temas. Esta lista de temas cambia el foco de atención desde lo formal hacia lo sustantivo, de lo genérico hacia lo tópico:

Reglas. ¿Cuáles son las reglas en escuelas y aulas? ¿Cuáles son las reglas supuestamente desobedecidas en casos de desviación? ¿Quién establece las reglas? ¿Siempre están sujetas a negociación? ¿Cómo se transmiten las reglas a los miembros? ¿Cómo se justifican las reglas, quién las justifica y a quiénes, y en qué ocasiones? ¿Los profesores y los alumnos perciben las reglas de la misma manera? ¿Son algunas reglas percibidas como legítimas por algunos profesores y algunos alumnos? ¿Cómo saben los miembros a qué se refieren las reglas en una situación dada? ¿Cómo clasifican las reglas los miembros? ¿Qué diferencias ven los miembros entre diferentes reglas? Por ejemplo, ¿varía la importancia de las reglas?

Actos desviados. ¿Cómo relacionan los miembros un acto a una regla de forma que se pueda caracterizar como desviación? ¿Cómo saben los profesores que un alumno ha desobedecido una regla?, es decir, ¿cuál es la parte de interpretación que les corresponde a los profesores para que algunos actos sean caracterizados como desviación? De forma similar, ¿cómo saben los alumnos que sus actos son una desviación?

Personas desviadas. ¿Cómo imputan los profesores actos desviados a personas de forma que algunas sean definidas como desviadas? ¿Cuál es la relación entre diferentes niveles? ¿Por qué un nivel es más importante que otros?

Tratamiento. ¿Qué reacciones tienen los profesores frente a actos o personas definidos como desviados? ¿A qué niveles y con qué justificaciones deciden los profesores sobre los tratamientos aplicados?

El desarrollo de la desviación. ¿Cuál es la estructura de la trayectoria del alumno desviado? ¿Cuáles son las contingencias de esas trayectorias? ¿Cómo se inician y terminan esas trayectorias?

(Hargreaves y otros, 1975, págs. 23-24)

Una lista de problemas como ésta requiere sin lugar a dudas un conocimiento previo del trabajo sociológico existente sobre las escuelas y la desviación, y refleja una interacción entre intereses formales y sustantivos. Estas cuestiones no constituyen una hipótesis (o cuerpo de hipótesis) de investigación, ni siquiera representan pro-

piamente un diseño de investigación. Asimismo, no es de esperar que esta lista sea la definitiva: en algunos aspectos se revelará demasiado ambiciosa y en otros, probablemente, omitirá problemas imprevistos.

También se pueden desarrollar problemas de investigación mediante el trasplante de una estructura de investigación de área sustantiva a otra. Uno de los principales procedimientos del estudio de la escuela médica de Kansas realizado por Becker y otros (1961) es de este tipo. Ellos adoptan una perspectiva de la sociología industrial —los trabajadores industriales intentan establecer su propio «nivel y organización del esfuerzo de trabajo»— y la aplican a la situación tópica de los estudiantes de medicina que, superados por las demandas académicas, intentan negociar niveles razonables de esfuerzo y establecer una dirección apropiada a su trabajo.

Así como se pueden formular problemas desplazándose de lo formal hacia lo sustantivo, también se puede hacer en sentido contrario, de lo sustantivo hacia lo formal o genérico. Esto puede ilustrarse en parte con un proyecto de investigación en el cual uno de nosotros (Atkinson, 1981b) ha estado participando. El proyecto en cuestión está relacionado con la investigación de «unidades de formación industrial», diseñadas para facilitar la transición de la vida escolar a la vida de trabajadores. La investigación consideraba varios tipos de líneas de trabajo, incluyendo la observación participante en dos unidades industriales, entrevistas a cargos de responsabilidad de la empresa, fuentes documentales, etcétera. El proyecto no era un mero estudio de caso «único» sino que estaba compuesto de un número de investigaciones similares que se estaban llevando a cabo en varios lugares de Gran Bretaña. Esos otros proyectos también estaban investigando intervenciones innovadoras para facilitar la transición de la escuela al mundo del trabajo.

La formulación de las líneas del trabajo de investigación comenzó con el planteamiento de problemas preliminares, originalmente de naturaleza sustantiva o tópica. En los primeros movimientos exploratorios, el equipo de investigación comenzó la fase de trabajo de campo intentando responder a preguntas del siguiente tipo: ¿cómo es el trabajo del día a día en la unidad? ¿Cómo son seleccionados y evaluados los estudiantes? ¿Qué clase de trabajo hacen y para qué tipo de trabajo van a ser preparados?

Durante el transcurso del trabajo de campo fueron identificados con más precisión varios temas y surgieron nuevas categorías de análisis. Al mismo tiempo, en nuestro proyecto se hizo necesario formular esas ideas en términos que fueran más generales que sus

manifestaciones locales. Un importante motivo para ello era que *teríamos* que generar conceptos o principios que permitieran una comparación sistemática entre los diferentes proyectos que se estaban realizando en Gran Bretaña. Un memorando de la investigación lo planteó de la siguiente manera:

En nuestra última reunión [...] estudiamos la posibilidad de desarrollar y trabajar con algunas categorías de análisis general. La idea que yo estaba planteando [...] era que los proyectos de evaluación estaban condenados a ser poco más que asuntos locales y aislados, a menos que consiguiéramos trabajar con ideas y armazones conceptuales de una aplicación más generalizable. Esa «generalización» no significaba que necesariamente todos los proyectos tuvieran que trabajar dentro del «mismo» diseño de investigación o recoger los «mismos» datos mediante la «misma» técnica. No hay duda de que algunas evaluaciones concretas deben ser sensibles a las condiciones locales y estar atentas a las circunstancias cambiantes. Esta sugerencia tampoco debe ser interpretada como una reivindicación de la elaboración de problemas rígidos y categorías predeterminadas. Tales categorías deberían ser pensadas sólo como conceptos «sensibilizadores», indicativos de aspectos amplios con los que comparar proyectos y desarrollar criterios que permitan relacionar proyectos y análisis diferentes.

(Atkinson, 1981b)

Los criterios de comparación considerados en este memorando serán tratados más adelante. Ahora simplemente queremos ilustrar el proceso racional que supone desplazarse desde lo específico hacia lo general, en el sentido de dirigir la atención hacia la comparación, para lo cual podemos basarnos en el trabajo de otros análisis. No pretendemos detallar todas las ideas estudiadas y aludidas en este proyecto en particular. Los siguientes extractos tomados del mismo memorando son ilustrativos de cómo se aplicaron estas ideas para categorizar algunos temas clave de la investigación y estimular el planteamiento posterior de otras cuestiones específicas:

Porteros. Por porteros quiero decir actores que controlan recursos clave y pasajes desde donde se conceden oportunidades. Esos porteros ejercitan el control durante fases importantes que constituyen momentos de transición en el estatus de los más jóvenes. En realidad, las funciones de los porteros son desempeñadas por diferentes tipos de personas en distintos lugares de la organización.

La identificación de la categoría general de los «porteros» permitirá que nos formulemos algunas preguntas de naturaleza general. Por ejem-

plo: ¿de qué recursos disponen los porteros? ¿Qué percepciones y expectativas tienen los porteros de los «clientes»? ¿Esas percepciones están mutuamente compartidas o existen diferencias sistemáticas de opinión? ¿Creen los porteros que se cumplen las expectativas que ellos tienen de los clientes? ¿Tienen un modelo implícito (o explícito) de cuál es el cliente ideal?

¿Cuál es el estado de información de los porteros? Por ejemplo, ¿con qué modelo de mercado de trabajo están operando? ¿Qué visión de la vida trabajadora están aplicando? ¿Cuán precisas son sus afirmaciones respecto al estado del mercado de trabajo local?

¿Qué tipo de rutinas y estrategias emplean los porteros? Por ejemplo, ¿qué criterios (formales o informales) se usan para referirse y categorizar a los «clientes»? ¿Qué rutinas burocráticas existen (si es que existen)? ¿Cuáles son los procedimientos usados para recopilar datos y cómo se interpretan éstos en la práctica?

(Atkinson, 1981b)

Estrechamente relacionadas con esta categoría de los «porteros», como criterio general de análisis, el memorando también incluye las siguientes cuestiones:

Nivelación. Esta categoría se superpone claramente con el razonamiento práctico de los porteros y, en algunos aspectos, también con las definiciones de la población de clientes. ¿Hasta qué punto existe el peligro de autocumplimiento de las profecías al identificar poblaciones-objetos? ¿Hasta qué punto los propios proyectos ayudan a cristalizar estereotipos y categorías raciales, de género o calificación?

¿Los empresarios operan con estereotipos estigmatizantes? ¿Los proyectos superan o ayudan a confirmar estos estereotipos? ¿Qué aspectos particulares de los proyectos o de los jóvenes aceptan o rechazan los porteros y los empresarios?

¿Cómo se relacionan los jóvenes entre sí y con otros en función de los niveles, formales o informales, que les atribuyen? ¿Los profesionales están involucrados en proyectos sujetos a *estigma* en las visiones de otros profesionales y acciones?

(Atkinson, 1981b)

Obviamente, estos extractos sacados de un memorando de investigación no constituyen ni siquiera el comienzo de un análisis exhaustivo para proyectos destinados a suavizar la transición de la escuela al trabajo, o en lo que hace referencia a los problemas del empleo juvenil. La relación de estos extractos que incluimos aquí

es un intento de ejemplificar la fase del proceso que consiste en formular ideas. Si bien muchas de las cuestiones planteadas aquí son de un contenido muy concreto, el tenor general del documento llama la atención sobre conceptos genéricos como porteros, nivelación, estigma, rutinas, estrategias, razonamiento práctico y profesías autocumplidas.

Así, este memorando de investigación ayuda a «congelar» el proceso de formulación de problemas durante una fase intermedia en el proyecto de investigación. El trabajo de campo inicial sugiere un número de aspectos potencialmente importantes que se deben identificar mejor y algunas ideas analíticas que pueden ser provechosas. Así, los problemas de investigación se pueden concretar con más precisión. Al mismo tiempo, esta mayor identificación de problemas permite el planteamiento de nuevas cuestiones o que éstas sean elaboradas de forma más sistemática. Incluso, pueden constituir líneas-guía para la posterior recogida de información.

Debemos ser cuidadosos para no simplificar demasiado la distinción entre niveles de análisis particulares y genéricos. El progreso no debe darse en sentido unidireccional, de un lado al otro. En la conducción del proyecto, no se debe esperar que uno comience a partir de una serie de temas sustantivos y acabe con categorías formales, o viceversa. Normalmente, lo que se da es una trayectoria bidireccional entre estos dos modelos analíticos. La atención a temas particulares y sustantivos sugerirá afinidades con algunos conceptos formales que, a su vez, indicarán la importancia que tienen otros aspectos sustantivos, y así sucesivamente.

SELECCIONAR LUGARES Y CASOS DE INVESTIGACIÓN

Existe otro factor que, a menudo, tiene un papel significativo a la hora de dar forma a la manera en que los problemas de investigación se desarrollan en la etnografía: la naturaleza del lugar elegido para el estudio. A veces el lugar aparece de inmediato: llega la oportunidad de investigar un lugar interesante y la manera de prefigurar los problemas nos la da la naturaleza del lugar. Esto es cierto, por ejemplo, en el caso de la investigación sobre «experimentos naturales» y otro tipo de «investigaciones oportunistas» (Ritner, 1977). Aquí, la selección de lugares para el estudio difícilmente surge, y el problema de investigación y el lugar están cerca uno de otro. Lo mismo sucede en el caso de las prácticas profesionales realizadas para la investigación en los lugares en que se trabaja:

La decisión de dónde hay que situar un caso de estudio etnográfico suele ser una cuestión que requiere una cuidadosa consideración y la valoración de las ventajas y desventajas de diferentes lugares cuidadosamente consideradas. [...] Debido a mis circunstancias, mi elección se reduce a una decisión franca entre realizar mi investigación en la escuela en la que trabajo o abandonar mi deseo de realizar un estudio etnográfico.

(Pollard, 1985, pág. 218)

Sin embargo, incluso donde se selecciona un lugar basándose en los problemas previos la naturaleza del lugar puede marcar el desarrollo de las preguntas de la investigación. Esto sucede, como hemos señalado, porque en la investigación etnográfica el tratamiento del desarrollo de los problemas de investigación raramente se completa antes de que dé comienzo el trabajo de campo; de hecho, a menudo la recolección de los principales datos tiene un papel clave en el proceso de desarrollo.

Al mismo tiempo, a menudo sucede que algunas de las preguntas en las que se han descompuesto o transformado los problemas previos no están preparadas para dar resultado en el lugar seleccionado. El investigador se encuentra ante el dilema de desestimar estas cuestiones para la investigación o dar comienzo de nuevo a la investigación en un lugar donde pueda utilizarlas. A pesar de que ciertos problemas importantes pueden llevar a un posterior cambio de orientación, generalmente los investigadores permanecen en el lugar elegido y seleccionan problemas que puedan ser investigados allí. Después de todo, como en el caso de Hargreaves y otros (1975), se generan más preguntas de las que habitualmente pueden ser utilizadas en un único estudio. Además, el trasladarse de lugar no sólo implica un retraso y una renovación de los problemas de acceso, sino que nada garantiza tampoco que el nuevo lugar será el apropiado para investigar los problemas preferentes. Everett Hughes decía, bromeando, que había que seleccionar el problema de investigación que fuera ideal para el lugar elegido.

Todo esto no quiere decir que la selección de los lugares para el estudio no sea importante; significa simplemente que el etnógrafo rara vez se encuentra en posición de especificar la naturaleza precisa del lugar requerido. Se trata de una cuestión de identificación del conjunto de lugares que podrían ser apropiados para la investigación de los problemas de investigación. Además, cuando se ha elegido el lugar, es aconsejable (en caso de ser posible) «acercarse»

a posibles emplazamientos de investigación con miras a asegurar su idoneidad para llevar a cabo allí la investigación y ver dónde será más fácil el acceso a la información (Schatzman y Strauss, 1973, pág. 19). Ello implica recoger y analizar de manera preliminar cualquier prueba documental sobre el medio, entrevistando a cualquiera que pueda ser fácilmente contactado y que tenga experiencia y conocimiento del medio y, tal vez, hacer breves visitas, abiertas o encubiertas, al lugar.

«Inspeccionar» de esta manera no sólo proporciona información acerca del lugar donde tal vez se desarrolle la investigación, sino que también influye en el desarrollo y refinamiento del propio problema de investigación. Puede descubrirse que lo que había sido pensado como una categoría social homogénea deba dividirse en un número de subtipos con diferentes características y que ocupan distintos lugares dentro de la sociedad. Warren nos da un ejemplo:

La primera decisión que debe acometer un investigador que quiera estudiar la comunidad homosexual —a menos que tenga tiempo y dinero ilimitado— es resolver qué comunidad homosexual desea estudiar: el mundo exclusivista de los clubes privados para ejecutivos y profesionales o el de los travestidos toxicómanos tan vivamente retratados en *Última salida: Brooklyn* (Lezte Ausfahrt Brooklyn, 1989) o el sadomasoquismo de los chicos de cuero. Cualquier observación preliminar que se haga pondrá de manifiesto que la comunidad homosexual no es un todo homogéneo —además de ser francamente difusa en sus fronteras— y está dividida en una jerarquía relacionada en cierto sentido con criterios de estatus y clase en el mundo «real».

(Warren, 1972, pág. 144)

No se debe infravalorar el papel de las consideraciones pragmáticas a la hora de elegir un lugar donde realizar el estudio. Éstas no están en modo alguno ausentes en la investigación que busca verificar hipótesis, pero desempeñan un papel más importante todavía en la investigación concerniente al desarrollo teórico. Ello es así porque en esta última los criterios que especifican la idoneidad de un lugar suelen ser menos determinantes: hay una amplia gama de lugares plausibles. Los criterios de selección, pues, no se refieren tanto a la identidad del medio como a aspectos prácticos, tales como el contacto con personas que faciliten el acceso, los costes del viaje y el trabajo, la disponibilidad de información documental, etcétera. (Véase, por ejemplo el planteamiento de Fox, 1964, sobre la elección de Bélgica para ubicar su estudio sobre la investigación en Europa.)

A veces, la búsqueda de un medio apropiado para realizar la investigación puede tomar rumbos impredecibles, como Campbell ilustra con el informe de su investigación en Grecia en los años cincuenta. Eligió, para realizar su estudio, un pueblo de una región montañosa situada al nordeste de Jannina. Sin embargo, comprobó que la cantidad de habitantes de esos pueblos había disminuido como resultado de la guerra civil, y que sus antecedentes ingleses les llevaba a sospechar que él era un espía. Un acontecimiento fortuito transformó sus planes de investigación. Los pastores trashumantes sarakatsan vivían en las colinas que rodeaban el pueblo, y las relaciones entre ellos y los lugareños no eran fáciles:

Nuestros contactos con ellos no fueron más allá de los saludos formales hasta que un día, en el calor del verano, un joven pastor que regresaba de la escuela se detuvo en una fuente del pueblo para beber agua, y allí se encontró con otros chicos del pueblo. [...] En ese momento, la esposa del antropólogo intervino muy indignada para rescatar a la víctima. Esta pequeña aventura tuvo sus consecuencias. Recibimos una invitación para visitar el campamento sarakatsan y la relación prosperó. Cuando, semanas después, llegó el momento de que los sarakatsan recogieran sus cosas y sus familias y partieran hacia las llanuras de Thesprotia para pasar el invierno, una familia nos envió un mensaje perentorio. Les acompañamos y nos construyeron una cabaña.

(Campbell, 1992, pág. 152)

Este ejemplo también ilustra cómo, ocasionalmente, los investigadores se dan cuenta de que han escogido un lugar para la investigación gracias a que una o más personas se han visto envueltas en el asunto, aunque habitualmente hay más aspectos que cabe considerar en este caso. En estas circunstancias, el etnógrafo debe equilibrar la facilidad del acceso inicial ofrecido respecto a la idoneidad del sitio en otros aspectos, y algunos problemas que el apoyo directo de un portero puede causar.

Habitualmente los etnógrafos estudian sólo uno o un pequeño número de lugares, y casi siempre uno que esté geográficamente cerca del sitio en el que se ha establecido. A menudo esto viene forzado por el coste que supone la utilización de lugares más remotos y los limitados recursos disponibles. No siempre es así, por otro lado. Una excepción la constituye el estudio de Henslin sobre los indigentes. Decidió realizar un estudio a nivel nacional, pero comprendió que establecerse con su familia en una caravana para combinar la investigación con el descubrimiento de paisajes no le proporcionó

naría mucho trabajo de campo. Afortunadamente, apareció una alternativa:

Escuché algo así: «Vuele-a-cualquiera-de-los-lugares-a-los-que-nosotros-volamos-cuando-quiera-durante-veintiún-días», un anuncio de la Eastern Airlines. Pensé que su oferta era buena, que por setecientos cincuenta dólares podía aterrizar en tantas ciudades como quisiera: de hecho, más de las que podía. [...] El método en sí, la observación participante, se convirtió en la clave para hacer de esta investigación algo asequible. Obviamente, los indigentes gastan muy poco dinero, lo que encajaba perfectamente con mi situación y mis deseos. (Los refugios, sin embargo, presentaban demasiados problemas para cubrir mis necesidades básicas de orientación.) Además de una cama gratis y una ducha, los refugios habitualmente proporcionan comidas de mediodía y tarde. Aunque estas comidas no siempre son aceptables, esperaba que la cena fuera de calidad, y que estuviera incluida en el precio de mi boleto de avión. [...] Me centré principalmente en las ciudades más grandes del Oeste de Estados Unidos y más tarde añadí ciudades de otras zonas durante viajes posteriores. Mi propósito era obtener un «despliegue geográfico» tan bueno como fuera posible.

(Henslin, 1990, pág. 55)

En líneas generales, por supuesto, cuanto mayor es el número de lugares en estudio, menor es el tiempo que se le dedica a cada uno de ellos. El investigador debe trazar una raya entre amplitud y profundidad de la investigación.

Es importante no confundir la elección de un medio con la selección de un caso de estudio. Los términos «campo» y «entorno» del estudio se utilizan a menudo al hablar y escribir sobre etnografía. La principal fuente que inspira esta tendencia, que ofrece los lugares natura es como objetos de estudio, es el naturalismo, aunque sus antecedentes se pueden remontar más atrás, por ejemplo a la Escuela de Chicago:

[La sociología de Chicago] se organizó como un ejercicio cartográfico, estudiando Little Sicily, el gueto judío, los barrios de inmigrantes polacos, la costa dorada, las barriadas, los distritos de edificios de apartamentos de una habitación, los grupos de vagabundos y las bandas juveniles. Cada una de esas áreas era tratada como un mundo simbólico que creaba y perpetuaba una moral y una organización social específicas. Estas estaban sujetas a un análisis interpretativo que intentaba reproducir el proceso que había generado ese tipo de organización social. Eran identificadas colectivamente como áreas naturales:

«naturales» porque ellas mismas formaban parte de la evolución natural que establece la sociedad, porque eran diferentes de las estructuras producidas por la planificación y la ciencia y porque representaban una unidad que formulaba supuestamente el verdadero pensamiento norteamericano sobre la vida social y política.

(Rozek, 1979, pág. 92)

En otros contextos sociológicos también se da la misma búsqueda del modelo de grupos autónomos o «comunidades». La tradición antropológica, por ejemplo, suele poner énfasis en la investigación de sociedades de pequeño tamaño donde predominan las relaciones «cara a cara» y colectivos locales (como el «pueblo»). Esta tradición, así como sus «estudios de comunidad» similares, suele descansar en la perspectiva del *Gemeinschaft*, el estudio de las pequeñas sociedades, enfatizando su estabilidad interna y su discreción relativa.

Pero el medio no es un fenómeno natural sino que está constituido y sostenido por definiciones culturales y estructuras sociales. Las fronteras no están fijadas, cambian de una ocasión a otra y también de grado, a través de procesos de redefinición y negociación.

Existe otra razón por la que podría ser potencialmente confuso hablar de «estudiar un medio». No es posible dar un informe exhaustivo de ningún objeto. Al producir descripciones siempre empleamos criterios teóricos para seleccionar y establecer inferencias. Incluso en estudios orientados por las características descriptivas, el objeto de investigación no es isomórfico con el medio en el que se ubica. Un medio es un contexto determinado en el cual ocurren los fenómenos, que pueden ser estudiados desde varias perspectivas: un objeto de investigación es un fenómeno visto desde un ángulo teórico específico. A determinadas características no se les presta atención e, incluso, el fenómeno considerado no se agota completamente en la investigación. Además, un medio presenta varios casos. Así, por ejemplo, si queremos estudiar los efectos de algunas formas de examen externo en una escuela secundaria, lo que en realidad constituye el objeto de estudio son determinados tipos de exámenes dentro de la escuela y no la escuela como un todo (Scarth y Hammersley, 1988). De manera inversa, el objeto de estudio tal vez no esté circunscrito dentro de los límites de un medio, puede ser necesario salir fuera del lugar para encontrar información sobre aspectos relevantes del estudio. Para estudiar la formación de bandas entre los presos (Jacobs, 1974), puede ser necesario explorar las relaciones que tienen esos hombres con grupos que están fuera de la cárcel.

para así entender cómo se constituyen las bandas y la forma que utilizan para continuar reclutando nuevos miembros.

Aunque pueda parecer ingenua, la concepción naturalista del campo y el medio estudiados dificulta la selección sistemática y explícita de los aspectos que se van a estudiar, así como los movimientos fuera del medio para seguir líneas teóricas prometedoras. Y, por supuesto, el proceso de identificación y definición del objeto de estudio debe proceder codo con codo con el refinamiento del problema de investigación y el desarrollo teórico.

Una de las limitaciones frecuentemente planteadas en relación con el trabajo etnográfico es que, como lo que se estudia es un caso, o como mucho un pequeño número de casos, la representatividad de los resultados siempre se pone en duda. Éste puede ser un punto importante, aunque no siempre es así. A veces, la investigación etnográfica tiene que ver con el caso que presenta interés intrínseco, así que esta generalización no es un asunto primario. Es más cierto en las acciones de investigación y los estudios de evaluación, en los que el objetivo son las características de unas situaciones particulares. Y, ocasionalmente, el trabajo etnográfico remite al estudio de un amplio número de casos que, de todas formas, a menudo proporcionan una base sustancial para la generalización. Por ejemplo, Strong (1979) estudió mil casos de consulta pediátrica en tres hospitales, dos en Gran Bretaña y uno en Estados Unidos. Sin embargo, incluso cuando la generalización es un fin de la investigación etnográfica pero sólo en un pequeño número de casos de estudio, se pueden utilizar estrategias diferentes para relacionarse con el problema, de manera más o menos adecuada. Cómo debe llevarse a cabo depende de si el investigador se centra en el desarrollo y el examen de una teoría o en la afirmación general acerca de un número concreto de casos, ya sean del presente o de un posible futuro (Schofield, 1990).

Cuando el asunto es el desarrollo y el examen de una teoría, la selección estratégica de casos es particularmente importante. Es lo que Glaser y Strauss (1967) denominan «muestras teóricas». La principal preocupación de estos autores es la formación y desarrollo de una teoría. Ellos argumentan que es necesario diseñar la selección de casos para generar tantas categorías y propiedades como sean posibles, y relacionarlas entre sí; y recomiendan dos estrategias complementarias: minimizar las diferencias entre los casos con el fin de sacar a la luz propiedades básicas de una categoría particular y, posteriormente, maximizar las diferencias entre los casos con la intención de incrementar categorías y acotar la incidencia de la

teoría. Como ejemplo, ellos citan su investigación sobre el contexto que rodea a los pacientes terminales en los hospitales:

Las visitas a varios servicios médicos fueron programadas de la siguiente manera. Primero quería considerar los servicios en los que la conciencia del paciente es mínima (así, observé en primer lugar los servicios dados a los nacimientos prematuros y después la sección de neurología, donde los pacientes suelen estar en coma). Después quería observar muertes rápidas, en situaciones donde existe una gran expectación por parte del personal del hospital e incluso de los pacientes; por eso centré mi observación en una Unidad de Cuidados Intensivos. Después quería ver los servicios donde la expectación del personal sobre los pacientes terminales era grande, pero donde la muerte suele ser lenta. Así, observé una sección de enfermos cancerígenos. Después mi interés se centró en las condiciones donde la muerte era inesperada y rápida; entonces observé un servicio de urgencias. Mientras me dedicaba a observar diferentes tipos de servicios hospitalarios, estudiaba también las situaciones mencionadas arriba en otro tipo de hospitales. Así, nuestra programación de diferentes tipos de situaciones fue dirigida por un esquema conceptual general que incluía hipótesis sobre estructuras conceptuales con aspectos no considerados en un principio. A veces volvíamos a los mismos servicios después de tres o cuatro semanas de haberlos observado intensamente, para comprobar aspectos que necesitaban mayor información o que estaban confusos.

(Glaser y Strauss, 1967, pág. 59)

La selección estratégica de casos también se puede emplear para examinar ideas teóricas. Aquí el fin es seleccionar casos para la investigación de las teorías subjetivas para un examen relativamente severo. Un ejemplo es la secuencia de estudios de Hargreaves, Lacey y Ball (Hargreaves, 1967; Lacey, 1970; Ball, 1981; véase también Abraham, 1989a). Ellos afirman que la manera en que las escuelas diferencian a los alumnos según campos académicos y de comportamiento, especialmente a través de la división según sus aptitudes, según el nivel académico y según la actitud, los polariza en subculturas que están a favor y en contra de la escuela. Estas subculturas, por su parte, marcan el comportamiento de los estudiantes dentro y fuera del colegio y afectan a sus niveles académicos. Esta teoría se ha probado con los ejemplos de tres tipos de escuela secundaria: secundaria moderna (Hargreaves), *grammar* [instituto de enseñanza media más selectivo] (Lacey) y *comprehensive* [instituto de enseñanza media normal] (Ball). Además, en el caso de la escuela *grammar*, debido

a que los estudiantes que acuden a ella están muy comprometidos con los valores de sus escuelas primarias, en el centro las variables de sus explicaciones para el proceso de polarización —como la actitud en la escuela, los aspectos de la relación familiar, etcétera— están parcialmente controladas. De manera similar, en su estudio de la Beachs de Comprehensive, Ball examina los efectos de un cambio desde la organización según la actitud a la habilidad mezclada de manera grupal dentro de un caso singular (algunos valores permanecen constantes); en este caso singular surge la diferenciación. (Para una exposición más pormenorizada, véase Hammersley, 1985.)

Cuando el fin es la generalización de algún grupo finito de casos, más que el desarrollo y el examen de la teoría, puede ser posible valorar la tipificación del caso o casos estudiados mediante la comparación de las características relevantes con información acerca de las metas de la población, y si son accesibles en las estadísticas oficiales o en otros estudios. Así pues, en su investigación sobre los matrimonios interreligiosos en Irlanda del Norte, Lee examinó la representatividad de las parejas en sus muestras al estilo bola de nieve mediante la comparación de ciertas características con una tabulación especial del censo de datos. Esto reveló que su muestra «indicaba un tendencia hacia las parejas jóvenes, casadas hacia poco, principalmente sin hijos, con un nivel de educación relativamente alto» (Lee, 1992, pág. 132). En tanto que no pudo corregir sus vías de muestreo, debido al problema de acceder a aquellas parejas cuya posición era delicada a causa de la situación política en Irlanda del Norte, fue capaz de hacerlo en su análisis.

A veces, incluso es posible que pueda llevarse a cabo un control a pequeña escala en una amplia muestra de población para obtener información que asegure la tipicidad de los casos estudiados. Así, en su estudio de los estudiantes de la Rutgers University, Moffatt utilizó encuestas para asegurar que tenían una orientación vocacional, y fue capaz de comparar los resultados con los de un estudio nacional (Moffatt, 1989, pág. 331). Otra posibilidad es combinar el estudio profundo de un pequeño número de casos con el examen más superficial de otros casos. Por ejemplo, en su estudio sobre los agentes de la ley, Skolnick se concentró en una sola ciudad, pero hizo una breve investigación en otras ciudades para confirmar la generalización de sus conclusiones (Skolnick, 1966).

La estrategia apropiada a la hora de seleccionar casos puede variar a lo largo del curso de la investigación. En las primeras fases, los casos escogidos para la investigación tal vez no tengan una gran relevancia. Más adelante, pueden adquirir una considerable importan-

cia. Las decisiones iniciales tal vez deban revisarse. Tenemos los informes de Klatch sobre cómo, en su investigación sobre las mujeres involucradas en organizaciones conservadoras, empezó con «una pulcra tabla por cuadruplicado comparando cuatro organizaciones: dos grupos de la Vieja Derecha y dos de la Nueva Derecha; dos organizaciones «religiosas» y dos «seculares»». Sin embargo, pronto tuvo que enfrentarse a algunos problemas. En particular, descubrió que

las organizaciones escogidas para el diseño original *no* se dividían en líneas opuestas seculares contra religiosas. [...] Además, me di cuenta de que existía un modelo general desarrollado entre el tipo de mujer «ama de casa» activa en muchos grupos religiosos/pro familia [...] y el tipo de mujer «profesional» activa en los grupos seculares conservadores. [...] El diseño final continuó basándose en las entrevistas de profundidad, la observación participante y el análisis textual de la literatura de derechas, pero amplíé la muestra para incluir un mucho más extenso sector de grupos conservadores con la intención de incrementar la variación entre las activistas femeninas, y así obtuve una mejor comprensión de las más amplias divisiones dentro de la Derecha.

(Klatch, 1988, pág. 75)

El diseño de la investigación en etnografía, tanto si está relacionado con la selección de casos de estudio como con otros aspectos, es un proceso continuo. La relación entre problemas de investigación y los casos seleccionados debe ser revisada constantemente.

TOMAR MUESTRAS DENTRO DEL CASO

Seleccionar casos para investigar no es la única forma de tomar muestras considerada en la investigación social. Igualmente importante es tomar muestras *dentro* de los casos. Al menos esto es así donde los casos no son tan pequeños que pueden ser objeto de una investigación exhaustiva, como, por ejemplo, en el estudio de las consultas pediátricas de Strong. En etnografía, se debe decidir dónde y cuándo observar, con quién conversar, así como qué información registrar y cómo hacerlo. En este proceso no sólo estamos decidiendo lo que es o no relevante para la investigación, también estamos extrayendo varias muestras de la información disponible. Muy a menudo la extracción de muestras ni siquiera es intencional, pero es importante establecer lo más explícita y sistemáticamente posible los criterios utilizados, para asegurar así que la muestra ha

sido adecuadamente escogida. Existen tres grandes dimensiones a lo largo del proceso de extracción de muestras: el tiempo, la gente y el contexto.

El tiempo

El tiempo puede parecer una dimensión de una importancia obvia en la vida social, pero ha sido frecuentemente eludido. Las actitudes y actividades en el campo suelen variar a lo largo del tiempo de forma significativa para la teoría social. Berlak y otros nos proporcionan un ejemplo tomado de su investigación sobre escuelas primarias «progresistas» en Inglaterra:

Durante nuestras primeras semanas en escuelas inglesas nos fuimos dando cuenta gradualmente de que las imágenes de las escuelas transmitidas en la literatura existente sobre el tema estaban hasta cierto punto distorsionadas. Para mostrar la manera como llegamos a esta conclusión podemos tomar un ejemplo de nuestra experiencia durante las primeras semanas del estudio de una clase del señor Thomas. En sus clases, en una escuela de un barrio residencial acomodado, observamos a una treintena de alumnos un miércoles por la mañana, los cuales, después de una breve charla con el profesor, continuaron con sus trabajos individuales: algunos empezaron a estudiar «mates», otros a formar palabras o a escribir relatos originales, a semejanza de las descripciones que nos da la literatura especializada sobre escuelas progresistas. Ese día observamos el comportamiento del profesor, que no parecía estar diciendo a los alumnos qué es lo que debían hacer. Parecía que los alumnos estuvieran decidiendo por sí mismos qué debían estudiar; hacían su trabajo con esmero y parecían hacerlo por propio interés. No obstante, durante los días siguientes pudimos ver algunos hechos y patrones que nos proporcionaron otra explicación de lo que habíamos observado aquella mañana del miércoles. El siguiente lunes por la mañana vimos que el señor Thomas les ponía tareas mínimas que debían hacer durante la semana. [...] El viernes por la mañana le vimos recoger los «diarios» de trabajo de sus alumnos donde cada chico relataba el trabajo realizado durante la semana. En el fin de semana, el señor Thomas y, como descubrimos más tarde algunas veces el director, corregían cada libro de trabajo y escribían comentarios como «bien», «más mates» o el temido «ven a verme». Tales comentarios, que explicaban parte del comportamiento aparentemente espontáneo de la clase, no habían aparecido en la literatura especializada.

(Berlak y otros, 1975, pág. 218)

El tema de la construcción y distribución social del tiempo es demostrado de forma elegante en el estudio de Zerubavel (1979) sobre el tiempo en los hospitales. En el trabajo de Zerubavel la organización del tiempo no es una característica periférica o un trasfondo donde se ubica un enfoque sustantivo sobre otros aspectos de la organización. Más bien es un ejercicio, en la tradición de Simmel, respecto a determinar cómo se configura la propia categoría formal del tiempo:

Siguiendo el modelo metodológico de la sociología formal de Simmel, dirigí mis observaciones hacia un único aspecto de la vida del hospital: su estructura temporal, omitiendo deliberadamente —para los propósitos analíticos— la historia del hospital, su reputación nacional, la calidad del cuidado dispensado a los pacientes, su diseño arquitectónico y organización espacial, sus finanzas, la composición étnica y religiosa del personal del hospital, etcétera.

(Zerubavel, 1979, pág. xvii)

El trabajo de Zerubavel es, por lo tanto, una etnografía poco común, con un objeto de estudio disperso. Sin embargo, la singularidad de sus observaciones y sus análisis formales le permiten revelar el complejo modelo de la estructura temporal de la organización en la cotidianidad del hospital. É. anticipa esta diversidad en la introducción:

La lista de aspectos sociológicos de la temporalidad que pueden ser planteados dentro del contexto de la vida hospitalaria es prácticamente infinita: la estructura temporal de la trayectoria de los pacientes del hospital; las relaciones entre el tiempo y el espacio: los plazos y el cumplimiento de horarios; la relación temporal entre las distintas secciones del hospital; consideraciones de grado, rapidez, secuencia y gestión del tiempo en el trabajo del hospital; el impacto del tiempo de la organización sobre la vida del personal del hospital fuera del centro; y así sucesivamente.

(Zerubavel, 1979, pág. xxi)

Siguiendo con el ejemplo de Zerubavel, pensemos hipotéticamente acerca del departamento de urgencias de un gran hospital. Cualquier estudio sistemático hecho aquí, casi con toda seguridad, revelará diferentes patrones y actividades en función de si es de día o de noche y de acuerdo con el día de la semana. El tipo de emer-

gencias también variará. Los sábados las urgencias probablemente serán muy diferentes a las que se dan la noche del domingo. En nuestro departamento de urgencias el tiempo también variará en función de los cambios súbitos entre el personal de enfermeras, rotaciones entre los médicos residentes y así sucesivamente. Consideraciones muy similares se podrían aplicar a muchos otros tipos de ambientes, como fábricas, prisiones, instituciones educativas y barrios residenciales, por ejemplo.

Además, parece evidente que cualquier intento de representar todos los aspectos de personas o acontecimientos en el caso que se está estudiando debe basarse en una división adecuada de las diferentes divisiones temporales. Por un lado, es imposible conducir el trabajo de campo veinticuatro horas por día, es inevitable tomar alguna muestra de lapsos temporales. Se puede intentar abarcar todo el tiempo posible durante el transcurso del trabajo de campo, pero es difícil de conseguir. (Estas consideraciones no se pueden aplicar de la misma manera al trabajo de campo de los antropólogos, donde el etnógrafo suele estar «en escena» todo el día y todos los días: pero incluso aquí, el trabajador de campo necesitará «escaparse» periódicamente para poder escribir el diario de campo o, simplemente, relajarse.) De todas formas, no siempre es aconsejable realizar el trabajo de campo durante largas temporadas ininterrumpidas. La producción de un diario de campo serio, el registro de organización del material, escribir memorandos y anotaciones reflexivas, son actividades que consumen y exigen un tiempo considerable. Si se realizan largos períodos de observación el material se tornará desordenado y asistemático. Cuanto más tiempo pase entre la observación y la anotación de las observaciones, más difícil será elaborar registros suficientemente detallados y consultar posteriormente descripciones concretas. Los largos períodos de observación, si no son interrumpidos por otros de sistematización y reflexión sobre el material, darán como resultado una información de poca calidad.

Es más, todos los etnógrafos tienen que resistir la tentación de intentar ver, oír y participar en todo lo que ocurre. Una aproximación más selectiva generará normalmente una información de mayor calidad, proporcionada por la alternativa de períodos de recolección productiva de información y otros de reflexión. Más que intentar cubrir una jornada de trabajo entera, por ejemplo, uno puede construir una representación adecuada siguiendo el tipo de estrategia que Schatzman y Strauss señalar:

Si el investigador quiere observar todos los turnos de trabajo, primero puede observar el turno de mañana durante varios días, después el turno de tarde y luego el de noche, durante jornadas consecutivas hasta que esté relativamente familiarizado con los tres turnos. O tal vez puede cubrir varias horas mediante la «superposición» de horarios en días consecutivos —por ejemplo, desde las siete hasta las nueve de la mañana, de las ocho a las diez, de las nueve a las once— y así durante una secuencia de días cubrir la organización del tiempo durante toda la jornada.

(Schatzman y Strauss, 1973, pág. 39)

Además de adoptar estos procedimientos para garantizar una cobertura adecuada, el investigador probablemente identificará períodos y momentos particularmente importantes: el relevo de los turnos, por ejemplo, puede ser crucial para la organización del trabajo, la transmisión de información, etcétera. Esos momentos significativos deben merecer una atención especial.

Consideraciones como las que hemos señalado arriba también se pueden aplicar para dimensiones temporales a gran escala, como los ciclos estacionales o anuales, y modelos de reclutamiento de nuevos trabajadores, si bien las restricciones de tiempo y recursos son factores limitativos a la hora de pensar en investigaciones durante un gran lapso de tiempo.

Hasta ahora nos hemos referido prioritariamente a los temas relativos al trabajo de campo en organizaciones e instituciones similares. Debería entenderse que hay consideraciones semejantes que se pueden aplicar al trabajo de campo realizado en medios que están formalmente menos definidos. Aspectos como la vida urbana, «relaciones en público», el uso de lugares públicos y formas de comportamiento desviado también siguen una dimensión temporal: las estaciones, los días de la semana, la hora (si es de día o de noche) son aspectos significativos. Además, puede ser importante prestar atención a ocasiones especiales, como fiestas, carnaval, ceremonias y rituales, ritos de paso y criterios sociales que marcan el cambio de estatus.

Al organizar estos muestreos de diferentes lapsos temporales, también es importante observar las actividades rutinarias de la misma forma que se observan las extraordinarias. El propósito de estos procedimientos de registro sistemático de información es asegurar una cobertura tan amplia y representativa como sea posible, y no sólo identificar y seleccionar algunos aspectos superficialmente «interesantes».

La gente

Ningún medio social es socialmente homogéneo, y la representación adecuada de la gente involucrada en un caso particular normalmente requerirá tomar algunas muestras (a menos que el total de la población investigada pueda ser estudiado adecuadamente y con igual profundidad). El muestreo de la gente puede realizarse en términos de criterios demográficos estandarizados. Es decir, dentro de un contexto particular, uno puede clasificar a las personas mediante la utilización de criterios como el de género, raza, edad, ocupación, nivel de instrucción y cosas por el estilo. De todas formas, estas categorías son importantes sólo cuando son relevantes para la teoría que se está desarrollando o para contraponerlas a teorías rivales, y normalmente han de ser complementadas por otras categorías de relevancia teórica. Estas categorías emergentes pueden ser o bien «categorías elaboradas por los miembros del grupo» o bien «categorías elaboradas por el observador». La distinción entre estos términos se ha tomado de Lofland (1976). Las «categorías elaboradas por los miembros» se refieren a las categorizaciones que son empleadas por los propios miembros del grupo, es decir, son categorías *folk*, normalmente utilizadas en el vocabulario de una determinada cultura. Las categorías elaboradas por el observador son tipos construidos por el analista.

Algunas culturas son particularmente ricas en categorías generadas por los miembros del grupo. Spradley (1970), por ejemplo, en su trabajo sobre los vagabundos, identifica la siguiente taxonomía de términos usada para referirse a tipos mayores *ding, bore car tramp, bindle stiff, working stiff, airedale, home guard tramp, mission stiff* y *rubber*. La taxonomía también incluye los subtipos *harvest tramp, tramp miner, fruit tramp, construction tramp, sea tramp, nose diver* y *professional nose diver*. De forma similar, en su estudio sobre mujeres presidiarias, Gialombardo (1966) documenta la siguiente secuencia de niveles que las propias reclusas emplean para categorizar a sus compañeras internas: *snitchers, inmate cops* y *lieutenants; squares, jive bitches; rap buddies, homeys; connects, boosters; pinner; penitentiary turnouts, lesbians, femmes, stud broads, tricks, commissary hustlers, chippies, kick partners, cherries, punks* y *tw nabouts*. Estos términos son aplicaciones sobre la base del «tipo de respuesta exhibida por las reclusas en relación con la situación de prisión» y en interacción con las otras internas y con los funcionarios (Gialombardo, 1966, pág. 270). En particular, la identificación refleja estilos de respuesta sexual.

Por otro lado, el observador puede elaborar tipos hipotéticos basados en la información de campo. Por ejemplo, en un estudio sobre el comportamiento de la espera, Lofland identifica los siguientes tipos clave:

1. *Esas cosas dulces y jóvenes*. (Generalmente una mujer.) Una vez que adopta una posición, normalmente sentada, es raro que la deje. Su postura es correcta, potencialmente sugestiva o revelando cierta «indolencia», no es una postura atrevida.
2. *El animado*. Habiendo establecido una posición, estas personas se ocupan de asegurar y reordenar sus apoyos, de la misma forma que un pájaro construye un nido.
3. *El observador*. Una vez que ha ocupado una posición, el observador escruta los alrededores con cuidado. Entonces [...] deja su posición y empieza una inspección detallada de cualquier objeto inanimado que esté en su campo de visión.
4. *La persona sociable*. Es tranquila y relajada [...] dentro del ámbito del uso legítimo del ambiente y un comportamiento público apropiado.
5. *Los heterodoxos*. No es un estilo definido [...] son aquellos que, o bien no saben, o no son capaces, o no les importa protegerse en un lugar público. [...] Hay tres tipos: *niños*, los que están *constantemente estigmatizados* y los *excéntricos*.

(Lofland, 1966, citado en Lofland, 1971, pág. 35)

Si el muestreo de personas se efectúa sobre la base de categorías elaboradas por los miembros o por el observador (normalmente se utilizan ambas), el proceso relacionará estrechamente el desarrollo de la teoría con la recogida de información; las dos juntas proporcionan las categorías en términos de las cuales se realiza el propio muestreo.

El contexto

Prestar atención a las variaciones existentes en un contexto es tan importante como realizar muestreos de lapsos temporales y de personas. Dentro de cualquier ambiente se pueden distinguir contextos muy diferentes, y el comportamiento de las personas actúa en función del contexto en el que están. Algunos de estos comportamientos contextuales son bastante obvios, y otros no tanto. En escuelas, por ejemplo, es bien sabido que el comportamiento de los profesores a menudo difiere radicalmente dependiendo de si están

en clase o en la sala de profesores (Woods, 1979; Hammersley, 1980). Este contraste es un ejemplo de una distinción más abstracta entre el palco y los bastidores desarrollada por Goffman:

La parte de detrás, o los bastidores, puede ser definida como un lugar, relativo a una determinada representación, donde la impresión dada en la representación es sabida y regularmente contradicha. Por supuesto, estos lugares cumplen diferentes funciones. Aquí es donde se busca cuidadosamente que una representación no exprese algo que vaya más allá de sí misma; aquí es donde las ilusiones e impresiones se construyen abiertamente. Aquí, las puestas en escena y las pautas de representación, contenidas en un compacto de repertorios completos de acciones y personajes, entra en colapso. Aquí los accesorios escénicos, como determinadas bebidas y ropas, pueden estar ocultos de forma que el público no pueda ver la diferencia existente entre el tratamiento que se les da y el que se supone que se les debe dar. Aquí, recursos como el teléfono están apartados de forma que puedan ser utilizados de manera privada. Aquí el vestuario y otras partes de la representación están abiertos a la crítica. Aquí los actores pueden reconstruir su representación, recurriendo a expresiones ofensivas cuando el público no está presente para constatarlas; aquí los miembros más marginales del grupo, expresivamente ineptos, pueden ser aleccionados o no para la representación. Aquí los actores pueden relajarse, abandonar sus papeles, olvidarse del guión y salir de sus personajes.

(Goffman, 1959, págs. 114-115)

Goffman ilustra su argumento haciendo referencia a una amplia gama de ambientes que va desde restaurantes de hoteles hasta astilleros.

De todas formas, es importante no confundir los lugares con los contextos. Debemos recordar, de nuevo siguiendo a Goffman (1963), que las estructuras arquitectónicas son meramente los soportes utilizados en el drama social y que no determinan el comportamiento de manera directa. Por ejemplo, lo que consideramos un comportamiento propio de un área de empleados escolares puede ocurrir también en otras partes de la misma escuela donde se den las condiciones apropiadas, o incluso en un bar. Por el contrario, el comportamiento típico de un área de empleados tal vez no ocurra cuando haya visitantes o aparezca el director. Si queremos asegurarnos de que no producimos falsas generalizaciones sobre actitudes y comportamientos a través de los contextos existentes dentro de un caso, debemos identificar dichos contextos en función de cómo los in-

dividuos actúan en éstos, y reconociendo que son construcciones sociales y no localizaciones físicas, e intentar asegurarnos de que tomamos muestras de todos los que son relevantes.

Hasta ahora la mayor parte del tiempo hemos estado hablando como si fuese muy fácil para el investigador seleccionar los ambientes y los casos para su estudio, así como para establecer muestras apropiadas de ellos. Los casos que hemos decidido estudiar, por una razón u otra, pueden no estar abiertos para el estudio; incluso si lo están, han de desarrollarse estrategias concretas para conseguir acceder a la información necesaria. Igualmente, no todas las personas a las que queremos observar o con las que queremos conversar ni todos los contextos de los cuales queremos extraer muestras, son accesibles; ciertamente, no lo son siempre que queremos que lo sean. El problema de conseguir el acceso a la información es particularmente importante en la etnografía, ya que actuamos en medios donde el investigador tiene poco poder, y los individuos ya sufren suficientes presiones como para, además, tener que cooperar en la investigación. En el próximo capítulo abordaremos este problema.

Capítulo 3

EL ACCESO

La obtención del acceso a la información necesaria es uno de los principales problemas de la etnografía. Este problema suele ser más grave en las negociaciones iniciales entabladas para acceder al espacio que hay que estudiar y durante los «primeros días en ese campo»; a pesar de todo, el problema persiste de una u otra forma durante todo el proceso de recopilación de información.

En muchos sentidos, la obtención del acceso es una cuestión totalmente práctica. Como veremos, ésta conlleva una serie de estrategias y recursos interpersonales que todos nosotros tendemos a desarrollar en el transcurso de la vida cotidiana. Pero el proceso de ganar el acceso no es *simplemente* una cuestión práctica. Su logro no sólo depende de una comprensión teórica, de desvelar el «código nativo»; el descubrimiento de los obstáculos que dificultan el acceso y también los medios efectivos para sortearlos, por sí mismos, aportan indicios de la organización social del lugar.

El trabajo de Barbera-Stein (1979) ofrece un buen ejemplo de ello. Su trabajo de campo se llevaba a cabo en diversos centros terapéuticos y guarderías para niños en edad preescolar. El diseño original de su investigación no llegó a ser ejecutado porque le fue vetado el acceso a diversos centros. Haciendo una retrospectiva de su experiencia, ella escribe al respecto de la negociación del acceso: «Las negociaciones para conseguir el acceso pueden constituirse como una situación en la que están involucrados puntos de vista múltiples sobre lo que es profano y está abierto a la investigación, y lo que es sagrado o tabú y está cerrado a la investigación a menos que se asuma una posición apropiada de respeto o distancia prudente» (Barbera-Stein, 1979, pág. 15). Ella relaciona esta observación con determinados lugares y con las actividades realizadas en éstos:

Había pedido permiso para observar lo que el equipo psicoanalítico consideraba sagrado. En sus interacciones con niños emocionalmente perturbados, el equipo intentaba establecer lazos de sociabilidad efecti-

vos más allá de la relación entre padres e hijos. Éste era el primer paso en sus intentos de corregir las deficiencias en el desarrollo emocional del niño. Ésta era también la principal tarea de los trabajadores sociales en las guarderías. De acuerdo con lo dicho anteriormente, me pusieron restricciones para acceder formalmente a la guardería. Primero, el acceso formal a la guardería estaba condicionado a no realizar observaciones ni los martes ni los jueves, cuando los trabajadores sociales se ocupaban de los niños en sesiones de juego con marionetas. El juego de marionetas era utilizado como una técnica de proyección psicológica para observar y estimular el desarrollo emocional de los niños.

(Barbera-Stein, 1979, pág. 15)

Incluso después de ocho meses de trabajo de campo y de varias negociaciones, el acceso a esas sesiones «sagradas» de juego con marionetas sólo le fue permitido de manera muy restringida. Únicamente se le permitieron observar tres sesiones y le prohibieron tomar notas.

Por el contrario, Barbera-Stein comprendió que la información interaccional de las familias en sus hogares era demasiado sagrada, así que inicialmente no solicitó acceso a este tipo de información. Lo que ocurrió, de hecho, fue que los trabajadores sociales no veían este espacio familiar como sagrado, ya que el trabajo con las familias era de interés prioritario para ellos. Esta última experiencia ilustra que, al mismo tiempo que hay que mostrarse sensible ante la problemática del acceso a los diferentes dominios, no es del todo aconsejable dejarse guiar completamente por presupuestos propios acerca de lo que es o no accesible.

La negociación del acceso y la recogida de información no son, por lo tanto, fases distintas dentro del proceso de investigación. Éstas se sobreponen de manera significativa. Se puede aprender mucho de los problemas que acarrea la toma de contacto con la gente, así como de la forma en que ésta responde a las aproximaciones del investigador.

LA ENTRADA EN EL CAMPO

El acceso no sólo es una cuestión de presencia o ausencia física. Es mucho más que una simple cuestión de conseguir o poseer un permiso para llevar a cabo la investigación. Esto quedaría ilustrado mediante referencias a investigaciones en las que una noción demasiado literal del acceso ha sido especialmente engañosa. Se podría pensar

que los problemas de acceso se evitarían si sólo se investigase en lugares «públicos» como calles, tiendas, vehículos de transporte público, bares y locales similares. Y en cierto sentido así es. Cualquiera puede, en principio, entrar en estos lugares públicos, puesto que son «públicos». No se requiere negociación alguna para ello. Pero, por otra parte, las cosas no son tan sencillas. En muchos lugares, mientras que la presencia física no representa en sí un problema, la actividad investigadora sí puede presentarlo.

Entre otras cosas, los lugares públicos pueden caracterizarse por un tipo de interacción social que hace referencia a lo que Goffman (1971) califica como «desatención civil». El anonimato en los lugares públicos no es necesariamente una de sus características inherentes; éste se manifiesta en actitudes que muestran falta de interés entre los sujetos, un contacto visual mínimo, un tratamiento cuidadoso de la proximidad física, etcétera. Existe, por lo tanto, la posibilidad de que la atención e interés mostradas por el trabajador de campo provoquen alteraciones en estos delicados rituales de interacción. De la misma manera, gran parte de la actividad desarrollada en lugares públicos es superficial y breve. El trabajador de campo que desee embarcarse en una observación prolongada deberá resolver el problema de la «superficialidad» y tratar de proporcionar una explicación al respecto.

Karp (1980) aporta algunos ejemplos de estos problemas en su investigación sobre «escenarios públicos de interacción sexual» en Times Square y sus alrededores, en Nueva York particularmente en las librerías y cines pornográficos. Seguramente, ésta es una localización pública muy singular en la cual una buena parte de lo expuesto tiene «mala reputación», lo que hace que el comportamiento en público sea discreto. Karp ensayó varias estrategias para conseguir el acceso y comenzar la interacción. Intentó negociar abiertamente con algunos gerentes de librerías pero no tuvo éxito. Después de un tiempo de observación, los transeúntes habituales de la zona, extrañados por su presencia sistemática en los alrededores, empezaron a pensar que era un *chaperó* o un policía. Karp también explica su poca eficacia a la hora de entablar relaciones con prostitutas, aunque sus notas de campo parecen reflejar unos intentos más bien discretos e ingenuos.

Karp resolvió parcialmente sus problemas de acceso cuando se dio cuenta de que éstos eran similares a los problemas de interacción de los propios actores; de esta forma pudo reconducir sus problemas de acceso hacia propósitos analíticos. Él señala este punto al describir su investigación:

Basándome en mi propia experiencia puedo describir, por lo menos parcialmente, la problemática de la presentación personal entre los actores que participan en los escenarios de interacción sexual en Times Square. Frecuenté librerías y cines pornográficos durante casi nueve meses. A pesar de mi relativamente extensa experiencia, no fui capaz de superar una incómoda sensación durante todo el trabajo de campo. Por ejemplo, me sentía nervioso ante la perspectiva de entrar en una sala de cine. Este nerviosismo se expresaba en unas palpitaciones crecientes. Para entrar, esperaba hasta que quedaban pocas personas en los alrededores del cine, preparaba el dinero de la entrada con antelación y no me atrevía a mirar a la cara a la taquillera.

(Karp, 1980, pág. 94)

En vista de estas limitaciones interaccionales, Karp decidió refugiarse únicamente en la observación, con una participación mínima fuera de la conversación informal. Él concluye que para los investigadores los lugares públicos pueden ser tan difíciles como los ámbitos institucionales.

El caso de Karp es un ejemplo de relativo fracaso a la hora de conseguir una «presencia» y unas relaciones de trabajo efectivas, aunque él aprovechara sus problemas para fines analíticos. Sin embargo, basándonos en esta experiencia no podemos concluir que la «superficialidad» nunca desembocará en condiciones de trabajo viables. West escribe sobre el valor de estas aproximaciones aparentemente aleatorias: «Me encontré [...] tanto con delincuentes como con otro tipo de gente al frecuentar sus ambientes, como tiendas, casas de baño, restaurantes, callejones o intentando entablar relaciones informales»; aunque él comenta que «resultaba útil cierto descaro y un carácter fuerte frente a ocasionales rechazos personales, además de tener habilidades orientadas a replicar agudamente, practicar deporte y tener empatía y sensibilidad. Después de unas pocas visitas, quizá un par de semanas, fui conocido como un transeúnte habitual y ya había conseguido entablar conversaciones con varios jóvenes» (West, 1980, pág. 34).

Como en el caso de la investigación de West, algunos individuos y grupos que tal vez uno desea estudiar pueden estar disponibles al acceder a lugares públicos. Sin embargo, no siempre reciben amablemente a los investigadores, o incluso a los extraños de cualquier tipo. A veces es necesario un extensivo «dejarse caer», además de una serie de casualidades afortunadas, antes de conseguir el acceso, como ilustra la experiencia de Wolf:

Como estudiante recién licenciado en antropología por la Universidad de Alberta, Edmonton, quería estudiar la «tribu de las Harley». Pretendía obtener una perspectiva desde dentro de las emociones y la mecánica que esbozara la creación de una subcultura alternativa por parte de los motoristas. [...] Preparé mi moto Norton, me hice con algo de ropa al uso y me dispuse a llevar a cabo mi trabajo de campo. Mis primeros intentos de contactar con este club formado por gente fuera de la ley fueron algo parecido a un desastre. En Calgary conocí a algunos miembros del Kings Crew MC en una tienda de motocicletas y expresé mi interés en «unirme a ellos». Pero no tuve la paciencia suficiente y llevé la situación demasiado lejos al realizar demasiadas preguntas. Enseguida comprendí que los intrusos, incluso los motoristas, no se cebían precipitar en ese tipo de cosas, y que nadie que no demostrara el dominio adecuado sería aceptado.

A partir de esta premisa, Wolf se compró una moto nueva y se aproximó a otro grupo, los Rebels, en un último esfuerzo por «conseguirlo-o-abandonar-el-intento». Describe cómo se sentó en un bar observándolos e intentando descubrir cómo aproximarse a ellos:

Descubrí que era mucho más intuitivo de lo que había supuesto al sentarme en el lado opuesto al lugar donde se encontraban los Rebels en el Kingsway Motor Inn. El sonido atronador de la música *heavy metal* hubiera dificultado, si no imposibilitado, una presentación de licada, y allí no había caras individuales o mecanismos para singularizar a alguien entre la humareda, sólo una serie de calaveras Rebel enganchadas en las chaquetas de cuero en un rincón del bar en el que estos personajes parecían prescindir de cualquier tipo de cautela. [...] Decidí salir fuera y preparar una aproximación estratégica, que incluyera cómo reaccionaría si uno de los Rebels se volviera hacia mí y me dijera: «¿Quién te ha invitado a estar aquí?». Barajé cinco diferentes aproximaciones cuando Wee Albert, de los Rebels MC, salió fuera del bar para echar un vistazo de seguridad a sus motos, en el aparcamiento. Me vio montado en mi moto y se acercó para saber quién era. Durante un rato Wee Albert y yo nos quedamos en el aparcamiento hablando de motocicletas, de cabalgar en el viento y de la tradición Harley. Me enseñó algunos de los *choppers* (piñones de moto) más impresionantes de los Rebels y me relató los detallados trabajos de preparación que los miembros del club habían llevado a cabo con sus máquinas. Después revisó mi «burra», mostrando su aprobación, y me invitó a entrar y a tomar algo con los Rebels en sus mesas. Beber en el bar me dio la oportunidad de conocer a los Rebels y también les proporcionó a ellos la oportunidad de observarme en un terreno neutral. Realicé el primero de una larga serie de cruces de

frontera que todos los moteros efectúan si esperan pertenecer a un club.

(Wolf, 1991, págs. 212-215)

Por lo tanto, realizar contactos en lugares públicos con la gente que uno desea estudiar puede ser un proceso difícil; aunque obviamente la experiencia de Wolf es un caso extremo.

A veces, los contactos iniciales pueden transformar por completo los planes de investigación. Liebow (1967) explica que el primer día que entró en contacto con una de las personas estudiadas presencié una discusión entre un policía y una mujer. Esto le llevó a hablar durante horas con un hombre joven. Lo que sigue es lo que comenta retrospectivamente:

No había conseguido lo que me había propuesto, pero sólo era el primer día. Y, de todas maneras, cuando escribí sobre esta experiencia aquella noche, sentí que presentaba una buena imagen de ese joven y que la mayor parte del material recogido era válido. Mañana, me dije, volveré a mi plan original; nada se había perdido. Pero el mañana nunca llegó.

(Liebow, 1967, pág. 238)

El «plan original» que Liebow acariciaba inicialmente consistía en realizar diversos estudios en pequeños ámbitos, «cada uno cubriendo una parte estratégica del mundo de los varones de renta baja»: un estudio del vecindario, otro del sindicato, otro de un bar clandestino, quizá complementados con diversas historias de vida y genealogías. En la práctica, no obstante, en vez de «patearse» el vecindario elegido,

me metía tan a fondo que me vi sumergido completamente, y cualquier plan de hacer tres o cuatro estudios separados, cada cual con sus propios límites, útiles y claros, cayó para siempre en el olvido. Mis excursiones iniciales por las calles —para realizar averiguaciones, captar el sentido de las cosas y sentar las líneas del trabajo de campo— rara vez me llevaron más allá de una manzana o dos de la esquina de donde había partido. Desde las primeras semanas, o incluso días, me encontré en medio de los acontecimientos: las principales líneas de mi trabajo de campo fueron sentándose casi sin que me diera cuenta. Durante la mayor parte del año siguiente, e intermitentemente después, mi centro de operaciones fue la primera esquina de la calle en que comencé mi trabajo.

(Liebow, 1967, págs. 236-237)

El segundo día de trabajo, Liebow volvió al lugar de su primer encuentro. De nuevo estuvo conversando con tres «borrachines» cuarentones y un hombre más joven «que parecía salido del anuncio de una revista de moda» (1967, págs. 238-239). Este hombre más joven era Tally Jackson, que actuó como padrino e informante de Liebow y en cuyo círculo social se centró la investigación.

El estudio de Liebow constituye hoy en día una contribución importante e impresionante a la etnografía urbana, aunque hay señales de peligro en su relato sobre su trabajo de campo. Puede o no haber sido una buena idea abandonar sus planes originales y sus, algo vagas, intenciones respecto a la conducción de varias pequeñas investigaciones relacionadas entre sí. Por otra parte, puede no parecer tan buena idea, tal como hizo, entregarse completamente al encuentro casual con Tally y sus consecuencias. Tal como el propio Liebow señala, «las principales líneas de mi trabajo de campo fueron abandonadas casi sin que me diera cuenta» (1967, pág. 237; las cursivas son nuestras). En este punto, más que la transformación del problema de investigación en respuesta a las oportunidades surgidas en el curso de la misma y la modificación del diseño de la investigación de acuerdo con ello, el problema de Liebow es que parece haber abandonado el diseño sistemático de la investigación.

No obstante, la investigación de Liebow ilustra la importancia del «padrinazgo» informal. Tally le avala, introduciéndole en su círculo de amigos y conocidos, facilitándole el acceso a la información. El más famoso de estos «padrinos» en el campo es sin duda Doc, quien ayudó a Whyte en su estudio sobre «muchachos de la calle» (Whyte, 1981). Su apéndice metodológico es una descripción clásica del desarrollo imprevisto de la investigación, determinado por acontecimientos casuales, y de la influencia de Doc como lo más determinante de su evolución. Doc ofreció a Whyte la protección de su amistad y le adiestró en una conducta y comportamiento adecuados.

Los contactos de Liebow y Whyte con sus padrinos fueron bastante fortuitos. Sin embargo, se puede alcanzar una protección de este tipo recurriendo a redes sociales existentes basadas en la amistad, el parentesco, las relaciones de trabajo, etcétera. Sin embargo, esto no siempre resulta sencillo. Cassel explica las dificultades que tuvo en la negociación de su acceso a un estudio sobre cirujanos, y su dependencia de las redes personales y de ocupación:

Cuando decidí estudiar a los cirujanos, negocié durante gran parte del año con un representante del Departamento de Cirugía, en un hospital en el que mi ex marido había ejercido como médico asistente, an-

tes de que el jefe de Cirugía me negara definitivamente el acceso a ese departamento.

Al mismo tiempo, después de pasar seis meses para obtener una entrevista con un representante del Colegio Americano de Cirugía, volé hasta Chicago para pedirle consejo y una posible ayuda por parte de su prestigioso grupo. El cirujano Southern, de sesenta años de edad, se pasó una hora hablando conmigo de vaguedades; entonces yo le corté y le pregunté si creía que mi estudio estaba mal encaminado. Silencio. «¿Su marido es médico?», me preguntó finalmente. Cuando asentí, dijo: «¿Ha pensado alguna vez... quiero decir, con su experiencia... se le ha ocurrido convertirse en una auxiliar activa en el hospital en que trabaja su marido?». Ése fue el único consejo que recibí.

Finalmente, casi en el último minuto, cuando un crítico que trabajaba para la agencia que financiaba mi estudio me pidió que aportara pruebas que demostraran mi acceso a los cirujanos, un amigo de mi ex marido dijo que podía investigar en el hospital en el que era jefe de Cirugía (y escribió una carta a tal efecto).

(Cassell, 1988, pág. 94)

Hoffman (1980) también aporta indicios acerca de cómo se pueden activar estas redes, al tiempo que llama la atención, una vez más, sobre las relaciones entre los problemas de acceso y la calidad de la información resultante. La investigación de Hoffman hacía referencia a una élite influyente: miembros del equipo directivo de un hospital en Quebec. En primer lugar, ella destaca el problema del acceso a esa élite:

Presentándome como una estudiante licenciada en sociología tuve un éxito muy limitado en los contactos con los porteros del mundo ejecutivo. Hacía constantes llamadas telefónicas y enviaba cartas solicitando una entrevista con el señor X, que siempre estaba «ocupado» o se encontraba «en una reunión». Cuando conseguía entrar, las entrevistas no excedían la media hora y continuamente eran interrumpidas por llamadas telefónicas (anunciando reuniones «importantes», secretarías preguntando si pasaban las llamadas, etcétera) y la única cosa que conseguí extraer fue la «tapadera del trabajo» (Goffman, 1959), la versión pública de lo que hacían los diferentes equipos del hospital.

(Hoffman, 1980, pág. 46)

Sin embargo, durante una de las entrevistas, el informante descubrió que conocía a miembros de la familia de la etnógrafa. Ello dio lugar a un tipo de entrevista e información muy diferente:

El resto de la entrevista aportó datos drásticamente diferentes a los recogidos hasta entonces. Fue presentada ante los equipos con una imagen muy diferente a la usual. Supe, por ejemplo, lo ineficaces que suelen ser los miembros de esos equipos, cómo el comité ejecutivo ejerce su control sobre el resto del equipo, cómo se orientaban las actividades y cuáles eran sus contenidos, y muchos otros aspectos de la organización social informal de los equipos.

(Hoffman, 1980, págs. 46-47)

Abandonando la línea original de su investigación —basada en entrevistas que aportaban ejemplos representativos a partir de diferentes instituciones— Hoffman, debido a sus observaciones, empezó a seleccionar informantes a partir de sus ocupaciones sociales. Empezó con sus contactos entre el personal directivo y luego, les pedía que le recomendaran a otros informantes y así sucesivamente. Ella sacó la conclusión de que esta estrategia «producía más informantes y una información más significativa».

Hoffman yuxtapone gráficamente las respuestas más comunes para ilustrar esta cuestión.

<i>Respuesta a un sociólogo desconocido</i>	<i>Respuesta a un individuo conocido</i>
Miembro A del equipo	Miembro B del equipo
P: ¿Qué opinión tiene sobre la forma utilizada para reorganizar el equipo?	
Creo que la idea básica de participación es buena. Necesitamos una mayor comunicación con los diferentes grupos. Y pienso que probablemente ellos tendrán mucho que aprender.	Esta actividad es impracticable. Todo es muy bonito y está muy bien el tener a estas personas por equipos, ellos nos pueden aclarar cosas sobre esto o aquello o explicarnos cualquier situación, pero no puedes llevar un hospital así.
P: ¿Cómo se desenvuelven los nuevos miembros del equipo? ¿Participan? ¿Hay problemas?	
... Oh, sí, el señor X (un auxiliar) participa. Hoy me preguntó algo pero no recuerdo qué era. A veces les falta habilidad y experiencia, pero ya la irán cogiendo. No hay problemas con ellos. Nos llevamos muy bien.	El señor X no ha abierto la boca excepto para comer bocadillos. [...] Pero ¿en qué puede contribuir? [...] Se podía confiar en el tipo de miembro que había antes... sabías que podías contar con su apoyo. No te

nías que estar vigilándole todo el tiempo. Pero esa gente nueva, ¿quién sabe cómo van a reaccionar? ¿Se van a poner de tu lado? Además está el problema de la confidencialidad. Cualquier cosa que digas va a correr por el hospital diez minutos después de haberla dicho. Ya no puedes hablar tanto. Has de tener cuidado por si alguien interpreta que eres demasiado condescendiente o demasiado altivo.

(Hoffman, 1980, págs. 48-49)

Hoffman tiende a ver aquí las fuentes de acceso en términos de «frentes de información penetrante» y opone claramente las dos variedades de datos en función de la «mejor» y la mayor veracidad de sus relatos. Esto puede ser problemático: la «franqueza» también puede ser un cumplido social en aras de la «discreción», pero más adelante volveremos al problema de la autenticidad de la información. El estudio de Hoffman se centra, específicamente, en las relaciones entre el «acceso», la imagen que da el trabajador de campo y la información recogida.

LOS PORTEROS

Tanto el relato de Cassell como el de Hoffman nos llevan hacia los ámbitos «formales» o «privados», en los que los límites están muy marcados, no son fácilmente penetrables y suelen estar vigilados por «porteros». En las organizaciones formales, por ejemplo, las negociaciones iniciales para el acceso pueden centrarse en el permiso formal que será garantizado legítimamente por un tipo de personal que se puede considerar clave. Aunque los porteros no son siempre el punto inicial de contacto del etnógrafo para introducirse en el lugar que está estudiando.

No obstante el ámbito de influencia de tales mediadores no está siempre claro. Efectivamente, la distinción entre los responsables y los mediadores no se presenta de manera clara. Incluso en las organizaciones burocráticas formales no siempre está definido a quiénes hay que recurrir para obtener el permiso, o a quién de entre los miembros es aconsejable recurrir. Gouldner se refiere a este

problema en su estudio sobre la fábrica de yeso de Oscar Center. Cuenta que el equipo de investigación

hizo una «doble entrada» dentro de la planta, introduciéndose al mismo tiempo a través de la compañía y del sindicato. Pronto nos dimos cuenta claramente de que habíamos cometido un error. El problema no había sido hacer una doble entrada, sino no haber hecho una triple entrada. Nos habíamos olvidado de hacer un contacto independiente con un grupo distinto: el equipo directivo de la planta específica que nos interesaba. De forma descuidada habíamos supuesto que el equipo directivo central también representaba al equipo de la planta local y, como constatamos más tarde, ése no era el caso. Como consecuencia de ello, nuestras relaciones con el equipo directivo local nunca fueron tan buenas como con los trabajadores o con el equipo directivo central.

(Gouldner, 1954, págs. 255-256)

Saber quién tiene el poder de facilitar o bloquear el acceso o quiénes se consideran o son considerados por los demás como poseedores de la autoridad suficiente para garantizar o rechazar el acceso es, sin lugar a dudas, un aspecto fundamental del conocimiento sociológico del campo. Pero este dilema no es tan terrible como puede parecer en un principio. De acuerdo con lo que dijimos en el capítulo I, la investigación nunca empieza de la nada; se basa en mayor o menor medida en el conocimiento proporcionado por el sentido común. Debemos intentar saber lo suficiente de un lugar como para poder valorar las estrategias que probablemente serán más efectivas para conseguir entrar. En el caso de que no lo sepamos, podemos «inspeccionar» con anterioridad el campo, por ejemplo contactando con gente que lo conozca o que tenga conocimiento de otros lugares similares. Normalmente, esto resolverá el problema aunque, como Whitten (1970) descubrió en su investigación sobre las comunidades negras en Nueva Escocia, no existan garantías de que la información conseguida sea válida. La gente del lugar aconsejó a Whitten que llamara por teléfono al concejal del distrito puesto que intentar encontrarse con él sin antes llamarle no sería prudente. Así lo hizo, «con resultados desastrosos»:

Me presenté como un antropólogo de Estados Unidos, interesado por los problemas que enfrentan a las personas de las comunidades rurales de diferentes partes de América. Siguiendo el procedimiento habitual en Estados Unidos y apoyado por lugareños instruidos, le dije que estaba especialmente interesado por las comunidades negras que esta-

ban marginadas dentro del sistema socioeconómico global. Educada pero firmemente, me dijo que la gente del interior de la región de Dartmouth ya tenía bastante con forasteros que les insultaban y les causaban perjuicios con la excusa de la investigación, que la gente de la región era tan humana como yo mismo y que podía hacer los estudios en otras comunidades de la provincia. Me preguntó por qué había elegido a los «negros», y cuando le expliqué que los negros, más que otros, habían sido excluidos de la plena participación, me dijo de nuevo que la gente rural de Nueva Escocia no era diferente y que la gente de color estaba harta de ser considerada distinta, puesto que no lo era.

(Whitten, 1970, pág. 371)

Whitten descubrió que había cometido dos errores básicos:

Primero, cuando los habitantes de Nueva Escocia dicen que hay que llamar al responsable oficial de la comunidad están guardando el respeto debido al funcionario pero no esperan que el investigador tome en cuenta el consejo, sino que el investigador establezca un contacto duradero con alguien que pueda presentarle al funcionario. Lo crucial de este procedimiento es que el investigador sea conocido primero por la persona que hará su presentación, para que el mediador pueda hacerse responsable de los errores del investigador. La recomendación de acudir directamente al funcionario les exime de la responsabilidad que podría devenir de su mediación, y por esta razón se espera que ninguna persona siga el consejo. Segundo, no se espera que uno use el término negro para referirse a los lugareños identificándolos étnicamente a través del color. El uso de la terminología étnica (incluyendo el término «de color») está reservado a aquellos que forman parte del sistema. [...]

Descubrimos que la manera más efectiva de aproximarnos al funcionario responsable era no establecer ningún tipo de diferenciación étnica, esperando a que éste hiciera por su cuenta la distinción (por ejemplo, entre la comunidad de color y la comunidad blanca). Actuando de esta manera, el investigador está en disposición de inquirir inmediatamente sobre el significado de la etnicidad. Si hubiéramos actuado un poco más despacio y omitido las diferencias étnicas podríamos haber tenido éxito y conseguido el acceso rápidamente, pero nos equivocamos al suponer que conocíamos la mejor manera de hacer las cosas en Angloamérica. Por hablar demasiado, y no reflexionar cuidadosamente sobre las posibles connotaciones implícitas en nuestras «instrucciones» temporalmente nuestro trabajo se fue a pique.

(Whitten, 1970, págs. 371-372)

Garanticen o no la entrada al lugar, a los porteros generalmente les interesará, comprensiblemente, dar una imagen de la organización que el etnógrafo va a retratar, y tendrán intereses prácticos en que a ellos y a sus colegas se les presente bajo una luz favorable. Como mínimo, ellos desearán salvaguardar lo que consideran que son sus intereses legítimos. Los porteros, por lo tanto, suelen intentar ejercitar algún grado de vigilancia y control, tanto para bloquear ciertas líneas de investigación como para guiar al trabajador de campo en una u otra dirección.

Como ejemplo del modo en que los porteros pueden intentar influir en algunas cosas, Bogdan y Taylor explican:

Conocimos a un novato que contactó con un reformatorio para establecer una cita a partir de la cual comenzaría con su observación. El supervisor con el que habló le dijo que no sería interesante visitar el reformatorio aquel día ni el siguiente porque los chicos estaban preparando la decoración para Halloween. Entonces él sugirió algunos momentos del día que serían los más apropiados para que el observador «examinara alguna cosa». El observador se vio forzado a elegir entre un número limitado de alternativas, cuando había dejado claro que le interesaba analizar una amplia variedad de actividades y momentos.

(Bogdan y Taylor, 1975, págs. 44-45)

Aunque Bogdan y Taylor narran este episodio como propio de un novato, este problema se plantea a menudo incluso entre los trabajadores de campo más expertos. (En estos casos, el etnógrafo necesita argumentar que está intentando, o incluso desea, observar lo mundano, la rutina y hasta los aspectos más tediosos de la vida cotidiana.)

En este contexto, una de las dificultades a las que nos enfrentamos a menudo surge porque los aspectos más delicados son los más interesantes *prima facie*. Los períodos de cambio y transición, por ejemplo, pueden ser percibidos por los propios participantes como problemáticos y, por esta razón, ellos querrán mantener a los observadores a cierta distancia: el interés por el conflicto viene dado por el hecho de que, entre las oportunidades de investigación disponibles para el trabajador de campo, esos disturbios pueden ser particularmente productivos.

El tema de los períodos «sensibles» es algo que Ball (1980) observa explícitamente en el contexto de un estudio sobre los encuentros iniciales en las aulas escolares. Él observa que los investigado-

res tienden a centrar su atención en las aulas, donde los patrones de interacción siempre están bien establecidos. Por esta razón hay una tendencia a retratar la vida en las aulas según modelos fijos o estáticos. Ball argumenta que las imágenes de la interacción en las aulas con las que estamos familiarizados pueden ser instrumentos privilegiados para la estrategia de investigación. Y continúa diciendo:

El problema es que la mayoría de investigadores, con disponibilidad limitada de tiempo y dinero, se ven obligados a organizar sus observaciones en el aula durante cortos periodos de tiempo. Ello implica acomodarse a situaciones que ya están establecidas dentro del aula, donde profesores y alumnos tienen mucha más experiencia sobre sus encuentros interaccionales que la que tiene el observador. Incluso, cuando el investigador se dispone a analizar los encuentros iniciales entre un profesor y los alumnos, el profesor, no sin razón, se niega a verse observado en su propio medio.

Pero las razones del rechazo de los profesores coinciden exactamente con las razones por las cuales el investigador está allí. Estos primeros encuentros son de una importancia crucial no sólo para la comprensión de lo que vendrá más tarde, sino también para tomar nota de cosas que le permitan una mejor preparación ante los acontecimientos posteriores.

(Ball, 1980, págs. 143-144)

Aquí, pues, Ball llama la atención sobre un problema particular del acceso, y muestra que no es una simple cuestión «práctica» de la organización del trabajo de campo (aunque también lo es), sino que también plantea cuestiones acerca de la descripción cuidadosa y de la conveniencia teórica.

ENGAÑAR O NO ENGAÑAR

Algunas veces se puede prever que, con toda seguridad, los porteros bloquearán la entrada en el campo. En este caso se puede recurrir a realizar la investigación de manera secreta (trataremos el factor ético relacionado con la investigación secreta en el capítulo 10). Holdaway (1982) ofrece un ejemplo a partir de su trabajo sobre la policía. Como un oficial de servicio destinado a la universidad para estudiar sociología que volvía al cuerpo para llevar a cabo una investigación sobre el mismo, Holdaway se encontró con estas seis opciones:

- A) Solicitar el permiso del jefe de policía para investigar, dando pleros detalles del método y de los objetivos.
- B) Solicitar el permiso al jefe de policía pero escondiendo las verdaderas intenciones.
- C) Solicitar el permiso de los oficiales de menor graduación para posteriormente requerir una aceptación formal de los oficiales de mayor graduación.
- D) No investigar.
- E) Dejar el servicio de policía.
- F) Realizar la investigación de manera encubierta.

Elegí la última opción sin pensarlo demasiado. A partir de las evidencias, ésta parecía ser la única opción realista; las otras alternativas o bien no eran realistas o bien contenían algún elemento no ético que equivalía a algo similar a realizar una observación encubierta. Creo que los policías de mayor graduación me hubieran denegado el permiso para investigar o me hubieran puesto obstáculos. La opción B es una estrategia tan deshonesto como la de encubrir la investigación, si es que esta última puede considerarse deshonesto. Por ejemplo, si yo fuera un marxista y quisiera investigar a la policía declarando mi marxismo, sé que me sería denegado el permiso para investigar. Y si me «presentara» con un tipo de investigación diferente seguramente sería deshonesto. La opción C no era viable. La D niega la relevancia de mis estudios, y la opción E hubiera sido la salida más lógica; sin embargo, me sentí moralmente obligado a no abandonar el cuerpo de policía que había financiado mis estudios.

(Holdaway, 1982, pág. 63)

Holdaway estaba en la situación poco común de conocer verdaderamente bien el lugar que él quería investigar y los porteros que podían concederle el permiso para realizar el estudio. Sin embargo, muchas veces las razones que nos llevan a juzgar como imposible el acceso al lugar no están bien fundadas. Existen muchos lugares en los cuales se podría esperar que nos impidiesen la entrada pero que, al menos en parte, resultan accesibles. Por ejemplo, Fielding (1982) se acercó a una organización de extrema derecha, el Frente Nacional, para solicitar permiso con objeto de llevar a cabo una investigación sobre esa organización y lo aceptaron, a pesar de que él consideraba necesario complementar el acceso oficial con algún tipo de observación encubierta.

De hecho, en la negación de acceso a menudo deben tenerse en cuenta diversas incertidumbres y variantes. Shaffir dijo que la comu-

nidad hasídica Tasher en la que estaba interesado no aceptaba su investigación. Se le aconsejó que encontrara un trabajo en la comunidad y llevara a cabo una investigación encubierta, lo que él hizo:

En cuanto sospeché que los miembros de la comunidad no autorizarían mi investigación sociológica, no les informé acerca de que estaba recogiendo datos sobre ellos. (Tampoco les dije nada de mi conexión con los Lubavitcher, una comunidad que ellos desaprobaban por la relación que mantenían sus miembros con judíos no ortodoxos.) Sin embargo, les dije a aquellos que estaban interesados que era un estudiante de sociología la McGill University. Una y otra vez me pidieron que explicara el significado de «sociología», un término que era totalmente ajeno para los miembros de Tasher. [...] Pero yo lo hacía de una manera que, mediante mi interés en la sociología, podía justificar mis preguntas regulares acerca de la organización de la comunidad. [...] A algunas personas les sorprendía mi curiosidad respecto a temas alejados de mis deberes religiosos. Sin embargo, otros parecían convencidos por mis explicaciones y me proporcionaban de manera voluntaria información que ellos creían que podría interesar a un foráneo. Pero algunos miembros me miraban de manera tan extraña que empecé a sentir que me consideraban un intruso y que mi presencia les resultaba sospechosa.

(Shaffir, 1985, pág. 126)

Shaffir afirma que su papel de espía supuso una seria constricción a su investigación, y experimentó una gran dificultad a la hora de combinar el trabajo religioso a tiempo completo y sus estudios universitarios. Decidió reducir sus horas de trabajo explicando su decisión a sus jefes Tasher en el campo de este modo:

Mis compromisos con la universidad requieren que lleve a cabo una investigación y escriba una tesis. Esta tesis, expliqué, sería probablemente acerca de los billares. «¿Billares?, ¿qué es eso?», me preguntó en yiddish el rabino. El otro hombre, que se había licenciado en la universidad antes de convertirse en Tasher Hassid, le ofreció su versión de lo que él entendía que eran los billares: «Es un lugar en el que se juega con unas bolas encima de una mesa»; y, volviéndose hacia mí, me preguntó «¿Cómo puedo describirle lo que son unos billares? Nunca ha estado en uno». Entonces añadió: «Es un lugar sucio que atrae a elementos criminales. Para los gentiles es un lugar agradable pero no para los judíos».

Ambos coincidieron rápidamente en que era necesario disuadirme de realizar semejante investigación y, de repente, el rabino dijo: «Mira, tú nos conoces... ¿Por qué no escribes sobre nosotros para que podamos ayudarte? Lo que quiero decir es que ganarás un premio. Te ayudaré y

así los otros también lo harán y ganarás el premio... ¿Cuándo quieres empezar? Puedes hacerlo cuando quieras». El otro hombre parecía de la misma opinión. Sorprendido, tuve que controlarme para decir, con toda la calma posible, que tenía que considerar su propuesta y que me encontraría con ellos al día siguiente para trazar los posibles detalles.

Por supuesto, me propuse decirles que haría lo que me habían aconsejado. La tarde siguiente, sin embargo, ambos habían cambiado de opinión. [...] Ahí acabó mi primera intentona de trabajo de campo entre los Tasher.

Tendría más éxito pocos años después en la misma comunidad. Había nuevos administradores a cargo de los asuntos cotidianos que se mostraron más receptivos a mis peticiones de visitar y charlar acerca de asuntos de la vida de la comunidad que me interesaban. Les expliqué con toda candidez los intereses de mi investigación. [...] El administrador jefe aparentemente adoptó la postura del «No tenemos nada que ocultar».

(Shaffir, 1985, págs. 128-129)

Chambliss explica algo quizá más sorprendente, un proceso más directo para ganar el acceso al mundo del crimen organizado, pero de nuevo relacionado con una aproximación inicialmente encubierta:

Vestido con ropas de camiónero, fui a los barrios bajos, a las zonas donde viven los japoneses, los filipinos y los negros de Seattle. [...] Sentado en la barra de un café, un día me di cuenta de que había gente muy distinta que entraba por una puerta situada en el interior del local. Le pregunté a la camarera, Millie —una esbelta ex prostituta cuarentona y consumidora ocasional de drogas con la que había entablado cierta amistad—, a dónde iba toda esa gente:

MILLIE: A jugar a las cartas.

Yo: ¿Allí detrás?

MILLIE: Sí, ahí se juega al póquer.

Yo: ¿Y yo puedo jugar?

MILLIE: Claro, ve. Pero vigila tu bolsillo...

Así que, prudentemente, me dirigí hacia allí, a través de la puerta trasera y me introduje en una amplia sala que tenía siete mesas octogonales cubiertas por un tapete verde. En cinco de las mesas estaban jugando al póquer. El encargado de la sala de juego, inmediatamente, con un gesto, me invitó a que me sentara. Jugué, vigilando todo el rato mi bolsillo, como me habían avisado.

Durante la semana siguiente volví todos los días. [...] Conversando con el encargado de la sala de juego y con otros jugadores descubrí lo

que algún taxista ya me había dicho: que la pornografía, el juego, la prostitución y las drogas estaban prácticamente disponibles en cualquier esquina de la calle. Así que empecé a frecuentar otros cafés, salas de juego y bares. Mientras practicaba diversos juegos iba reuniendo mucha información a partir de conversaciones casuales.

En una semana me convencí de que la ilegalidad estaba muy bien organizada. El problema era descubrir cómo y por quiénes. El día treinta de ese mes estaba sentado hablando con Millie cuando un hombre, que identifiqué como policía, entró por la puerta y se introdujo en el despacho del gerente. Le pregunté a Millie qué hacía ese hombre allí:

MILLIE: Es el recaudador.

YO: ¿El qué?

MILLIE: El recaudador. Recoge el dinero para la gente de abajo.

YO: Ah.

Me pasé los dos meses siguientes hablando informalmente con la gente que conocía durante las partidas de cartas, en los *sex shops* o por la calle. Pronto empecé a sentir que había llegado a un punto muerto. [...] Había descubierto los aspectos generales del crimen organizado en Seattle pero el funcionamiento a un nivel más alto seguía siendo un misterio. Decidí que era el momento de «revelar mi identidad».

Invité al encargado de la sala de juego donde jugaba más a menudo a que me acompañara a comer. Le llevé al club de la facultad de la Universidad de Washington. Ese día él me vio de modo distinto, yo iba afeitado y llevaba camisa y corbata. Le hablé sobre la experiencia y mis intereses «puramente científicos» y, como mejor pude, le expliqué por qué le había engañado al principio. Él se ofreció a ayudarme. Pronto empecé a recibir llamadas telefónicas: «Entendí tu interés por Seattle. ¿Aceptarías investigar al cuñado de Charles Carroll?». Y hubo un encuentro verdaderamente clandestino en un almacén abandonado del muelle. [...]

Durante los siguientes diez años continué con esta investigación ampliando mis contactos y participando incluso en una gran variedad de prácticas ilegales. Conforme se iba difundiendo mi interés por estos temas aumentaba mi credibilidad como alguien en quien se podía confiar y recibía más ofertas para «hablar» de las que podía atender.

(Chambliss, 1975, págs. 36-38)

Los trabajos de Holdaway, Fielding, Shaffir y Chambliss plantean la cuestión del engaño dentro de las negociaciones para el acceso. Cuando la investigación se oculta tanto a los estudiados como a los porteros, el problema de acceso se «resuelve» definitivamente, siempre que no se descubra el engaño. Incluso cuando el «encubrimien-

to» ha sido mantenido con éxito, el investigador se ve obligado a convivir con las dudas morales, las angustias y las dificultades prácticas para llevar a buen término esta estrategia. Sin embargo, si la investigación se lleva a cabo sin el conocimiento o la complicidad de alguien, el trabajo de campo resultará extraño. Es mucho más normal que a algunas personas se les escondan las verdaderas intenciones mientras que otras se convierten en confidentes del investigador, al menos parcialmente.

Pero aquí el problema no sólo radica en si pedimos permiso para realizar la investigación y a quiénes se lo solicitamos, sino también en qué piensan aquellos a los que les concierne. Algunos autores recomiendan que se negocie la investigación explícitamente, exponiendo con detalle las propuestas de la misma y los métodos que serán empleados, aclarándolo todo desde el comienzo a cuantos estén implicados. Sin embargo, frecuentemente esto no es posible ni siquiera deseable. Dada la forma en que los problemas de investigación cambian en el curso del trabajo de campo, al inicio de éste las demandas que uno piensa que probablemente va a tener que hacer a los actores en el campo, así como sus implicaciones y consecuencias políticas, serán poco más que meras especulaciones. También existe el peligro de que la información proporcionada a las personas estudiadas influya en su comportamiento hasta el punto de que los resultados de la investigación queden por ello invalidados. En el caso de Festinger y otros (1956), que informaron al grupo religioso apocalíptico que estaban estudiando no sólo el hecho de que estaban realizando una investigación, sino también las hipótesis que manejaban, la validez de su investigación se podría cuestionar.

Otro argumento a favor de que no se informe totalmente sobre las intenciones de la pesquisa a los porteros desde el comienzo de la misma, es el de que, a menos que uno pueda establecer una relación de confianza relativamente rápida con alguno de ellos, éstos pueden rechazar o negar el acceso de una forma mucho más radical de la que emplearían más adelante durante el trabajo de campo. El estudio de Wolf sobre los motoristas, en el que empleó tres años tratando con ellos antes de aclarar que estaba realizando una investigación, es un extremado pero instructivo ejemplo (Wolf, 1991). Una vez que la gente considera que el investigador es una persona en la que se puede confiar y es discreta en el manejo de la información referente al lugar y que, en sus publicaciones, respetará sus promesas de anonimato, el acceso que anteriormente habría sido denegado de raíz ahora podrá ser garantizado. Al respecto, muchas veces es recomendable no requerir desde el principio el acceso a to-

da la información sino que es mejor pedirlo poco a poco, dejando la negociación sobre puntos de acceso más delicados para cuando las relaciones de campo estén más establecidas; aunque tal vez sea necesario reiterar que los supuestos acerca de lo que es o no delicado no siempre son fiables.

En cualquier caso, aunque decir «toda la verdad» en las negociaciones al inicio de la investigación, como en muchas otras situaciones sociales, tal vez no sea siempre una estrategia adecuada y ni siquiera viable, se debe evitar en la medida de lo posible el engaño, no sólo por razones éticas, sino también porque más adelante, durante el trabajo de campo, la omisión de determinada información podría volverse en contra de uno mismo. Efectivamente, algunas veces suele ser necesario avisar a los porteros o padrinos de las posibles consecuencias que puede tener la investigación para evitar de este modo algunos problemas subsiguientes, tal como Geer destaca a partir de su investigación en universidades norteamericanas:

En las universidades más prestigiosas, el investigador puede ver obstaculizadas sus negociaciones porque los administradores no pueden imaginar que en ellas sea descubierta alguna información nociva. En este caso es conveniente que el investigador explique el tipo de cosas que muchas veces suelen salir a la luz: homosexualidad, por ejemplo, o mala enseñanza. A veces se puede involucrar al administrador en una especie de complicidad científica. Tratándole como a un académico tolerante y de amplias miras, uno gradualmente le convencerá de que aunque el estudio pueda ser amenazador, él y su universidad son lo suficientemente importantes como para que se realice la investigación. Puede parecer innecesario preparar a los administradores para lo peor; pero esto allana el terreno para el *shock* que posiblemente tendrán cuando vean las conclusiones del estudio. Los administradores pueden intentar impedir la publicación o sentir que la universidad ha sido perjudicada y que semejante investigación no hubiera tenido que autorizarse. Sin embargo, el administrador que se ha comprometido generosamente en la negociación inicial suele estar orgulloso de los resultados.

(Geer, 1970, pág. 83)

La negociación del acceso es una cuestión de equilibrio. Las ganancias obtenidas y las concesiones otorgadas en las negociaciones, así como las consideraciones éticas y estratégicas, deben juzgarse a la luz de los propósitos de la investigación y las circunstancias que la rodean.

RELACIONES FÁCILES Y RELACIONES BLOQUEADAS

Buscar el permiso de porteros o el apoyo de padrinos es a menudo un primer paso inevitable para obtener el acceso a la información. Además, las relaciones que se establezcan con esas personas tendrán consecuencias importantes en el curso subsiguientes de la investigación. Berreman, acerca de su investigación en una villa pahari del Himalaya, comenta:

Fuimos presentados [a los lugareños] a través de una nota que les dio el comerciante, que no era pahari, del mercado de la ciudad más cercana el cual durante un tiempo había comprado a los campesinos pahari los excedentes de su producción agrícola y que además, al parecer, había adquirido tierras en la aldea mediante prácticas poco escrupulosas de oscura naturaleza. Él dijo que aquellos campesinos trataban a los extranjeros como «nuestra gente» y eran muy hospitalarios con ellos. Como era de esperar, nuestro benefactor no era querido en la aldea y fue más a pesar de su intención que a causa de la misma que, al final, consiguiéramos realizar un año de investigación en el lugar.

(Berreman, 1962, pág. 6)

Del mismo modo, uno puede tener suerte al asociarse con los porteros:

La impresión que recibí de la actitud de la gente hacia mí fue que sentían curiosidad y se mostraban muy amistosos. Cuando caminaba por los senderos, me sabía constantemente observado por los lugareños, que no mostraban inhibiciones a la hora de hablar de sus problemas, especialmente en relación con la tierra. Tardaba al menos una hora en atravesar el pueblo debido a que me detenían constantemente y conversaban conmigo. Esto contradecía los informes que había recibido de los antropólogos que trabajaron antes en zonas de habla quechua del Perú, pues se habían encontrado con gente hosca y poco comunicativa. Creo que una de las razones para esto es que mi introducción en la zona fue excepcionalmente buena. Por un lado, mis presentaciones oficiales a través del Ministerio de Agricultura habían tenido lugar gracias a un oficial que no había sido desconfiado. Habló de mí en estos términos: «Es una buena persona, no pretende engañarnos como otros oficiales». Por otro lado, yo había sido presentado por los miembros de la Iglesia progresista católica, e incluso durante un tiempo viví bajo el mismo techo que ellos. También eran europeos. Su identificación con los lugareños, y mi propia identificación con ellos, tuvieron un valor determinante.

(Rainbird, 1990, pág. 89)

Sin embargo, incluso los porteros y padrinos más amistosos y cooperativos condicionarán la conducción y desarrollo de la investigación. De una u otra manera, el etnógrafo encauzará su trabajo de campo de acuerdo con las redes existentes de amistad y enemistad, con el territorio y con otros factores «limitantes». Una vez que ha sido «adoptado» por un padrino, el etnógrafo puede encontrar difícil conseguir independizarse de esa persona y verse en una situación en la que los límites de su investigación se fijan a partir del horizonte social del padrinzago individual o grupal. Estos compromisos sociales y personales pueden, como las tácticas de bloqueo de los porteros, cerrar ciertas vías a la investigación. El trabajador de campo se podría encontrar atrapado en relaciones «patrón-cliente» con los padrinos y, de esta manera, la influencia de éstos tendrá consecuencias imprevistas. Las ambigüedades y contingencias del padrinzago y del patrocinio quedan muy bien ilustradas por dos estudios similares de la España rural (Barrett, 1974; Hansen, 1977).

Barrett explica cómo los miembros del pueblo que había elegido, Benabarre, inicialmente se mostraron bastante reservados. Esta situación cambió parcialmente cuando el panadero del pueblo trabó relación con Barrett y empezó a presentarle a los demás. Sin embargo, la gran transformación se produjo cuando llegó al pueblo un profesor de Barcelona que descendía de una familia de Benabarre. El profesor se interesó por el trabajo de Barrett, de forma que pasaba mucho tiempo en su compañía:

Nada podía haber tenido efectos tan benéficos para mi relación con la comunidad. Don Tomás gozaba entre los lugareños de una popularidad y respeto inmensos, y el hecho de que considerara mi trabajo importante se convirtió en un modelo de referencia para el comportamiento de la mayoría de la gente. El razonamiento que ellos parecían seguir era el siguiente: si, aparentemente, yo fuera alguien de quien debían precaverse, don Tomás no se dejaría embaucar: si él creía que yo era de fiar, entonces es que debía de serlo. La reacción fue inmediata. Las puertas que hasta entonces se me habían cerrado, se abrieron; la gente me saludaba por las calles y me ofrecía sus servicios.

(Barrett, 1974, pág. 7)

Barrett se dio cuenta de que no había sido simplemente una afortunada transformación, también era una importante clave de las relaciones sociales que existían en el pueblo. Las relaciones jerárquicas tenían una importancia fundamental. Al principio, Barrett había eludido relacionarse estrechamente con las familias de «clase alta»:

Pensaba que si existía polarización entre estratos sociales, posteriormente esto me haría más difícil ganar la aceptación entre los campesinos, pero ¡ocurría virtualmente lo contrario! El hecho de que no me asociara con aquellos que me consideraban sus iguales les parecía confuso y hacía mucho más difícil mi situación dentro del orden social. Una vez que don Tomás me brindó su amistad y me presentó a otras familias de rango social similar, la comunidad prácticamente me concedió un certificado de respetabilidad.

(Barrett, 1974, pág. 8)

Las experiencias de Hansen en la Cataluña rural son igualmente reveladoras del orden jerárquico en la sociedad campesina:

Primero, la concesión de entrevistas no estaba funcionando bien porque yo era demasiado educado y solícito a la hora de concertar las entrevistas con gente que apenas conocía. Cometí el error de ser demasiado formal, lo que hizo que aquellas personas sospecharan de mí. Me di cuenta de que me había equivocado gracias a uno de los pocos nobles que quedaban en el Alt Penedès, al cual había entrevistado por casualidad. Me explicó en términos nada vagos que yo me estaba comportando como un criado o un cliente de aquellos individuos, cuando mi riqueza, apariencia y educación indicaban que era superior a ellos. Él me acompañó a visitar a más de veinte terratenientes burgueses y les pidió que me dijeran en el acto lo que yo quería, incluyendo detalles sobre escándalos financieros, etcétera. Todos lo hicieron, algunos mostrando reverencia hacia el conde, todos con amabilidad y afabilidad hacia mí. El conde supervisaba todas sus respuestas para ver si encubrían u ocultaban información importante. Yo estaba sorprendido y embarazado: el conde había dado en el clavo. Después de más de veinte entrevistas me sentía abrumado y turbado con tantas muestras de solicitud. De repente, se había puesto de moda entre los lugareños hacerse entrevistar por el *distinguido antropólogo norteamericano*.

(Hansen, 1977, págs. 163-164)

Los porteros, padrinos y similares (ciertamente, la mayoría de las personas que actúa como anfitrión durante el proceso de investigación) operarán en términos de sus expectativas acerca de las intenciones y la identidad del etnógrafo. Como dejan claro los ejemplos de Hansen y Barrett, éstas pueden estar seriamente implicadas en la calidad y naturaleza de la información recogida. Muchos anfitriones depositan expectativas demasiado imprecisas en la investigación, especialmente en lo que se refiere al trabajo etnográfico.

En este sentido, tienden a predominar dos modelos estrechamente relacionados entre sí: el «experto» y el «crítico». Ambas imágenes pueden contribuir a hacer que el portero se sienta incómodo sobre las consecuencias de la investigación y los efectos de su conducción.

Muchas veces el modelo del «experto» parece sugerir que el investigador social es, o debería ser, una persona que está extremadamente bien informada sobre los «problemas» y sus «soluciones». Esta expectativa puede suponer que el etnógrafo que negocia el acceso está reivindicando su papel de experto, y se espera que él «caracterice» la organización o comunidad. Este punto de vista, por tanto, conduce directamente a la segunda imagen, la del «crítico». Los porteros podrían temer que el etnógrafo intente actuar como un examinador. (A veces, por supuesto, el etnógrafo puede comprometerse oficialmente en una evaluación; véase Fetterman, 1984, Fetterman y Pittman, 1986. Sin embargo, incluso en esa situación, todavía sigue siendo posible distanciarse de los papeles del experto y del crítico.)

Bajo algunas circunstancias, esas expectativas pueden tener connotaciones favorables. La evaluación hecha por expertos, llevada con el objeto de mejorar la eficiencia, las relaciones interpersonales, la planificación, etcétera, puede tener al menos el apoyo de aquellos que están en la cima (aunque no necesariamente de los que están en posiciones de subordinación). Por otro lado, los porteros pueden mostrarse recelosos de la vigilancia que esperan que los expertos críticos ejerzan. Incluso, aunque no se niegue el permiso para investigar, los porteros pueden, como ya sugerimos, intentar dirigir la investigación hacia los terrenos que ellos prefieran o alejarla de los aspectos potencialmente más delicados.

Por otro lado, al etnógrafo tal vez le será difícil ganarse la credibilidad si sus anfitriones esperan de él cierto tipo de conocimiento experto. Tales expectativas chocan con la ignorancia e incompetencia real o simulada del trabajador de campo. Smigel (1958), por ejemplo, comenta la propensión de los abogados a no prestar atención a los investigadores que parecen estar jurídicamente mal informados, reacción que también ha sido confirmada por las investigaciones de Mungham y Thomas (1981). A veces los etnógrafos también se distinguen por su aparente falta de actividad. Esto puede contribuir a que los anfitriones no les tomen en serio.

En una amplia variedad de contextos, los investigadores suelen destacar los recelos y expectativas que exhiben los anfitriones como importantes obstáculos para conseguir el acceso. Tales sospe-

chas pueden ser alimentadas por las propias actividades del trabajador de campo. Barrett (1974), por ejemplo, señala cómo los habitantes del pueblo español que estudió interpretaban sus acciones. Él no era consciente de la posibilidad de que los campesinos estuviesen asustados por alguien que se pasaba el día tomando notas, puesto que ellos no sabían qué era lo que estaba escribiendo. Se extendían rumores sobre él que le identificaban como un espía comunista, un agente de la CIA, un misionero protestante o un inspector de Hacienda. En su campo de trabajo en Brasil, a finales de los años treinta, Landes fue acusada de buscar a hombres «vigorosos» para algo más que llevar su equipaje. Se la tildó de prostituta durante su investigación pues ella, de manera inadvertida, rompió las reglas locales acerca del comportamiento adecuado de una mujer (Landes, 1986, pág. 137). Como era de esperar, esto creó problemas en su investigación y en sus relaciones personales en el campo.

Al mismo tiempo, es posible confundir las respuestas de los porteros y participantes como más negativas de lo que son en realidad. En el caso de su investigación sobre los juicios hasídicos, Shaffir comenta:

Mi sospecha de que no era totalmente bienvenido fue el resultado de una confusión básica: interpreté una reacción de indiferencia por una negativa. Yo imaginé que la gente se mostraría curiosa y entusiasta respecto a mi investigación, pero a la mayoría no podía interesarles menos. Mi investigación no les afectaba, y ellos tenían cosas más importantes que atender.

(Shaffir, 1991, pág. 76)

Dicha indiferencia no es infrecuente, ¡como tampoco lo es la tendencia a la paranoia por parte del etnógrafo!

Como apuntamos al inicio de este capítulo, el problema del acceso no está resuelto una vez que uno ha conseguido entrar en el campo, ya que esto no garantiza de modo alguno poder lograr toda la información necesaria. Todos los agentes que forman parte del lugar no estarán igualmente abiertos a la observación ni todo el mundo querrá hablar, o incluso los que quieran no estarán preparados o quizá ni siquiera sean capaces de divulgar toda la información de que disponen. Puesto que la información requerida para desarrollar y comprobar la teoría ha de ser constantemente solicitada, es probable que la negociación para el acceso sea una preocupación permanente para el etnógrafo. La negociación, entonces,

toma dos formas diferentes aunque relacionadas entre sí. Por un lado, las negociaciones explícitas con aquellos cuyas actividades uno quiere estudiar serán parecidas a aquellas que se establecieron con los padrinos y los porteros. Pero, por otro lado, el término «negociación» también se refiere a un proceso mucho más extenso y sutil que supone maniobrar entre diferentes posiciones favorables para la adquisición de la información necesaria. Paciencia y diplomacia resultan de gran ayuda. La negociación del rol del etnógrafo en el campo y las implicaciones de sus diferentes roles en la naturaleza de la información recogida serán examinadas en el próximo capítulo.

Capítulo 4

RELACIONES DE CAMPO

La investigación etnográfica puede y tiene lugar en una amplia variedad de lugares: pueblos, ciudades, vecindarios de la ciudad, fábricas, minas, granjas, tiendas, oficinas de negocios de todo tipo, hospitales, teatros de operaciones, prisiones, bares, iglesias, escuelas, institutos, universidades, agencias tributarias, tribunales de justicia, tanatorios, capillas funerarias, etcétera. Estos lugares varían en todos los sentidos que son relevantes para la naturaleza de las relaciones posibles y deseables con la gente que vive y/o trabaja en ellos. Además, existen muchas diferencias dentro de cada lugar. Las generalizaciones acerca de las relaciones de campo están sujetas, en última instancia, a un montón de excepciones. Ningún conjunto de reglas puede ser tratado como algo que produce automáticamente buenas relaciones de campo. Todo lo que se puede ofrecer es un estudio de ciertos tipos principales de consideraciones metodológicas y prácticas en torno a las relaciones de los etnógrafos en el campo.

RESPUESTAS INICIALES

Igual que los porteros o los padrinos, los actores en el campo también intentarán situar al etnógrafo en su zona de experiencia. Esto resulta necesario para ellos, por descontado, para saber cómo deben tratar con el etnógrafo. Algunos individuos o grupos tienen escaso o nulo conocimiento sobre la investigación social, y por eso los investigadores de campo se encuentran a menudo bajo sospecha, al menos al principio, de ser espías, inspectores de Hacienda, misioneros, etcétera, como hemos señalado en los capítulos anteriores. Así pues, Kaplan explica que los pescadores de Nueva Inglaterra que ella había estudiado creían que era o bien una delegada del gobierno o una investigadora de una agencia de seguros (Kaplan, 1991, pág. 223).

Generalmente estas sospechas se disipan con rapidez al incrementarse el contacto, pero no siempre sucede así. Y a veces, dada la naturaleza de la investigación, puede resultar difícil distanciarse de dichas etiquetas. Hunt (1984, pág. 288) explica que los oficiales de policía que estudiaba sospechaban que ella era una agente encubierta del Departamento de Asuntos Internos o del FBI, una sospecha provocada por los oficiales del departamento de policía en el que estaba trabajando. Pero en realidad ella era, y así se la conocía, una asesora contratada por la ciudad para evaluar a la policía, un papel que los sujetos que sufrían esa investigación podían considerar como de espía. A pesar de esto, Hunt fue capaz de ganarse la confianza de los oficiales de policía que estaba estudiando gracias a que se mostró predispuesta a ayudar en las emergencias callejeras, y gracias también a criticar abiertamente a los altos cargos del departamento de policía.

Como contraste, Den Hollander nos proporciona un ejemplo de una de estas identificaciones iniciales, que aparentemente es más favorable pero que, a la postre, será un obstáculo insuperable para su investigación:

Pocos días después de haber llegado a una ciudad del sur de Georgia (1932) se rumoreaba que yo era un agente de una empresa de fibras sintéticas enviado para estudiar la viabilidad de la instalación de una industria en la ciudad. Mis desmentidos no hacían otra cosa que reforzar el rumor; todo el mundo trataba de venderme las excelentes cualidades de la ciudad y su población; el observador se había convertido en una verdadera hada madrina, hasta el punto de que se hizo imposible realizar un trabajo mínimamente serio. La solución fue abandonar la ciudad.

(Den Hollander, 1967, pág. 13)

Incluso cuando en un lugar determinado las personas se muestran familiarizadas con la investigación, puede haber una seria divergencia entre las expectativas que tienen depositadas en la investigación y las intenciones del investigador. Como los porteros, la gente en general puede ver al investigador como un experto o un crítico. Además, aunque la etnografía no sea familiar para ellos, pueden ser, o al menos así se consideran a sí mismos, expertos en la metodología de investigación, y mantener una actitud negativa hacia aquélla. Este problema es especialmente grave, por supuesto, cuando la gente tiene formación académica, o si hay, incluso, sociólogos entre ellos (Platt, 1981). Scott proporciona un ejemplo de investiga-

ción sobre la experiencia de los estudiantes licenciados en las universidades británicas. Junto a su compañero de investigación, se le pidió que presentara en el seminario de graduación del departamento de sociología un documento que explicara cómo iba a realizar las entrevistas:

Casti antes de que hubiéramos acabado de hablar, el profesor se puso en pie de un brinco y dio comienzo a su diatriba, en la que evidenció no sólo su desacuerdo con nuestra presentación y metodología, sino su molestia. Nos dijo que escribiéramos un artículo para *Network*, la revista de la Asociación Británica de Sociología [...], porque esto «haría que nuestra investigación fuera menos despreciable», y que debíamos publicarlo antes de completar nuestra investigación [...]. Sentimos que se nos había clasificado como ejemplo del «peligro» que entrañaba la investigación etnográfica, así que ese profesor podía desempeñar el papel de gran hombre y ningunearnos frente a sus alumnos. Más tarde comprendimos que el profesor había sido uno de los más exaltados a la hora de exigir que se nos controlara detalladamente cuando nuestro proyecto fue expuesto.

(Scott, 1984, pág. 175)

Fuera de la academia puede haber un menor conocimiento pero igual o mayor hostilidad. El comentario de un agente de policía en la comisaría del Royal Ulster, citado por Brewer (1991, pág. 16), proporciona un ejemplo: «Si algo me subleva es la sociología. Creo que se trata de una buca carga de mierda, así de sencillo». Brewer señala que para algunos oficiales de policía, la palabra «sociología» suena muy parecida a «socialista». Pero ésa no es la única fuente de problemas; él cita a un oficial veterano:

Creo que la mayoría de policías no puede relacionar la sociología con nada, porque la cuestión es que ellos lo piensan todo en términos de blanco o negro: aquellos que hacen cosas malas deben ser castigados, y los que lo hacen bien deben ser recompensados. La sociología parece cambiar el esquema que tienen en la cabeza. Parece decir que aquellos que hacen el bien y son honestos están equivocados. Es como si la sociología dijera que si un hombre que no gana tanto dinero como yo roba para mantener a su familia no está actuando mal. Y una cosa más, la sociología parece afirmar que aquellos que están sanos y hacen el bien actúan así a expensas de los pobres desafortunados.

Allí donde estas actitudes prevalecen, la gente pondrá en duda la legitimidad de la investigación y las credenciales de los investiga-

dores, como le sucedió a la colega de Brewer Kathleen Magee en su investigación sobre RUC:

POLICÍA DE GUARDIA: Mira, espera un minuto. ¿Qué te da derecho a venir aquí y empezar a preguntar cosas personales acerca de vuestras familias y todo eso? [...] No vas a aprender nada de la policía mientras estés aquí. No te van a decir nada... ¿Sabes por qué? Porque siempre vas por ahí con ese bloc de notas apuntándolo todo, y ni siquiera te estás acercando a la verdad... Además, ¿para qué va a servir tu investigación de todas maneras? ¿Nos va a reportar algún beneficio? ¿Por qué investigas? Porque, déjame decirte, las únicas personas que van a estar interesadas en tu investigación son las autoridades.

Este tipo de asaltos verbales continuó durante un tiempo, pero finalizó en una rota menos hostil:

POLICÍA DE GUARDIA: Tal vez la policía me ha hecho así, pero ¿no te das cuenta de que si vienes de ese modo, haciéndome preguntas acerca de mi familia, si pretendes saber todas esas cosas, yo tengo que confiar en ti? Por eso, después de esta noche, te dejaré salir en coche conmigo.

(Brewer, 1991, págs. 21-22)

Como muestra este ejemplo, tengan o no conocimiento de la investigación social, y sea cual sea la actitud que muestren ante ella, la gente a menudo se siente más preocupada acerca del tipo de persona que es el investigador que por la investigación en sí. Intentarán calcular hasta qué punto se puede confiar en él, si es mejor aproximarse o mantener cierta distancia y tal vez también si pueden ser manipulados o explotados (para un análisis interesante de este proceso, véase Edgerton, 1965). Es muy importante cuidar «la presencia» (Goffman, 1955). Como en otras situaciones en las cuales es necesario crear o establecer una imagen, se debe prestar mucha atención a la «impresión» que se causa. Ante todo se deben evitar los aspectos de la imagen del investigador que puedan obstaculizar el acceso, al tiempo que se deben resaltar aquellos que lo faciliten; siempre, claro está, dentro de los límites marcados por consideraciones éticas.

EL CUIDADO DE LA PRESENCIA

La apariencia personal puede ser un aspecto especialmente importante. A veces tal vez será necesario que el investigador se vista

de un modo similar a la gente que estudia. En el caso de la investigación encubierta se trata de un detalle imprescindible; en este caso el trabajador de campo debe ser más cuidadoso con sus aspectos personales que los otros participantes. La investigación que Patrick realizó sobre bandas de Glasgow revela la dificultad que implica «pasar inadvertido» de esta manera:

La ropa era otra dificultad importante. Yo ya sabía de la importancia que los miembros de la banda le dan a la ropa que llevan a la escuela, por eso, después de comentarlo con Tim, compré [un traje de noche azul, con un cinturón de doce pulgadas, flecos de tres pulgadas sobre los bolsillos y un pañuelo azul claro con lunares blancos, para combinar con la corbata, en el bolsillo de la solapa]. A pesar de todo cometí dos errores. Primero, pagué el traje en efectivo en vez de pagarlo a plazos, atrayendo así la atención del personal de la tienda y provocando la desconfianza de la banda cuando, inocentemente, mencioné lo ocurrido. En segundo lugar, la primera noche que salí con la banda, me abroché los botones centrales de mi chaqueta, como solía hacer siempre. Tim me aclaró en seguida el malentendido. Los muchachos de la banda se abrochaban sólo el último botón de la chaqueta para así poder tener las manos en los bolsillos de los pantalones mientras su chaqueta estaba abotonada.

(Patrick, 1973, pág. 15)

El mismo tipo de cuidado que se le presta al vestuario es necesario prestárselo al hecho de mostrarse abierto, algo que durante el período inicial es necesario para ganar la confianza. Sin embargo, en el caso de la investigación de Wolf sobre los «motoristas fuera de la ley», era importante no sólo que él pareciera un motorista —el pelo hasta los hombros y una chaqueta de cuero y unas botas también de cuero, una barba considerable y una serie de parches apropiados en la ropa, etcétera—, sino también que tuviera una «burra», una moto, que pudiese aprobar el examen de los expertos (Wolf, 1991, pág. 214).

Incluso allí donde el investigador está al descubierto, la apariencia puede ser un factor importante a la hora de relacionarse con la gente en el campo. Van Maanen señala que, tras participar en una observación como estudiante de la academia de policía, al examinar a los agentes que patrullaban en la calle él

seguida llevando la placa y el revólver. Esos símbolos de pertenencia significaban para los otros mi compromiso a la hora de correr el riesgo que entraña la vida de policía. Al margen de unos pocos acontecimientos especiales, desfiles y ceremonias cívicas en las que los cuerpos uniformados

eran mayoría, la chapa y el revólver estaban, como dijo un policía, fuera de lugar. Me vestía para la calle como yo pensaba que debía hacerlo un oficial; zapatos de pesado talón, un pasador de corbata y una chaqueta amplia que dejaría invisible el bulto de mi revólver. Llevaba conmigo mi porra y mis esposas, un puñado de llaves y balas de repuesto, y a veces un walkie-talkie y un revólver pequeño que me habían proporcionado mis compañeros de trabajo para que sintiera que iba bien preparado.

(Van Maanen, 1991, págs. 37-38)

Van Maanen explica que este «vestuario completo de apariencia policial» causaba cierta confusión entre los ciudadanos, que tendían a pensar que se trataba de un oficial de alto rango!

Consideraciones similares, aunque un tanto diferentes en su significación, son las que recibió Henslin en su investigación sobre los indigentes. Tuvo que vestirse de un modo que le permitiera «mezclarse» con los habitantes de los lugares que visitó. Esto resultaba imprescindible tanto para facilitar el trabajo como para convertirse en una diana para los atracadores. Al mismo tiempo, tenía que parecerse lo suficiente a un investigador como para hacerse reconocible ante los trabajadores de los refugios para indigentes en los que pretendía realizar entrevistas. Solventó esta ambigüedad cargando con un viejo maletín de aspecto barato, cuyas costuras estaban rotas, «haciendo que pensarán que acababa de sacarlo de un cubo de basura». Henslin comenta:

Cuando le decía a alguno de los miembros del personal de un refugio que era un sociólogo que estaba realizando una investigación sobre los indigentes, ellos inmediatamente me miraban con más atención —el estatus que yo aseguraba poseer me distinguía de los miles de tipos sin aspecto concreto que pasaban por allí—, haciendo que ese elemento de *attrezzo* de repente tuviera un papel destacado. Para centrar su atención y ayudarles a aceptar lo que acababa de anunciarles, les indicaba que, a veces, aclaraba mi situación en ese tipo de registros de entrada (mientras le daba la vuelta al maletín con la costura rota hacia mí mismo para crear el efecto deseado).

(Henslin, 1990, págs. 56-58)

En su investigación sobre las escuelas de élite en Edimburgo, Delamont relata cuestiones parecidas respecto a la vestimenta en el sentido de que ésta le preservaba a la hora de mantener relación con múltiples audiencias:

En particular, tenía un vestido gris y un abrigo para los días en que esperaba ver a varios alumnos. El abrigo me llegaba hasta las rodillas y tenía un aspecto muy conservador, mientras que el vestido era corto, para dar a entender a los alumnos que estaba a la moda. Me dejaba el abrigo puesto cuando iba al despacho del director, y me lo quitaba cuando estaba con los alumnos

(Delamont, 1984, pág. 25)

Aunque al realizar una investigación abierta el investigador no tiene que copiar detalladamente la vestimenta y el comportamiento de la gente a la que está estudiando, tal vez necesite alterar un poco su apariencia y sus hábitos con la intención de reducir las diferencias. Así logrará que la gente que esté en su presencia se sienta más cómoda; pero ésta no es la única razón para realizar esos ajustes, como señala Liebow:

En cuanto al vestuario, parecerme a ellos (en verano, con camiseta de *sport* y pantalones informales) casi no supuso ningún esfuerzo. Mi vocabulario y dicción cambiaron, pero no radicalmente [...] Así, aunque seguía siendo patente mi forma anterior de hablar y vestir, había conseguido deshacerme de algunas de las características de mi entorno social. Me hice más accesible a los otros y, ciertamente, más aceptable para mí mismo. Esto quedó claro una mañana que me dirigía a un encuentro profesional, en traje y corbata. La poca gracia que ello me hacía me permitió tomar conciencia de que el vestuario, la forma de hablar, la apariencia en general, tenían unos efectos tan importantes sobre mí como sobre los otros.

(Liebow, 1967, págs. 255-256)

En algunas situaciones, sin embargo, puede ser necesario utilizar el vestuario para desmarcarse de las categorías concretas a las que uno podría ser asignado. De este modo, en su investigación en Nigeria, Niara Sudarkasa se dio cuenta de que, con el fin de obtener respuestas para sus preguntas en lugares en los que la gente no la conocía, tenía que evitar vestirse como una mujer yoruba: «La gente sospechaba de una mujer con un bloc de notas, pues a la mayoría no le parecía la estudiante norteamericana que afirmaba ser». Sospechaban que se trataba de una mujer yoruba recogiendo información para el gobierno:

Me acusaban tan a menudo de ser una yoruba que, cuando iba al mercado, en el que no estaba segura de encontrar a algún amigo que

me identificara, hablaba únicamente inglés (en beneficio de los que allí lo hablaban) y me vestía «como una norteamericana». En mi primer viaje al mercado, dejé mis sandalias, me calcé unos zapatos de tacón discreto y me maquillé, incluso me pinté los labios.

(Sudarkasa, 1986, pág. 175)

Así pues, en la observación participante, donde hay que construir un rol de investigación explícita, la indumentaria elegida puede transmitir el mensaje de que el etnógrafo busca mantener la posición de un miembro marginal aceptable, relacionado con distintos públicos. La indumentaria puede manifestar afinidad entre el investigador y los anfitriones o bien marcar distancia por parte del etnógrafo.

Tal vez no haya prescripciones explícitas sobre el vestuario, pero sí es recomendable ser muy consciente de la imagen y la apariencia que cada uno ofrece. Un error en una cosa tan simple puede echar por tierra todo el esfuerzo. Por ejemplo, Paul Atkinson (1976, 1981a), una vez que había conseguido el acceso a una universidad de medicina en Edinburgo, fue a ver a uno de los porteros influyentes y entabló con él una conversación «informal» sobre el trabajo de campo. Él vestía con desarreglo (además de llevar el pelo muy largo) y no tenía ninguna intención de entrar dentro del hospital de ese modo. Pero el portero se quedó sorprendido por su apariencia informal y empezó a desentenderse completamente de la investigación. Fue necesario un encuentro posterior después de un corte de pelo y vestido con traje, para hacerle cambiar de actitud.

Hechas estas consideraciones sobre la presencia a través del vestuario, también se debe trabajar la forma de hablar y de comportarse, aunque, como hemos visto, no es necesario imitar al objeto de estudio exactamente. El investigador debe decidir cuál es la impresión que quiere dar y comportarse de un modo acorde con ella. De todas formas, la apariencia que es conveniente ofrecer difícilmente será una sola. Suele haber diferentes categorías de participantes y contextos sociales diversos que exigen que el investigador ofrezca imágenes diferentes. En este sentido, el investigador no es distinto de los actores sociales en general, cuya competencia social requiere una sensibilidad capaz de adaptarse a situaciones cambiantes.

La construcción de una identidad acorde con las necesidades del trabajo en algunas circunstancias puede verse favorecida mediante conocimientos y habilidades, relevantes en el entorno, que el investigador ya posee. Parker ilustra el uso de habilidades sociales en el transcurso de su trabajo con bandas de Liverpool. Escribe que:

El conocimiento de ciertas habilidades básicas facilitó que me pudiera mezclar con ellos. Una de las más importantes era la de ser «rápido»: aunque normalmente me consideraban «tranquilo» y socialmente marginal, no es conveniente dar una imagen pacífica. A menos que se te considere una especie de «protegido», debes ser capaz de cuidar de ti mismo en la guerra verbal de los bares y la calle. [...] Ser capaz de jugar al fútbol mínimamente bien también fue algo muy importante que facilitó el que encajara en su esquema. Aunque «no era Kevin Keegan», ellos solían repetirme: «Vete a jugar al Rugby Special». Pero esto era muy importante en un ambiente donde jugar al fútbol ocupa varias horas por semana. También seguía de cerca al equipo de la banda, e iba al «partido» para animarles siempre que podía. Esto me ayudó muchísimo. Y cuando todo el mundo se enteró de que mi equipo era el Preston (además del Liverpool, por supuesto) se convirtió en una especie de broma, pues perdían con frecuencia. «¿Por qué no juegas con ellos?, seguro que no les iría peor; ¿es que acaso hay una escuela de ciegos en Preston?» (Danny).

(Parker, 1974, págs. 217-219)

Otro tipo de ventaja que suelen tener los antropólogos es la de poseer un cuerpo de conocimientos variados y recursos disponibles que la población estudiada no tiene. Por ejemplo, tener nociones sobre medicina y salud y saber realizar tratamientos simples constituyen una ventaja de este tipo. El tratamiento de pequeñas enfermedades, por medio de métodos fáciles y rápidamente disponibles, ha sido una manera a través de la cual los antropólogos han conseguido la confianza de las personas en el campo. Pero eso puede crear otros problemas añadidos, como los que descubrió McCurdy (1976) cuando dedicaba el día entero a realizar trabajos curativos. De todas formas, ésta es una manera a través de la cual los trabajadores de campo pueden demostrar que no son unos intrusos exploradores, sino que tienen algo que ofrecer. Cosas como la orientación jurídica, escribir cartas y otro tipo de servicios pueden desempeñar el mismo papel. Además, a veces proporcionar dichos servicios puede ayudar directamente en la investigación. En su estudio sobre «supervivientes» Mitchell (1991, pág. 100) explica:

Me ofrecí a componer un grupo de cartas en mi procesador de textos y, al hacerlo, me vi convertido en receptor de una corriente de opiniones escritas y de las percepciones de los miembros. Por lo tanto, convertirme en el editor del *The Survival Times*, como las cartas llegaron a conocerse, legitimó el uso de grabadoras y cámaras en los grupos, y me proporcionó una *entrée* en los grupos de supervivientes de otras partes del país.

Los participantes a veces esperan que se les proporcione un servicio, y no hacerlo quizá les decepcione. Mientras realizaba su estudio sobre la organización de una campaña política, Corsino a menudo ayudó transportando materiales, recogiendo recortes de prensa, etcétera. En una ocasión no quiso fregar los suelos y ayudar a preparar la recepción en casa de uno de los miembros, con la excusa de que sería más útil si empleaba su tiempo observando las preparaciones de organización del acontecimiento. Así describe el resultado:

Las reacciones del director de campaña y del director de los voluntarios fueron más adversas de lo que esperaba. En los días siguientes me di cuenta de que se había producido un enfriamiento, amable pero marcado, en mi relación con los oficiales. [...] Empecé a sentirme más y más incómodo. [...] Esto tuvo lugar en un período estéril de las observaciones del trabajo de campo. [...] Lo bueno es que así me convertí en un observador pasivo.

(Corsino, citado en Adler y Adler, 1987, pág. 18)

Esto no quiere decir que todas las expectativas de los que se encuentran en el campo sean legítimas o deban ser satisfechas. En ocasiones, el etnógrafo tendrá que declinar peticiones y aceptar las consecuencias. De hecho, hay que tener cuidado de no ofrecer demasiado, en detrimento de la investigación.

El valor de la pura sociabilidad no debe ser desestimado a la hora de ganar la confianza. De hecho, el investigador debe intentar encontrar formas en las que el intercambio social «normal» pueda establecerse. Esto requiere encontrar un terreno neutral con participantes mundanos con los que se pueda conversar. Para las personas que hospedan al investigador en su medio resulta muy desagradable que éste les bombardee constantemente con preguntas referentes al tema de la investigación. En especial durante los primeros días de negociaciones de campo es recomendable atenerse a los temas de conversación más «irrelevantes» con la finalidad de construir, frente a los otros, una identidad de persona «normal», «regular» y «decente».

Beynon (1983) se refiere a ello comentando sus intentos de establecer relaciones con el profesorado en su investigación sobre escuelas masculinas de educación secundaria:

Aunque no lo buscaba deliberadamente, me centraba en temas sobre los cuales ellos y yo podíamos compartir cierto interés, y que sir-

vían como telón de fondo, un buen recurso para empezar y llenar los vacíos que permitan continuar la conversación.

(Beynon, 1983, pág. 40)

No es necesario decir que estas conversaciones aparentemente «irrelevantes» a la postre suelen ser de utilidad para iluminar aspectos de la investigación que en principio no parecían importantes pero que, en el transcurso del trabajo de campo, muestran su relevancia. Beynon elaboró una lista de «entradas» utilizadas para establecer conexiones locales:

Ser reconocido como miembro de la sociedad «local» fue un paso fundamental, especialmente cuando se hizo público que vivía cerca de Victoria Road. Este hecho aminoró considerablemente el sentido de amenaza que yo representaba para ellos.

(Beynon, 1983, pág. 41)

Seguramente algo como lo que ilustra este ejemplo no siempre eliminará el sentido de «amenaza» que el investigador inspira. Dependiendo del lugar, la gente se puede sentir menos amenazada por el «extraño» o más preocupada por las posibles implicaciones que pueden venir del conocimiento local que adquiere el observador. Esto lo podemos ver en otra forma de «entrada» que nos proporciona Beynon:

Todavía más importante fue mi experiencia anterior como profesor de escuela secundaria, experiencia que utilizaba sin pudor para mezclar a los profesores que no era ajeno a su profesión, a las clases y a la vida escolar en general. Ya era demasiado viejo para presentarme como el «estudiante ingenuo», figura tan familiar en las actuales etnografías; pensé que era mejor presentarme como un antiguo profesor que después entró en la universidad y se hizo investigador.

(Beynon, 1983, pág. 41)

Beynon continúa reproduciendo la siguiente conversación, que ilustra cómo esa experiencia anterior de profesor significó un «punto a su favor» en tales circunstancias. Al mismo tiempo, la conversación explicita la reacción natural contra el trabajador de campo, típica en ciertos medios.

SEÑOR BUNSEN: ¿En qué parte de Londres trabajaste como profesor?

J.B.: Primero en la región sur y después en Hertfordshire.

SEÑOR PIANO (*que estaba leyendo el tablón de anuncios de los profesores*): ¡Dios mío! ¡No sabía que fueras uno de los nuestros! Había pensado que eras uno de esos «expertos» que no tienen ni idea de lo que ocurre en la práctica pero creen saberlo todo.

J.B.: Yo no lo sé todo, pero sí conozco cómo son las cosas en la práctica.

SEÑOR PIANO: ¿Durante cuánto tiempo fuiste profesor?

J.B.: Diez años, primero en *grammar* y después en *comprehensive*.

SEÑOR PIANO: Eso es bastante tiempo. Bien, bien... ¡ahora ya puedo empezar a ser duro con ellos!

(Beynon, 1983, pág. 42)

A este respecto hay que destacar el resentimiento que algunos profesionales, especialmente los profesores, suelen tener por los niños y frecuentemente invisibles «expertos»; aunque el deseo natural que el trabajador de campo tiene de quedarse y aprender debe ser suficiente para superar esas hostilidades entre los miembros de un determinado grupo y el analista.

Beynon continúa señalando que el recurso a estas estrategias para establecer «afinidad» con los profesores era algo más que un intento de adularles para conseguir confianza. Y es que estas estrategias comunicativas iniciales no sólo facilitan el acceso a la información, también son información por derecho propio. Asimismo, Beynon destaca su intranquilidad cuando se preguntaba si su oferta de «amistad» a cambio de información no era excesivamente interesada.

Un problema que se le puede presentar al etnógrafo en tales circunstancias es el de decidir cuán abierto a los demás es conveniente mostrarse. No se debe esperar «honestidad» y «franqueza» por parte de los participantes y los informantes si uno nunca se ha preocupado en ser honesto con ellos. Y las feministas también han señalado la importancia de este detalle a partir de un punto de vista ético (véase, por ejemplo, Oakley, 1981). Al mismo tiempo, como en muchas situaciones cotidianas, el investigador a menudo tiene que ocultar sus creencias personales, sus compromisos y sus tendencias políticas. Esto no quiere decir que sea necesario engañar por completo. Los requerimientos normales respecto a tener tacto, ser cortés y a la «interacción ritual» en general (Goffman, 1972) significan que en cierto sentido «todo el mundo se ve obligado a mentir» (Sacks, 1975). Para el investigador esto puede ser una cuestión de gestión autoconsciente de la imagen, y llegar a convertirse en un as-

pecto omnipresente de la interacción social en el campo. No se debe, por ejemplo, realizar un trabajo de campo en el que únicamente se hable con las personas con las que se tiene cierta afinidad política: no se pueden elegir los informantes de la misma manera que se eligen los amigos (como norma general).

Los problemas concretos aparecen allí donde las tendencias religiosas o políticas del investigador difieren marcadamente de las personas que estudia. Esto lo ilustra la investigación de Klatch sobre las mujeres relacionadas con organizaciones de derechas. Klatch comenta:

A menudo tuve que afrontar una situación difícil a la que las mujeres llegaban porque yo no oponía resistencia: tenía que estar de acuerdo con ellas. Afirmar con la cabeza dando a entender que comprendía sus palabras, por ejemplo, era interpretado como una aceptación de sus creencias básicas. Así, a menudo las mujeres que entrevisté terminaban dándome las gracias por hacer el estudio, diciéndome lo importante que sería para la gente media congraciarse con su perspectiva. Como me dijo una activista a favor de la familia: «Necesitamos gente como tú, gente joven, para restaurar la fe». Habiendo ganado con éxito su confianza, esta mujer interpretó que dicha confianza, y mi entusiasmo por aprender, eran una muestra de mi adhesión a sus creencias.

(Klatch, 1988, pág. 79)

A veces, el trabajador de campo puede sentirse «probado» y presionado para que se sincere, especialmente cuando se trata de grupos o culturas que están organizadas en función de determinadas creencias y objetivos (tales como convicciones religiosas, filiaciones políticas, etcétera). Aquí, el proceso de negociación del acceso al grupo y la confianza de éste puede darse como una especie de iniciación progresiva. En la gestión de su apertura hacia los otros el trabajador de campo encontrará un punto particularmente crucial de este delicado proceder. Eso mismo es aplicable, con más cuidado si cabe, a las investigaciones sobre desviación, ya que los desviados normalmente exigirán al etnógrafo garantías de que no alberga sentimientos de desaprobación y de que no intentará iniciar acciones que vayan en su contra.

LAS CARACTERÍSTICAS PERSONALES DEL INVESTIGADOR

Existen, por supuesto, aspectos de la impresión personal que es posible «gestionar» y que pueden limitar la negociación de las iden-

tidades en el campo, y éstos incluyen las tan conocidas características «adscritas». Aunque sería un error considerarlas como absolutamente determinantes e inmutables, características como el género, la edad y la identificación étnica influyen de manera importante en las relaciones con porteros, padrinos y la gente que se está estudiando en general.

El investigador no puede escapar de las implicaciones que devienen del género: no es posible alcanzar una posición de neutralidad en ese sentido, aunque las implicaciones de género varían de acuerdo con el lugar y se entrelazan con la orientación sexual (Roberts, 1931; Golde, 1986; Whitehead y Conaway, 1986; Warren, 1988). De manera reveladora, la mayoría de los efectos de género se centran en el papel de las trabajadoras de campo: en particular, la manera en que su género les obstaculiza el paso a ciertas situaciones y actividades, mientras que abre otras puertas que no son accesibles para los hombres. Durante mucho tiempo esto ha sido un tema en la escritura metodológica de los antropólogos, en el que se ha señalado que las propias mujeres pueden ver restringido el acceso al mundo doméstico de las mujeres, los niños, los abuelos y así sucesivamente. En el estudio de Golde sobre los nahua, el problema se vio exacerbado por otras características:

El problema se centraba en que yo no estaba casada y era mayor de lo que se entendía como razonable para no estarlo, no tenía la protección de mi familia y viajaba sola, y eso las chicas solteras y vírgenes no lo hacían. Les resultaba difícil comprender cómo yo, una chica obviamente atractiva a sus ojos, podía seguir soltera. [...] No estar casada significaba que yo no debería beber, ni fumar, ni salir sola por las noches, ni hacer visitas durante el día sin un auténtico motivo, ni hablar de temas como el sexo o el embarazo, ni charlar con chicos u hombres en mi casa excepto en presencia de personas mayores, ni tampoco hacer preguntas de ningún tipo.

(Golde, 1986, págs. 79-80)

Más o menos en el mismo sentido, a los investigadores hombres les puede resultar difícil acceder al mundo de las mujeres, especialmente en culturas en las que existe una fuerte división entre sexos.

Sin embargo, en cierta medida el estatus de extranjero del antropólogo puede permitir distanciarse de estas restricciones. Papanek (1964), como reflejó en su estudio acerca de su experiencia con los purdah, señala que, en tanto que mujer, tenía acceso al mundo de las mujeres, en el que no podía penetrar ningún hombre, mientras

que el hecho de ser extranjera la ayudó a apartarse de las obligaciones más estrictas propias de la modestia femenina. La experiencia de Rainbird fue similar:

Ser mujer afectó a mis relaciones en el campo en tanto que ciertas actividades estaban restringidas a un sexo o a otro. Sin embargo, el hecho de que fuera más alta que la mayoría de los lugareños, vistiera pantalones y me mantuviera fuera del estatus social elevado en el que me colocaban, más bien en una categoría ambigua, me permitía concretar citas y visitar a gente libremente por todo el país, como hacían los hombres, pero no beber con los hombres a menos que otra mujer estuviera presente. [...] Por otra parte, tenía un buen acceso a las actividades de las mujeres, así como a la red de cotilleos, a su calor y a su afecto.

(Rainbird, 1990, págs. 78-79)

Problemas similares y libertades sujetas al género pueden también aparecer en investigaciones dentro de las sociedades occidentales. Easterday y otros (1977) señalan que en los lugares dominados por el hombre la presencia de mujeres puede tropezar con la «fraternidad» masculina, de la que están excluidas; estas mujeres se pueden considerar como el objeto de una suerte de «prostitución» ejercida para los hombres de la comunidad de acogida; pueden ser encasilladas en el papel del «recaderas», o tal vez ser adoptadas como una especie de mascota. Todas estas posibilidades implican una falta de participación, o una participación poco seria, por parte de las mujeres. La investigadora no sólo puede encontrar a veces dificultades para ser tomada en serio por parte de los hombres, sino que otras mujeres pueden también mostrarse suspicaces y hostiles frente a su intrusión. Al mismo tiempo, Easterday y otros también reconocen que las investigadoras pueden tener ventajosas compensaciones. La informante «marrullera» tratará de impresionar a la investigadora para probar su particular proximidad con ella, y los hombres se sentirán influidos por su feminidad. De manera similar, en tanto que como mujeres son consideradas poco amenazadoras, tal vez puedan ganar el acceso a lugares e informaciones con relativa facilidad. De este modo, los estereotipos culturales comunes sobre las mujeres pueden beneficiarlas en algunos aspectos.

Warren proporciona un ejemplo de ambos tipos de restricción y de la libertad que puede surgir del hecho de ser una mujer investigadora:

Cuando llevé a cabo mi estudio-tesina sobre la secreta comunidad gay durante finales de los años sesenta y principios de los setenta, estaba en disposición de hacer un trabajo de campo en aquellos lugares dedicados a la sociabilidad y el ocio: bares, fiestas, reuniones familiares. No lo estaba, sin embargo, para observar en aquellos lugares dedicados a la sexualidad: incluso en lugares semipúblicos como las saunas homosexuales [...] y los «salones de té». [...] Así pues, mi retrato de la comunidad gay sólo es parcial; está limitado por los papeles sociales asignados a las mujeres dentro del mundo homosexual masculino.

Warren contrasta este detalle con la investigación en un centro de rehabilitación de drogadictos:

Esta institución estaba abierta tanto a hombres como a mujeres. Pero como investigadora mujer, y después de muchos meses de observación, comprendí que los hombres estaban más dispuestos a hablar conmigo que las mujeres. Además, los hombres no percibían en mí la capacidad de incomodarlos, y me ofrecieron el acceso. Recuerdo muy vivamente un día que decidí subir las escaleras hasta la planta de arriba, una acción expresamente prohibida a los no residentes. Alguien empezó a protestar; la protesta fue silenciada por una voz masculina que dijo: «Vamos, ¿qué mal puede hacernos ella? Sólo es una tía». Subí al piso de arriba.

(Warren, 1988, pág. 13)

La «raza», la etnia, y la tendencia religiosa, así como el género, pueden marcar límites y plantear problemas. La etnia no es meramente una cuestión de características físicas, sino que también implica cuestiones de cultura, poder y estilos personales. Las reflexiones de Keiser (1970) sobre su trabajo con los «Señores del vicio», una banda callejera de Chicago, planteaba la dificultad que para él, un hombre blanco, significaba establecer relaciones con informantes negros. Mientras que unos se mostraban favorables a aceptarlo como «negro blanco», otros manifestaban una abierta hostilidad. Problemas similares pueden surgir, sin embargo, incluso allí donde tanto el investigador como los investigados son negros. Whitehead (1986) era considerado por los jamaicanos que estudiaba como «grande», «marrón», «un hombre que habla bien». «Grande» remitía no a la estatura, sino a su estatus como extranjero con estudios; «que habla bien» indicaba su uso del inglés estándar más que el dialecto. «Marrón» era el término utilizado por los jamaicanos para referirse a una combinación de la claridad de la piel y unas características económicas y sociales deseables. Él señala que uno de los efectos del hecho de ser visto de este modo fue que

cuando intenté charlar de manera distendida o realizar entrevistas formales con cierta cantidad de hombres con bajos recursos económicos, ellos evitaban mirarme a la cara y, a menudo, sugerían que yo estaba hablándole a otra persona, a alguien de posición más elevada. Frecuentemente me respondían con latiguillos sin sentido como «sí, señor» y «no, señor».

(Whitehead, 1986, pág. 215)

La experiencia de Peshkin en su investigación en una escuela protestante fundamentalista mostró que la etnia y las afiliaciones religiosas del etnógrafo podían ser un factor importante en el establecimiento de las relaciones de campo:

En Bethany quise ser un estudiante no cristiano interesado en aprender acerca del fenómeno de la educación fundamentalista que estaba aflorando en el país. [Pero] descubrí [...] que ser judío sería el detalle personal que más pesaría en mi investigación; se convirtió en un destacado aspecto insalvable de mi subjetividad. Las personas de Bethany me dejaron definir mi investigación, pero nunca olvidaron mis características. Me di cuenta forzosamente de que las amenazas a mi identidad como judío no eran sólo una cuestión histórica.

Con el fin de inculcar a sus alumnos las doctrinas y las significaciones de la identidad cristiana, los educadores de Bethany nos comunicaron a ellos y a mí que yo formaba parte de los rechazados, como Satán; yo materializaba la oscuridad y la falta de rectitud que contrastaba con su bondadosa luz y su rectitud. Dijeron a los niños que nunca se lucieran amigos, se casaran o hicieran negocios con gente como yo. Lo que ellos esperaban hacer con alguien como yo era convertirlo a su fe.

(Peshkin, 1985, págs. 13-15)

Aunque esto no forzó la salida de Peshkin del lugar de investigación, sí afectó a la totalidad de su trabajo de campo.

Magge, una mujer católica tuvo que afrontar un problema similar al estudiar la (predominantemente protestante) comisaría del Royal Ulster en Irlanda del Norte; sin embargo, supo establecer algunas buenas relaciones en el campo:

Después de un período de doce meses, la persistencia inquisitiva de un trabajador de campo está a punto de convertirse en algo irritante. [...] Pero dejando de lado ejemplos de irritación momentánea, de los que existe un buen número [...] la mayoría de los entrevistados se convierten en confidentes en presencia del trabajador de campo para ex-

presar que, sin duda, sienten un considerable temor respecto a la investigación. A veces esas dudas son expresadas mediante el humor y la hilaridad. El trabajador de campo empieza a ser conocido como «viejo estorbo»,⁴ y aparecen chistes que todos conocen acerca de la correcta pronunciación de los nombres propios en el periódico *Republican News* del Sinn Féin.

(Brewer, 1991, pág. 21)

En ocasiones, pertenecer a una etnia o a un grupo nacional diferente puede incluso suponer distintas ventajas. Hannerz (1969), al hablar de su investigación sobre el gueto negro en Estados Unidos, señala que, mientras uno de sus informantes sugirió jocosamente que él podría ser el auténtico «diablo rubio de ojos azules» del que hablan los musulmanes negros, su nacionalidad sueca le distanciaba de otros blancos.

La edad es otro aspecto importante para el investigador de campo. Aunque ésta no sea una verdad universal, al parecer existe una tendencia a que la etnografía sea desempeñada por los investigadores más jóvenes. En parte esto puede ser debido a que los más jóvenes tienen más tiempo para comprometerse con el trabajo de campo (a menudo estudiando a tiempo completo para graduarse); en parte puede superar que para los jóvenes es más sencillo adoptar la posición del «incompetente», del «no comprometido» o del «marginado». Esto no significa que la etnografía deba quedar restringida a los investigadores más jóvenes, sino que uno debe, al menos, manejar la posibilidad de que la edad pueda pesar en el tipo de relaciones que se establezcan y en la recolección de datos. El investigador primerizo puede establecer relaciones de trabajo que no son accesibles para el profesor de mediana edad.

Una razón para esto es el efecto de la edad sobre el *modus operandi* del investigador, como ilustra Henslin, comparando su investigación sobre los taxistas, a los veintinueve años de edad, con la de los indigentes, a los cuarenta y siete:

[En la observación participante de los taxistas] no tuve apenas sensación de peligro, me atraía la excitación de la búsqueda sociológica. Aunque dos o tres taxistas habían sido apuñalados la primera semana que yo conduje un taxi, no creía que algo así pudiera sucederme a mí; no pensé mucho en las implicaciones.

⁴ En el original aparece aquí un juego de palabras intraducible en castellano. (Nota del editor.)

Ahora, sin embargo, tenía que enfrentarme de nuevo a las realidades callejeras, y en ese momento de mi vida no veía las cosas del mismo modo. La edad había supuesto para mí lo que se dice que suele suponer: mi aproximación a las experiencias de la calle era más conservadora. Me sorprendí en más de una ocasión preguntándome qué es lo que estaba haciendo, y si realmente debía hacerlo.

Henslin sigue describiendo su nerviosismo al aproximarse a los grupos de gamberros:

En la parte baja del edificio vi cerca de media docena de hombres jóvenes y dos mujeres agrupados frente al aparcamiento. De algún modo, no se parecían a los jóvenes suburbanos del Medio Oeste que yo conocía. Lo más sorprendente acerca de ese grupo era la cantidad de «metal» que mostraban de manera ostensible, con prominentes tachuelas en diferentes partes de sus vestimentas.

Unos pocos años atrás, estos jóvenes me habrían impresionado como otra variante de las muchas experiencias que podría vivir. Ya no. Ahora me impresionaron como grupo, y a discreción me indicó que lo mejor era dejarlos solos.

(Henslin, 1990, págs. 69-70)

De hecho, contactó con ellos. Le dijeron que dormían en edificios abandonados, y él inmediatamente se preguntó cómo habían llegado a eso, cómo se protegían de los intrusos, etcétera. Sin embargo, a pesar de su curiosidad decidió que pasar con ellos la noche sería peligroso.

La edad y sus mecanismos asociados pueden afectar también la manera en que la gente reacciona frente al investigador, algo para lo que éste no está preparado. Un ejemplo extremo nos lo proporciona la investigación de Corsaro (1981) sobre los niños que acuden a las guarderías:

Dos niñas de cuatro años de edad (Betty y Jenny) y un investigador adulto (Bill) en una guardería:

BETTY: ¡No puedes jugar con nosotras!
 BILL: ¿Por qué no?
 BETTY: Porque eres demasiado grande.
 BILL: Me sentaré. (Se sienta.)
 JENNY: Todavía eres demasiado grande.
 BETTY: Sí, ¡tú eres «Bill el Grandulón»!
 BILL: ¿Y no puedo mirarlos?

JENNY: Vale, ¡pero no toques nada!

BERTY: Tú sólo mira, ¿vale?

BILL: Vale.

JENNY: ¿Vale, Bill el Grandullón?

BILL: Vale.

(Más tarde, Bill el Grandullón consigue que le dejen jugar.)

(Corsaro, 1981, pág. 117)

Tenemos aquí una discusión limitada acerca de las características estándar del etnógrafo y las implicaciones para las relaciones de la investigación. El valor enfatizado de esta discusión quizá no abarque todas las características personales que pueden crear una diferencia. Oboler proporciona un impresionante ejemplo de ello, al hablar sobre la aceptación de su marido entre los nandi de Kenia:

Su primer desplazamiento hasta el río para bañarse fue un examen crucial. En un espíritu de camaradería, como suele ser el baño comunitario de personas del mismo sexo, él estaba acompañado por toda una serie de hombres jóvenes. Alrededor de ellos había un numeroso grupo de niños curiosos y adolescentes... Todos querían saber la respuesta. [...] ¿Estaba Leon circuncidado? Entre los nandi, la iniciación masculina incluye la circuncisión del adolescente como el acontecimiento crucial del ciclo de vida masculino, sin el cual la identidad adulta, la entrada al sistema de las edades, así como el matrimonio eran imposibles. También se entendía como una importante marca étnica [...] Afortunadamente Leon, judío al que habían inculcado en la tradición, pasó el examen. Estoy convencida de que un marido que no estuviera circuncidado habría dificultado en gran medida mi trabajo de campo.

(Oboler, 1986, pág. 37)

En el transcurso del trabajo de campo, las personas que conocen u oyen hablar acerca del investigador lo encasillarán dentro de determinadas identidades teniendo en cuenta «características adscritas», así como de aspectos de su apariencia y maneras. Este «trabajo de identificación» (Goffman, 1959) se debe tener en cuenta al analizar sus efectos sobre el tipo de información recogida. Al mismo tiempo, generalmente el etnógrafo intentará adaptarse a la naturaleza de su rol, mediante la adaptación del vestuario y el comportamiento, con la intención de facilitar el acceso a los datos necesarios.

ROLES DE CAMPO

En los primeros días del trabajo de campo, la conducta del etnógrafo no suele diferir mucho del tipo de actividades realizadas por una persona normal cuando se encuentra ante la necesidad práctica de encajar en un determinado grupo social. Es comparable con la situación de un novicio o un recluta —un estudiante neófito, un soldado novato o una persona que comienza en un nuevo empleo, por ejemplo— que se encuentra en un ambiente relativamente extraño. ¿Cómo pueden «saber comportarse» y convertirse en «personas experimentadas» estos novatos? Obviamente, no hay nada mágico en el proceso de aprendizaje. Los novatos miran lo que hacen las otras personas, piden a la gente que les explique lo que está ocurriendo, experimentan cosas —ocasionalmente cometen errores— y así sucesivamente. Por tanto, los novatos actúan como los científicos sociales: haciendo observaciones e inferencias, preguntando a los informantes, construyendo hipótesis y trabajando sobre ellas.

Cuando estudia un medio que no le es familiar el etnógrafo también es un novato. Cuando es posible, se sitúa en la posición del «incompetente aceptable», como Lofland (1971) describe con precisión. Únicamente al mirar, escuchar, preguntar, formular hipótesis y cometer errores el etnógrafo puede adquirir un conocimiento sobre la estructura social del lugar y comenzar a entender la cultura de los miembros del grupo.

Styles proporciona un ejemplo de los primeros escenarios de aprendizaje para ser un observador participante en su investigación sobre las saunas homosexuales. Comenta que antes de empezar asumió que como homosexual se encontraba «entre la "clientela natural" de las saunas. Nunca se me ocurrió que no entendería lo que estaba sucediendo» (Styles, 1979, pág. 151). Antes de ir a una sauna consultó con un amigo homosexual que las frecuentaba:

A partir de esa conversación, no vi mayores problemas y empecé a realizar ciertas tentativas sobre un plan de investigación. Lo primero sería investigar sobre los diferentes escenarios de actividad sexual en las saunas y realizar un diagrama del diseño físico y sexual de éstas. Después de observar la interacción en las diferentes áreas, debería empezar a trabar conversaciones con uno o dos clientes, explicándoles que era la primera vez que visitaba uno de esos lugares, y haciéndoles preguntas acerca de su sauna habitual. Para escribir notas de campo podría usar el aislamiento de algunos lavabos en el piso de abajo, descri-

tos por mis amigos, que tenían puertas que podían cerrarse con pestillo para asegurar la privacidad.

Como podría suponerse, sus planes no salieron como esperaba:

La sauna estaba llena de gente, había mucho ruido y el olor era fuerte. Mi primer proyecto —investigar sobre el diseño de la sauna en sí—, consistió en pasar veinte o treinta minutos dando vueltas, cruzándome con hombres desnudos o casi desnudos en los pasillos. [...] Dejé de lado tomar notas cuando vi una cola de media docena de hombres frente a los lavabos de la planta de abajo... y seguía creciendo. Identifiqué las principales zonas sexuales [...] pero éstas estaban, en su mayoría, tan tenuemente iluminadas que observé algunos detalles del comportamiento y me dejé llevar a la sala de orgías, donde, después de atravesar una masa de cuerpos, me encontré en mitad de la oscuridad, empujado hacia un conjunto de hombres que realizaban actividades sexuales; cogí mi toalla y me di la vuelta mientras uno de ellos me tocaba los genitales. Por fin me rendí en la sala de vapor, entre grandes vaharadas y después de que se entelaran los cristales de mis gafas. El atronador rock de Muzak, el aspecto duro de los clientes y el terrible dolor de cabeza que empecé a sentir (debido a lo que luego supe que era el olor de la aryl-nitrina, una droga que se inhala para intensificar la experiencia sexual), anularon todo deseo de conversación que hubiera tenido.

(Styles, 1979, pág. 138)

Comenta que «sólo mediante un proceso de prueba y error llegué a entender gradualmente algunos modelos de conducta en la sauna» (Styles, 1979, pág. 139).

La diferencia crucial entre el novicio «profano» y el etnógrafo en el campo es que este último intentará ser consciente de lo que ha aprendido, de cómo ha sido aprendido y de las transacciones sociales que informan sobre la producción del conocimiento etnográfico. Como vimos en el capítulo I, uno de los principales requerimientos de la etnografía es que suspendamos momentáneamente nuestro sentido común y conocimiento teórico para así minimizar el peligro de confiar demasiado en presuposiciones engañosas sobre el lugar y la gente que lo habita.

Cuando se trata de lugares «extraños» o «exóticos», la confianza que el etnógrafo tiene en sus presuposiciones se viene rápidamente abajo, como, por ejemplo, ocurre con la figura del forastero que nos relata Schutz (1964), cuando éste descubre que lo que sabe

sobre el nuevo país no es suficiente para sobrevivir en él. Laura Bohannon (bajo el *nom de plume* de Eleonore Bowen) escribió un vívido relato, semificticio, sobre sus encuentros iniciales con la cultura africana. Bowen capta el sentido de alienación y «extrañamiento» vivido por la trabajadora de campo, junto con el sentimiento de ser «incompetente»:

Me sentía más como si volviera a mi infancia que como una joven mujer independiente. La familia que me acogía me protegía más o menos contra los extraños, pero posteriormente me hicieron saber sus opiniones sobre mí; obviamente, lo hicieron por mi propio bien, de forma que yo no podía enfadarme por eso. Todavía me vi menos en mi papel de antropóloga profesional preparada llevando a cabo su investigación. Me transportaban de una casa a otra y me llamaban la atención por mi falta de educación o por mojarme los zapatos. Lejos de ser dóciles informantes de los que podía aprender, me encontraba con gente que me enseñaba lo que ellos consideraban que era bueno que supiese y más me interesaba en ese momento, casi siempre cuestiones referentes a las plantas o a las personas.

(Bowen, 1954, págs. 40-41)

Bowen documenta las emociones personales que supone llegar a adaptarse a este extrañamiento, pero en su relato se ve que eso es intrínseco al proceso de aprendizaje.

Esta experiencia de extrañamiento es lo que se suele denominar «choque cultural» y constituye la moneda corriente en la antropología social y cultural. Esa confrontación entre el etnógrafo y la cultura «extraña» es la fundamentación metodológica y epistemológica de la empresa antropológica, ya sea desde el punto de vista de la perspectiva románticamente inspirada en la cultura exótica, o de un encuentro, menos idílico, como el descrito por Chagnon sobre su trabajo entre los yanomamo. Él describe con franqueza cómo empezó su trabajo de campo con una mezcla de impresiones. Por un lado, confiesa una expectación a lo Rousseau sobre sus futuras relaciones con los yanomamo: que él les iba a gustar, que éstos le adoptarían, etcétera. Al mismo tiempo, debido a su preparación como antropólogo durante siete años, llevaba consigo un considerable bagaje de supuestos científico-sociales: como él dice, iba a encontrar «hechos sociales» habitando en la aldea, todo el mundo querría explicarle sus genealogías, etcétera. En contraste con estas fantasías románticas y sus suposiciones teóricas, no encontró un conjunto de hechos sociales, ni los indios elegidos se adaptaron a

la imagen de nobles y acogedores salvajes que albergaba en su imaginación. Al contrario:

Levanté la mirada y contuve la respiración al ver a una docena de hombres grandullones, desuados y horribles que nos miraban apuntándonos amenazadoramente con sus flechas. Grandes hileras de tabaco verde colgaban de sus dientes y labios haciendo que parecieran incluso más horribles, y una especie de moco de color verde oscuro colgaba de sus narices. [...] Me quedé horrorizado. ¿Qué clase de bienvenida era ésa, para una persona que va allí a vivir contigo y a aprender de tu forma de vida, y que quiere hacerse amigo tuyo?

(Chagnon, 1977, pág. 4)

Es necesario decir aquí que la revelación de Chagnon muestra no sólo el «choque cultural» del occidental que encuentra una cultura «exótica», sino también el problema del científico social que, a través de la observación directa, tiene que encontrar «hechos sociales», «reglas», «instituciones», «organizaciones» y cosas por el estilo. Tal vez sea ésta una de las lecciones más duras que se aprenden ahí fuera. No se puede «ver» la vida cotidiana como si ésta estuviera esperando ser leída, como si fuera un libro de antropología o sociología, y no se pueden extraer directamente conceptos analíticos de los fenómenos que ocurren en el día a día. Algunos investigadores, recién llegados al campo, tienen incluso la impresión de haber sido traicionados cuando descubren esto, o tal vez se dejan llevar por el pánico y la indecisión, creyéndose incapaces de realizar el trabajo de campo porque sus observaciones no encajan con las categorías que manan de la sabiduría «bibliográfica».

En los campos de investigación con los cuales se tiene mayor familiaridad resulta mucho más difícil distanciarnos de nuestras presuposiciones, ya procedan éstas de la teoría social o del conocimiento profano. Una de las razones de ello es que lo que descubrimos en estos medios es demasiado obvio. Becker proporciona un ejemplo clásico en este sentido:

Hemos llegado a comprender cuál es la dificultad de observar aulas escolares. No es una cuestión de métodos de encuesta escolar ni tampoco se trata de que haya alguna cosa que nos impida ver lo que está ocurriendo. Creo más bien que, principalmente, lo que sucede es que todo aquello es demasiado familiar, de forma que resulta imposible seleccionar acontecimientos propios del aula para el análisis como cosas que realmente han ocurrido, aunque estén sucediendo delante de tus

narices. No tengo la experiencia de observar clases de escuelas primarias y secundarias, pero en las clases de la universidad representa un tremendo esfuerzo de voluntad e imaginación dejar de ver solamente las cosas que están «allí» para ser vistas. He conversado con un par de grupos de investigación que se sentaron en la clase intentando observar y es extremadamente difícil que ellos vean o escriban algo que vaya más allá de lo que «todo el mundo sabe».

(Becker, 1971, pág. 10)

Otro problema implicado en la investigación en un medio de nuestra propia sociedad es que no es fácil refugiarse en el papel de novato. En el capítulo anterior vimos cómo los investigadores suelen ser catalogados dentro del papel de expertos o críticos. Además, las características adscritas, especialmente la edad y las identidades latentes —como en el caso de la investigación de Beynon (1983) sobre profesores— pueden reforzar esto. Estudiando en estos lugares el etnógrafo se enfrenta con la difícil tarea de adquirir rápidamente la habilidad necesaria para actuar de forma competente, lo que no siempre es fácil incluso en los ambientes familiares, mientras que, simultáneamente, en el ámbito privado está luchando para suspender, con fines analíticos, las presuposiciones que ha debido exteriorizar para ganarse la confianza de los miembros del grupo.

El «incompetente aceptable» no es, pues, el único papel que el etnógrafo debe representar en el campo y, verdaderamente, incluso cuando se adopta suele ser, de una manera u otra, abandonado posteriormente a medida que se desarrolla el trabajo de campo. Ha habido varios intentos de clasificar los diferentes papeles que los etnógrafos pueden adoptar en el campo. Junker (1960) y Gold (1958), por ejemplo, distinguen entre el «totalmente participante», el «participante como observador», el «observador como participante» y el «totalmente observador» (véase la figura 1).

En el papel de «totalmente participante» las actividades del etnógrafo permanecen ocultas por completo. Aquí el investigador puede unirse a un grupo u organización —Alcohólicos Anónimos (Lofland y Lejeune, 1960), pentecostales (Homan, 1980), una unidad del ejército (Sullivan y otros, 1958), un hospital psiquiátrico (Rosenhahn, 1973)—, los cuales piensan que el etnógrafo es un miembro efectivo, aunque, éste albergue el propósito de llevar a cabo una investigación. La «participación total» también puede ocurrir cuando el supuesto investigador ya es un miembro efectivo del

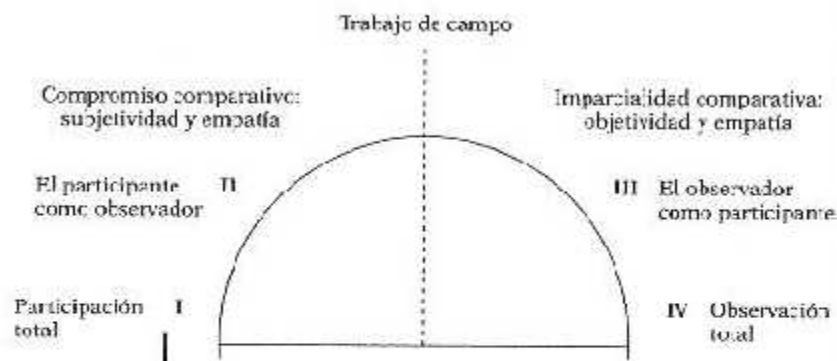


FIGURA 1. Roles teórico-sociales para el trabajo de campo.

Fuente: Junker, 1963, pág. 36; reproducido gracias a la autorización de University of Chicago Press.

grupo u organización y decide realizar un estudio. Éste fue el caso de la investigación que Holdaway (1982) hizo sobre la policía, y el trabajo de Dalton (1959) sobre los «hombres que dirigen (o controlan)». Un ejemplo extremo es el relato de Bettelheim (1970) sobre la vida en los campos de concentración alemanes.

La «participación total» es, por lo tanto, aconsejable en ciertas circunstancias. Algunos autores han sugerido que éste sería el ideal al cual los investigadores deberían aspirar. Jules-Rosette (1978a), por ejemplo, ha defendido la necesidad de una «inmersión total» en la cultura nativa. Esto no quiere decir simplemente «hacerse pasar» por un miembro, sino «convertirse» realmente en un miembro. En el caso de Jules-Rosette, éste se convirtió a la Iglesia apostólica de John Maranke, un movimiento africano nativo. Jules-Rosette reivindica en efecto este procedimiento, lo que ella llama «etnografía reflexiva», y que no tiene nada que ver con la formulación que nosotros hicimos de este concepto.

La «participación total» puede parecer muy atractiva. Dicha identificación e inmersión en el lugar puede dar la impresión de ofrecer seguridad: se puede viajar de incógnito, obtener un conocimiento «desde dentro» y evitar el problema de las negociaciones de acceso. Algo de cierto hay en ello y, de hecho, en algunos lugares la participación completa puede ser la única estrategia mediante la cual obtener los datos requeridos. Sin embargo, «pasar» como miembro durante un período establecido, habitualmente tiene un efecto importante en las capacidades dramáticas del trabajador de campo.

po. El encubrimiento del etnógrafo podría «saltar por los aires», y las consecuencias serían desastrosas para la finalización del proyecto de trabajo de campo, y quizá también para el investigador a nivel personal. Afrontar una situación especialmente embarazosa sería el menor de los problemas que podrían esperarse:

Aliena apareció de nuevo, y con nerviosismo me dijo que algunas personas querían hablar conmigo. [...] y me llevó a una habitación en la que cinco miembros del consejo estaban reunidos: los reverendos Armat y Wif, y los maestros Firth, Huf y Lare. Ésta última era la presidenta del consejo.

En primer lugar, mientras me adentraba en la habitación, estaba encantada de tener finalmente la oportunidad de hablar de ciertas cuestiones elevadas, pero en seguida la elaborada trama que se había desarrollado a mis espaldas se convirtió en algo dolorosamente obvio.

En cuanto me senté frente a Huf, Lare me miró fríamente. «¿Cuáles son tus motivos?», inquirió.

Entonces me di cuenta de la hostilidad que había en la habitación, y esa repentina conciencia, tan inesperada, me dejó sin habla.

«Evolucionar», contesté de manera poco convincente. «¿Estáis al corriente de las cintas?»

«Bien, ¿qué pasa con ellas?», preguntó ella.

«Así puedo recordar cosas», dije.

«¿Y las preguntas? ¿Por qué has estado preguntándole a todo el mundo acerca de su pasado? ¿En qué puede ayudar eso a tu crecimiento?»

Intenté explicárselo. «Pero es que yo siempre pregunto a la gente acerca de sí misma cuando los conozco. ¿Qué hay de malo en eso?»

Sin embargo, a Lare no le satisfizo mi explicación. «No te creemos», me respondió.

Entonces Firth añadió: «Tenemos mucha gente inteligente en el grupo... Hemos leído tu diario...».

En ese momento no supe qué decir. Aparentemente, ahora me consideraban una especie de enemiga encubierta o de periodista sensacionalista dispuesta a molestarlos o a exponer a la Iglesia, y esgrimían estas pruebas para probarme. [...]

Más tarde, Armat explicó que tenían temores respecto a mi persona o acerca de cualquier otro que llamara la atención sobre ellos debido al clima negativo hacia los cultos entre los «humanos». Así que tenían que la atención prestada desde el exterior pudiera llevarles a la destrucción antes de que estuvieran preparados para la llegada de la aniquilación. Sin embargo, en la tensión de un juicio sumarsísimo, no hubo manera de poderles aclarar mis intenciones para reconciliarlos con mi creencia expresa en el aprendizaje de la magia. Al recordar que Firth había leído mi diario, me di cuenta de que ya no tenía nada que decir.

«Así que ahora, márchate», espetó Lare. «Coge tu pentagrama y vete.» Al librarme de mis cadenas les expliqué que había llegado allí en un coche con otras personas y que ahora no tenía manera de regresar.

«Ése es tu problema», dijo ella. «Simplemente esperamos que te hayas ido cuando regresemos.» Y, de manera amenazadora, añadió: «Deberías estar contenta de que no hayamos hecho nada más».

(Scott, 1983, págs. 132-133)

Afortunadamente, Scott había recogido ya una cantidad sustancial de datos antes de que su identidad como investigadora fuera descubierta y el grupo en el que se había visto incluida decidiera tomar una represalia violenta.

Aquí, incluso si se hubiera tenido éxito, la estrategia de una «participación completa» normalmente se habría mostrado limitada. El tipo y las características de la información que se recopila frecuentemente serán bastante limitados en la práctica. Por definición, el participante se verá obligado a implicarse en las prácticas sociales existentes y las expectativas que sobre él recaerán serán mucho más rígidas que las que recaerán en un investigador que hace su tarea abiertamente. La actividad investigadora estará, además, rodeada por estas rutinas y realidades preexistentes. En esta situación será muy difícil que el trabajador de campo pueda optimizar las posibilidades de recoger información. Determinadas líneas de investigación que parezcan potencialmente provechosas pueden resultar inviables en la práctica, pues los «totalmente participantes» tienen que actuar de acuerdo con las expectativas que los miembros depositan en sus papeles.

Gregor (1977) señala los límites de la participación total. Durante los primeros días de su trabajo de campo en un aldea de indios en Brasil, Gregor y su mujer intentaron —en aras de unas «buenas relaciones públicas»— vivir como si fueran indios:

Desgraciadamente, no estábamos aprendiendo mucho. Todos los días volvía de las largas caminatas a través de la selva, llegaba cansado, incapaz de pensar en nada, muerto de hambre y lleno de picaduras de insectos. Mi trabajo no estaba funcionando bien, porque cazar y pescar son asuntos demasiado serios para ellos como para molestarles con preguntas irrelevantes sobre el hermano de su madre. Mientras tanto, a mi mujer le estaba yendo un poco mejor con las mujeres.

(Gregor, 1977, pág. 28)

Después, Gregor y su mujer dejaron de «fingir» que se estaban «volviendo» indios brasileños, y reiniciaron la actividad de investigación sistemática.

En contraste con el «totalmente participante», el «totalmente observador» no tiene ningún contacto con lo que está observando. Así, Corsaro (1981) completó su observación participante con los niños de la guardería para observarlos a través de un espejo sin azogue. La observación encubierta, el que observa el comportamiento de la gente de la calle desde una ventana (Lofland, 1973), también entra dentro de esta categoría, y quizá también investigaciones como la de Karp (1980) sobre los «escenarios públicos donde hay interacción sexual» en Times Square.

Paradójicamente, la observación total comparte muchas de las ventajas e inconvenientes de la participación total. A su favor está que las dos minimizan el problema del rechazo: en ninguno de los casos el etnógrafo interactúa como investigador con la gente que está estudiando. Por otro lado, podrían haber serios límites para lo que puede o no ser observado, y las entrevistas a los participantes normalmente resultan imposibles. En teoría, si sólo se adopta uno de los dos roles será muy difícil trabajar de una manera rigurosa, aunque ambas pueden ser estrategias prácticas para adoptar en determinados momentos del trabajo de campo y, en ciertas situaciones, su adopción puede ser inevitable.

La mayoría de las investigaciones de campo se hacen empleando unos roles que se encuentran en un punto intermedio entre estos dos polos. La cuestión de si la distinción entre los participantes como observadores y observadores como participantes tiene algún valor o no es difícil de responder. Examinando la distinción realizada en la tipología de Junker (1960) sobresale un problema serio: se mezclan diferentes dimensiones que no tienen necesariamente que estar relacionadas. Una de ellas, mencionada en el capítulo anterior, es la cuestión del secreto y el engaño. Otra es si el etnógrafo asume un rol preexistente en el campo o negocia uno nuevo; aunque no pueden hacerse distinciones apresuradas y rígidas y, ciertamente, deberíamos tener cuidado en no tratar los roles que ya están establecidos en el campo como si tuviesen unas características rígidas y estáticas (Turner, 1962).

En las investigaciones secretas, por supuesto, el etnógrafo tiene pocas posibilidades al margen de seguir un rol ya existente, aunque tal vez sea posible ampliarlo y modificarlo hasta el punto que convenga a la investigación (Dalton, 1959). Algunas veces, en la investigación abierta tampoco hay otra opción que no sea representar

un rol establecido, tal como Freilich (1970a y b) descubrió en su estudio de los metalúrgicos mohawk en Nueva York. Después de haber hecho amistad con uno de los mohawk, intentó volver al rol de antropólogo:

Pronto quedó claro que cualquier símbolo antropológico era tabú. [...] No podía usar lápices, libretas o cuestionarios. No podía siquiera ser semiantropólogo. Por ejemplo, intentaba decir: «Eso es realmente interesante; deja que lo escriba para que no se me olvide». De repente, mis compañeros mostraban una actitud hostil y las pocas palabras que conseguía garabatear me costaban su antipatía durante los días siguientes.

(Freilich, 1970a y b, pág. 153)

Currer (1992) explica una experiencia parecida en la negociación del acceso a las informantes pathan:

Se me otorgó un permiso para hacer una visita; las visitas se trazaban en términos sociales: mi agenda y mi propósito de dominio público nunca fueron relatados. Cuando lo hice, las mujeres involucradas se sintieron muy ofendidas y nuestra relación se cuestionó. Las mujeres, no menos que los hombres, ya sabían de mis propósitos de investigación. Sólo en dos casos la relación combinó de manera estrecha lo personal y lo profesional. En esos casos, yo podía tomar notas y guiar el intercambio.

Currer concluye diciendo: «Tuve que escoger entre insistir en mis reglas y que me fuera negado cualquier acceso real o [visitar] según los términos de las mujeres» (Currer, 1992, págs. 17-18).

Generalmente, en la investigación abierta el etnógrafo tiene la opción de decidir si va a asumir o no uno de los roles ya existentes en el campo. Así, por ejemplo, en la investigación sobre los colegios, a veces los etnógrafos tienen que adoptar el papel de profesor (véase, por ejemplo, Aggleton, 1987; Mac an Ghail, 1991), pero otras veces no (Brown, 1987; Walker, 1988; Stanley, 1989; Riddell, 1992). Quizá no resulte sorprendente, pero ellos rara vez adoptan el papel de alumnos de la escuela (véase Llewellyn, 1980), aunque en los estudios sobre la educación superior los etnógrafos sí se incorporan al rol de estudiantes (Moffat, 1989; Tobias, 1990).

Las decisiones sobre el rol que hay que adoptar en el campo dependerán de los propósitos de la investigación y del tipo de lugar en el que ésta se lleve a cabo. En cualquier caso, las previsiones que se hagan sobre las probables consecuencias de adoptar diferentes

roles raramente son algo más que meras especulaciones. Por fortuna, a lo largo del trabajo de campo frecuentemente se producen cambios de rol. De hecho, existen poderosos argumentos a favor de la movilidad entre diferentes roles durante el trabajo de campo, para poder evaluar sus efectos sobre la información. Seigny (1981), al estudiar las clases de arte en una universidad, recogió datos combinando el papel de estudiante, el de tutor y varios roles de profesor. Se pueden utilizar, pues, diferentes papeles dentro del campo, para poder tener acceso a diversos tipos de información, así como para conocer mejor los distintos perfiles de cada uno.

ADMINISTRAR LA MARGINALIDAD

Existe una tercera dimensión en la variedad de roles de investigación, incluida en la tipología construida por Junker y Gold: desde el punto de vista «externo» del observador hacia la perspectiva «interna» de los actores. Sin embargo, esta dimensión está rodeada por lo que Styles define como mitos externos e internos:

En esencia, los mitos externos afirman que sólo lo externo puede conducir de manera válida una investigación en un grupo dado; sólo lo externo, se sostiene, posee la objetividad y la distancia emocional necesarias. De acuerdo con los mitos externos, lo interior presenta invariablemente su grupo bajo una luz favorable no real. De manera análoga, los mitos internos afirman que sólo lo interno está en disposición de llevar a cabo una investigación válida en un grupo concreto y que todo lo externo es inherentemente incapaz de apreciar el verdadero carácter de la vida en grupo.

Los mitos de lo que está dentro o fuera no son generalizaciones empíricas acerca de las relaciones entre la posición social del investigador y el carácter de los hallazgos de la investigación. Son elementos de una retórica moral que pide la legitimidad en la investigación de un grupo concreto.

(Styles, 1979, pág. 148)

Por supuesto, es cierto que los que están fuera y los que están dentro se encuentran en disposición de acceder de manera inmediata a diferentes grupos de información. Y ambos están expuestos también a distintos tipos de peligros metodológicos. El peligro que incumbe al papel del observador total es el de no llegar a entender las perspectivas de los participantes. Allí donde esta estrategia es utilizada de ma-

nera única, esas perspectivas se infieren a partir de lo que se pueda observar más allá del conocimiento previo del investigador, sin posibilidad de comprobar estas interpretaciones respecto a lo que dicen los participantes como respuesta a sus preguntas. Aquí el riesgo no sólo es perder un importante aspecto del lugar, sino más bien confundir de manera seria el comportamiento de los observados.

Un peligro más común en la investigación etnográfica, y que afecta a los otros tres roles en la tipología de Junker, es «convertirse en nativo». A veces no sólo se abandona la tarea de análisis para poder disfrutar plenamente de la participación, sino que incluso cuando se continúa con la investigación con un «exceso de amistad» puede surgir una actitud de parcialidad. Miller subraya este problema en el contexto de un estudio sobre el liderazgo en un sindicato local:

Una vez que había entablado una estrecha relación con los líderes sindicales, estaba decidido a mantenerla, lo que suponía abandonar algunas líneas de investigación. Ellos me habían dado una información muy importante y delicada sobre las actividades internas de la rama local del sindicato; cuestionar abiertamente sus actitudes básicas hubiera abierto varias áreas de conflicto. Continuar con la estrecha amistad y seguir los senderos de investigación que los líderes sindicales consideraban antagónicos hubiera sido imposible. Volver a un nivel inferior de amistad hubiera sido difícil, porque un cambio súbito les inducía a mantener una distancia y desconfianza considerables.

(Miller, 1952, pág. 98)

Después de haber establecido relaciones amistosas, Miller encontró límites para la recopilación de información. Él incluso sugiere que los mismos líderes podrían haber utilizado esa relación tan estrecha para limitar sus observaciones y críticas. Miller también llama la atención sobre el hecho de que el exceso de amistad con un grupo lleva a problemas de relación con otros grupos; en su estudio, su proximidad con los líderes sindicales limitó su relación con los propios trabajadores.

La cuestión de las relaciones de amistad tiene dos implicaciones, y ambas presentan problemas de «identificación». En un caso como el señalado por Miller, el etnógrafo puede ser identificado con determinados grupos o individuos, de forma que ello complique su movilidad social en el campo y las relaciones con otros. Más sutil, tal vez, sea el peligro de «identificarse con» las perspectivas de algunos actores, sin constituir siquiera motivo de conflicto.

Un muy conocido estudio etnográfico británico que ha sido acusado por muchos lectores de tener una «perspectiva parcial» es el estudio de Paul Willis (1977) sobre los adolescentes de las clases trabajadoras. El trabajo de Willis está basado en entrevistas con doce alumnos que se caracterizan por sus actitudes contrarias a la escuela. Estos muchachos de clase trabajadora se describen a sí mismos como «valientes», distinguiéndose de los que ellos llaman «pelotas», quienes aceptan los valores de la escuela. Los «valientes» no tienen oportunidades para encontrar empleos de «clase media» y, de forma entusiasta, buscan empleos propios de la clase trabajadora. Willis argumenta que esta contracultura «encaja» con la cultura de los lugares de trabajo de la clase baja, incluso llega a sugerir que los alumnos más conformistas están menos adaptados a la cultura de los empleos propios de la clase trabajadora.

Hay dos indicios de «exceso de atrinidad» en el trato de Willis con esos jóvenes. En primer lugar, él parece haber dedicado su atención casi por completo a los «valientes»; en muchos aspectos parece adoptar sus puntos de vista sin someterlos a análisis. Al final, el libro es una celebración de las hazañas de los «valientes»; Willis no puede o no quiere tomar la distancia adecuada con respecto a los relatos de los «valientes». En segundo lugar, trata a los «valientes» como si fueran portavoces de la «clase trabajadora». Aunque Willis reconoce explícitamente que la cultura de la clase trabajadora es heterogénea, él, no obstante, parece considerar los puntos de vista de los «valientes», o al menos algunos de ellos, como representativos de la clase trabajadora en general. Puesto que «los pelotas» conformistas también proceden de la clase trabajadora, este tratamiento es, como mínimo, problemático. No hay duda de que Willis es culpable de «identificarse» con sus doce elegidos y, como resultado, su descripción de la escolaridad se ve comprometida.

En un interesante paralelismo, Stein (1964) proporciona una descripción reflexiva de su identificación con el grupo de mineros que estudiaba junto con Gouldner (1954):

Mirando hacia atrás, ahora pude ver los tipos de influencias que estaban presentes. Mi tema de investigación era la cuestión de la autoridad y, decididamente, escogí las expresiones de hostilidad características de los mineros en lugar de la represión que caracterizaba a los trabajadores de la superficie. Yo procedía de una cultura de clase bastante heterogénea que conllevaba una mezcla de elementos de clase alta, media y baja, que aún no había conseguido asimilar del todo. El caso es que asociaba el espacio de la clase trabajadora con la espontaneidad

emocional, y el espacio de la clase media con la contención emocional. Nunca me enfrenté al hecho de que los hombres de la superficie eran tan miembros de la clase trabajadora como los propios mineros.

La redacción de la investigación se volvió un acto de vasallaje puesto que pensaba que escribir sobre la vida en la mina era mi manera de ser fiel a la gente que vive allí. Fue lo más fácil que nunca haya escrito. Pero los esfuerzos para interpretar el comportamiento de los mineros como el producto de fuerzas sociales y, especialmente, verlo como un conjunto de prácticas estratégicas en vez de espontáneas, me dejó un profundo sentimiento de zozobra.

(Stair, 1964, págs. 20-21)

Aunque el etnógrafo puede adoptar diversos roles, el objetivo de cada uno de ellos es mantenerse en una posición más o menos marginal. Como señala Lofland (1971, pág. 97), el investigador elabora «interpretaciones creativas» desde la posición marginal de estar, simultáneamente, dentro y fuera. El etnógrafo debe estar intelectualmente suspendido entre la «familiaridad» y el «extrañamiento» mientras que, socialmente, su papel oscila entre el «amigo» y el «extraño» (Powdermaker, 1966; Everhart, 1977). Funciona, pues, según el título de una colección editada por Freilich (1970b), como un «nativo marginal».

LAS TENSIONES Y LAS PRESIONES DEL TRABAJO DE CAMPO

No resulta fácil mantener una posición de marginalidad, puesto que ésta conlleva una sensación de inseguridad constante, incluyendo vivir en dos mundos simultáneamente, el de la participación y el de la investigación. En la investigación encubierta, existe un constante esfuerzo por mantenerse encubierto y, al mismo tiempo, aprovechar cualquier oportunidad que surja. En la observación abierta y participante, existe la tensión de vivir con la ambigüedad y la incertidumbre de la posición social situada en el margen, y hacerlo de una manera que sea útil para la investigación pero también de un modo éticamente aceptable. En un aspecto o en otro, como Thorne (1983, pág. 221) señala, a menudo se «corre hacia la semilla» de los lugares en los que se trabaja.

Johnson (1975) ha recogido varios detalles de sus reacciones físicas y emocionales bajo las presiones del trabajo de campo. Algunas de sus notas de campo documentan sus respuestas con una franqueza destacable.

Todas las mananas, alrededor de las ocho menos cuarto, mientras voy conduciendo hacia la oficina, comienzo a sentir una molestia en el lado izquierdo de mi espalda, y la maldita cosa permanece allí hasta cerca de las once, cuando hago mis planes diarios de acompañar a uno de los trabajadores. Puesto que casi todos los trabajadores están en la oficina hasta las once o las doce, y como hay una única silla de sobra y absolutamente ninguna mesa en las dos unidades, en esas dos o tres primeras horas me sumerjo en una profunda agonía todos los malos días. Intentar estar ocupado sin molestar demasiado a ningún trabajador es como jugar al ajedrez chino, saltando de un lado para otro, de aquí para allí, sin encontrar un sitio donde esconderme.

(Johnson, 1975, págs. 152-153)

Los síntomas físicos que Johnson describe son tal vez un ejemplo bastante extremo de la presión existente en el trabajo de campo. Pero, en general, este fenómeno es bastante común: muchos trabajadores de campo relatan la experiencia con cierto grado de constreñimiento en función de su «rareza» y «extrañeza» o posición «marginal». Podemos comprobar algunas de estas características a partir del análisis psicológico de Wintrob (1969) sobre las ansiedades sufridas por los antropólogos en el campo, basándose en las experiencias de estudiantes graduados y algunos relatos autobiográficos publicados.

Wintrob identifica diferentes fuentes de estrés, incluyendo lo que él define como el «síndrome de desadaptación», que supone una amplia abanico de sensaciones: incompetencia, miedo, ira, frustración. Cita la explicación de un estudiante graduado:

Al principio tenía miedo de todo. Miedo de tener que presionarles, de intentar mantener un rol completamente diferente al de los que están a tu alrededor. Antes de hacer una intrusión en una situación pasaba mucho tiempo hasta decidirme. Quería dejarlo para otro día. No paraba de pensar en la posibilidad de que me rechazaran y constantemente dudaba de la pertinencia de los datos recogidos. Sabía que tenía que instalar mi propia tienda pero continuaba retrasándolo. No me decidía a empezar a pasarles los cuestionarios. Me estaba refugiando claramente en el campamento (una zona de tiendas que reunía a un grupo de parientes). Todo el mundo sabía lo que estaba haciendo. Me parecía difícil trasladarme a otro campo (a unas millas de distancia). Yo lo racionalizaba diciéndome que un trabajador de campo no debe querer abarcar demasiado.

(Wintrob, 1969, pág. 67)

Los propios diarios de Malinowski revelan muchas de estas situaciones de ansiedad y desasosiego: son realmente un importante documento, puesto que revelan sus sentimientos ambivalentes hacia los isleños trobriandeses y también su ensimismamiento y su preocupación por su propio bienestar (Malinowski, 1967). De forma similar, Wax (1971) proporciona un excelente informe sobre sus dificultades para trabajar en un centro de confinamiento para los japoneses-norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial. Wax describe sus dificultades iniciales con la recogida de información, frente a una (incomprensible) hostilidad y sospecha: «Al final de mi primer mes de trabajo había conseguido muy poca información y estaba descorazonado, confundido y obsesionado por mi sensación de fracaso» (1971, pág. 70).

No queremos dar la imagen de que la experiencia del trabajo de campo es un sufrimiento continuo: para muchos suele ser un período de intensa satisfacción personal. Sin embargo, la presión que vive el «nativo marginal» es un aspecto muy común e importante de la realidad etnográfica. El etnógrafo, dependiendo de si plantea resistencia a la superidentificación o a la rendición ante los «anfitriones», tendrá o no un sentimiento de «traición» o de fidelidades divididas. Lofland (1971, págs. 108-109) llama la atención sobre la «profundidad» de esta experiencia. El etnógrafo, en su dinámica de inmersión y distanciamiento simultáneos, puede vivir una especie de esquizofrenia. Pero este sentimiento, u otros equivalentes, debería ser tomado por lo que realmente es. No es algo que necesariamente tenga que evitarse o sustituirse por sensaciones más agradables de bienestar. La impresión de estar «como en casa» también es una señal de peligro. Desde la perspectiva del etnógrafo «marginal» y reflexivo, la cuestión no es «rendirse» a ellos o «volverse» uno de ellos. Siempre quedará algo sin mostrar, una determinada «distancia» intelectual y social. Ya que en el espacio creado por esa distancia se efectúa el trabajo analítico, la etnografía no será más que un relato autobiográfico sobre una conversión personal. Y esto puede ser un documento valioso e interesante, pero no constituye un estudio etnográfico.

Los etnógrafos deben esforzarse por evitar sentirse «como en casa». Si se pierde totalmente la sensación de ser un «extraño» es que se ha dejado escapar la perspectiva analítica y crítica. Se sabe porque los primeros días del trabajo de campo son problemáticos y, normalmente, están llenos de dificultades: se tienen que tomar decisiones difíciles concernientes a la estrategia del trabajo, se tienen que establecer rápidamente relaciones de trabajo, y la inco-

modidad social es una posibilidad real. Por otra parte, sería peligroso decir que ésta es una fase momentáneamente difícil que el investigador superará, a la que sucederá un discurrir placentero y exento de problemas. Aunque las relaciones sociales y el establecimiento de contactos vayan bien y los problemas profundos de extrañamiento se resuelvan, es importante que ello no desemboque en una actitud mental demasiado cómoda. Everhart (1977) ilustra este riesgo en su estudio sobre las relaciones entre alumnos y profesores:

La saturación, la fatiga del trabajo de campo y el hecho de que las cosas estaban yendo bien condujeron, hacia el final del segundo año, a una merma de mi perspectiva crítica. Comencé a percatarme de que los hechos se me estaban escapando de las manos y de que no me daba cuenta de su valor hasta más tarde. Por ejemplo, ya había recopilado minuciosamente las conversaciones en que los profesores clasificaban a los estudiantes, y también había atendido a las formas empleadas por los estudiantes para categorizarse entre sí. Como quiera que esas conversaciones continuaban y resultaban especialmente ricas por los cambios que introducir en dichas perspectivas, me encontré desestimando esas discusiones porque sentía que todo aquello ya lo había escuchado previamente, cuando, en realidad, se planteaban dimensiones que antes nunca había considerado. Por una parte estaba enfadado por no haber recogido y analizado esos sistemas de categorías y, por otra, estaba cansado y me había acostumbrado a sentarme con los profesores y entablar pequeñas conversaciones. Mi actitud inquisitiva había desaparecido.

(Everhart, 1977, pág. 13)

Esto no quiere decir que no habrá ocasiones, muchas incluso, en que sea necesario establecer una interacción por razones pragmáticas y de sociabilidad, en lugar de por estrategias e intereses de investigación. La cuestión fundamental es que uno nunca se debe entregar completamente al momento o al lugar. En principio, uno debería estar constantemente alerta y permanecer atento a las posibilidades de investigación que se abren en todas y cada una de las situaciones sociales.

Si uno comienza a despreocuparse y el campo de investigación empieza a tomar la apariencia de una rutina familiar, entonces es necesario plantearse algunas cuestiones pertinentes. ¿Esta sensación de comodidad quiere decir que el trabajo de campo realmente ha acabado? ¿Ya ha sido recogida toda la información necesaria?

(En teoría siempre hay algo nuevo que descubrir, eventos imprevistos que hay que investigar, pistas de investigación que hay que seguir, etcétera.) Siempre hay que plantear una cuestión: estar deambulando por ahí, sin ningún propósito, sólo por estar allí, «por interés» o por falta de confianza, no hará que obtengamos la información necesaria.

Más tarde o más temprano uno ha de plantearse si acabar el trabajo de campo o bien trasladarse a un nuevo ambiente social. Puede pasar también que el sentido de familiaridad haya sido generado por pura indolencia. Si la investigación no parece estar acabada, hay que plantear algunas cuestiones: ¿me siento cómodo porque estoy siendo complaciente? es decir, ¿me esfuerzo por ser tan «agradable» para mis anfitriones hasta el punto de que nunca les planteo cuestiones potencialmente conflictivas o problemáticas? Asimismo, ¿esto quiere decir que mi bienestar dentro del grupo estriba en que estoy evitando relacionarme con determinadas personas y refugiándome junto a la gente con la cual me siento más cómodo? En muchos contextos sociales necesitamos realmente la protección de padrinos formales o informales, informantes que hagan de asistentes, etcétera. Pero es importante no «colgarse» de ellos. De cuando en cuando, uno debe preguntarse si la investigación está siendo excesivamente limitada por esta posibilidad. En general, es recomendable hacer una pausa para considerar si la sensación de bienestar y familiaridad se debe a la pereza, a una limitación impuesta sobre la investigación por la incapacidad de continuar formulando nuevas preguntas, a una negativa a ir contra el sentido común, a un miedo de poder cometer errores o a una falta de voluntad respecto a intentar establecer relaciones sociales nuevas o difíciles. Es posible ganarse un lugar donde estar cómodo en el campo durante las primeras fases del trabajo; pero es importante no permanecer allí eternamente e intentar buscar un sitio en otro contexto.

La marginalidad no es la única fuente de tensión y de presión en el trabajo de campo, por supuesto. Otra se encuentra en las situaciones sociales y físicas que uno puede encontrar y que, normalmente, podría evitar. Henslin proporciona un ejemplo a partir de su observación participante en la investigación sobre los indigentes:

No fue la amplitud y la gran impersonalidad del refugio [...] lo que me produjo un *shock* a nivel cultural. Fue, más bien, la aproximación radicalmente diferente a los indigentes. Por ejemplo, al entrar a cada

hombre se le asignaba un número, y luego localizaba una cama marcada con ese número, y a los pies de la misma encontraba una cesta también con su número. Se desnudaba junto a la cama y esperaba hasta que oía decir su número. Entonces, todavía desnudo, desfilaba en fila junto a otros ciento nueve hombres, llevando sus ropas [...] hasta un centro de chequeo asistido por hombres uniformados [...] Después de ducharse, pero todavía desnudo y rodeado por otros hombres extraños desnudos, a cada hombre se le exigía que se afeitara, utilizando las maquinillas que se habían dejado encima de las pibas. Finalmente, todavía desnudo, volvía caminando hasta la cama que le había sido asignada.

Esta rutina me deslumbró como experiencia. [...] Para mí [...] desfilarse desnudo junto a otros extraños, [...] y observar a esos otros hombres desfilando también desnudos era algo humillante y degradante, un insulto frontal a mi sensibilidad.

Tampoco pasó una buena noche. Alejado de la que había sido mi compañera de cama durante doce años. Apartado de mi entorno familiar. Y, especialmente, apartado de aquello que me protegía de los desconocidos. [...]

Entonces mi mente insistió en repasar los detalles que me había relatado el director del refugio. Muy temprano, ese mismo día, cuando le entrevisté, [...] él mencionó las violaciones homosexuales que tenían lugar en los dormitorios. Durante la entrevista, dos hombres habían tenido que ser sacados del comedor después de haberse amenazado con un cuchillo y una pistola respectivamente. Cuando le dije que había planeado pasar la noche allí y le pregunté si estaría a salvo, a pesar de que yo esperaba que me tranquilizara, me dijo que en una ocasión un tipo le había clavado un cuchillo, y añadió: «Nada es realmente seguro. En esta vida, tienes que estar preparado para morir».

No fue, precisamente, la noche más tranquila de mi vida, pero la mañana me alcanzó totalmente dormido. Sé que fue debido a que muy temprano, a las cinco y treinta y cinco para ser exactos, las numerosas luces del techo se encendieron de repente iluminando mi cara mientras simultáneamente los altavoces bramaban: «¡Todo el mundo arriba! ¡Todo el mundo arriba! ¡Moveos!».

(Henslin, 1990, págs. 60-61)

Las trabajadoras de campo a veces pueden ser susceptibles de ser atacadas, particularmente en el aspecto sexual. Como señala Warren (1988, pág. 30), en el trabajo de campo la cuestión de la sexualidad surge en primer lugar en el contexto de la seguridad respecto a la violación de las «mujeres blancas» solas en sociedades «primitivas». Ella propone, para tener una más amplia perspectiva, anotar la participación sexual de los trabajadores de campo duran-

te la investigación (véase también Fine, 1993). No obstante, la agresión sexual puede ser, como mínimo, un problema. Warren habla de la investigación de una de sus alumnas, Liz Brunner, sobre los indigentes:

Durante su trabajo de campo, Liz durmió, bebió, conversó y compartió la comida con los indigentes de las calles de Los Ángeles; casi todos eran hombres. Después de una serie de episodios de toques físicos no deseados, aprendió a evitar estar sola con algunos hombres en particular, o a pasar por zonas oscuras de la calle con aquellos que no conocía bien. [...] Estos indigentes varones —algunos de ellos antiguos pacientes de instituciones mentales— a menudo no sabían, o quizá tenían algún conocimiento, de que Liz pertenecía a la clase media, era feminista y tenía una serie de creencias relativas a la expresión sexual en las relaciones entre hombres y mujeres.

(Warren, 1988, págs. 33-34)

Dichos problemas no están, por descontado, restringidos a los contactos con indigentes en las calles, como Gurney señala en su investigación sobre los abogados:

Un claro ejemplo del problema asociado a mi género fue el acoso sexual por parte de uno de los fiscales. Intentó, en diferentes ocasiones, que fuera a su apartamento con la excusa de que utilizara su ordenador. [...] Al fracasar, me preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudarle a programar su ordenador para analizar datos bancarios en los casos de defalcación. Le dije que no conocía a nadie, pero le ofrecí la posibilidad de colgar algún cartel en la universidad. Él rechazó la idea y nunca más sacó el tema.

(Gurney, 1991, págs. 58-59)

Sin embargo, las experiencias desagradables durante el trabajo de campo no surgen únicamente a causa de aquello que puede sufrir el etnógrafo. Aún puede ser más desagradable lo que el observador participante siente que hay que hacer para mantener su papel participante. Este es un problema que tiene lugar en especial cuando se adopta el papel de observador totalmente participante, pues a partir de ahí, como hemos señalado, se reduce el margen de maniobra. La situación se ve exacerbada cuando la gente con la que uno se relaciona es proclive a la violencia. En dichas circunstancias, uno se puede ver envuelto en actividades que son peligrosas y detestables, como Mitchell comprobó en su investigación sobre los supervivientes:

Solo, a cuatro mil kilómetros de mi casa, durante el tercer día de las Conferencias de los Patriotas Cristianos Supervivientes, me ofrecí voluntario para realizar una guardia. [...] Los de la Nación Aria estaban allí con el Posse Comitatus y los del Klan. En el nombre de la razón, el patriotismo y Dios, ellos exigían el repudio de la deuda nacional, la revolución racial, la asistencia económica a los pequeños granjeros y el genocidio. [...] Cuatro de nosotros fuimos asignados a vigilar las puertas de entrada por la tarde. En medio del polvo, dirigíamos el tráfico de los que habían llegado tarde, controlábamos los pases y vigilábamos. El campo estaba controlado. La conversación viró hacia los temas típicos de los supervivientes. Primero, las armas: las iban extrayendo uno a uno para compararlas y admirarlas. «La mía está en el coche», mentí. Entonces, debido a que éramos extraños con una presumible causa común, fue el momento de contar historias, para confirmar de nuevo a nuestros enemigos y reiterar nuestros principios. Estábamos reunidos alrededor de un fuego de campo. [...] Nuestras historias fueron surgiendo en el sentido de las agujas del reloj. A las doce en punto hablamos de los homosexuales que frecuentaban el parque de la ciudad de su comunidad y se preguntaron qué tendrían que hacer con ellos «en el futuro». Sus propuestas incluían cadenas y árboles y dinamita que volara sus huesos en pedazos. Hay que entender estas afirmaciones. Hablaban de esto no como si se tratara de una masacre, algo excesivamente cruel, sino como una propuesta razonable. Todos teníamos que afrontar el «desagradable» problema, ¿no era cierto? Y la comunidad necesitaba «limpiarlo». ¿Verdad? Asentimos todos con solemnidad como muestra de acuerdo. A las tres en punto se propuso una solución útil aprovechando la noche y las prácticas de tiro. «Buena idea», murmuramos. [...] Un nuevo coche cruzó la puerta de entrada. Se detuvo. Eran las nueve en punto. Mi turno. También conté una historia. Cuando empecé, otro hombre se unió a nosotros. Escuchó mi idea y la aprobó, presentándose a sí mismo, y entonces me dijo cosas que no todos conocían, acerca de planes que se habían realizado y que pronto serían llevados a cabo. Dijo que podrían utilizar a hombres como yo y me dijo que estuviera preparado. Lo tomé en serio. Otros también lo hicieron. Ese hombre se encontraba en la lista de los «Diez más buscados» del FBI. Si existen investigadores que pueden participar en semejantes asuntos sin verse afectados, yo no soy uno de ellos, y espero no serlo nunca. Lo único que deseo es poder olvidarlo algún día, olvidar todos los sonidos inconfundibles, mi propia voz, mis propias palabras, contando la historia de las nueve en punto.

(Mitchell, 1991, pág. 107)

Con esto estamos recordando que los investigadores de campo no siempre abandonan el campo física y emocionalmente indemnes, y que rara vez no se ven afectados por la experiencia de la in-

vestigación. Pero incluso cuando resulta muy desagradable, la experiencia casi nunca es «sólo» negativa, como indica Cannon sobre la base de su estudio de mujeres con cáncer de mama:

Puede sonar muy dramático decir que «cambié mi vida» (aunque ése fue su un efecto posterior), pero ciertamente «me tocó», en el sentido de verme involucrada emocionalmente de una manera para la que no estaba preparada, y me aportó toda una serie de lecciones «extracurriculares» acerca de la vida y la muerte, el dolor, la resistencia y las relaciones humanas.

(Cannon, 1992, pág. 180)

ABANDONAR EL CAMPO

A toda investigación le llega un momento en que el trabajo de campo necesita ser finalizado. A menudo esto viene determinado por la inaccesibilidad de nuevas fuentes, o por la aproximación de las fechas tope para la producción de los informes escritos. Con la excepción de aquellos que realizan la investigación en un lugar en el que viven o trabajan normalmente, generalmente finalizar el trabajo de campo significa dejar el campo; aunque a veces el lugar en sí se desintegra, como apreció Galmeier (1991, pág. 226) en su investigación sobre un equipo profesional de hockey:

Comparado con otros investigadores de campo [...] yo tuve menos dificultades para desengancharme del lugar y de los participantes. Esto puede atribuirse, casi en su totalidad, al hecho de que una vez finalizada la temporada los jugadores se dispersan rápidamente y regresan a sus trabajos de verano con sus familias en el «Gran Norte Blanco». A finales de abril, los Rockets fueron eliminados en la tercera ronda de las eliminatorias y la temporada se acabó de repente. En pocos días, la mayoría de los integrantes de los Rockets abandonaron Summit City.

Virtualmente en mitad de la noche, la gente que había estado estudiando se dispersó, aunque él podría haberlos seguido de manera individual.

La mayoría de los etnógrafos, sin embargo, deben organizar el abandono del campo, y eso no siempre es una tarea fácil. Como el resto de aspectos de las relaciones de campo, habitualmente debe ser negociada. De hecho, a veces los participantes se muestran reacios a dejar partir al investigador, debido a una variada serie de

razones. Los primeros intentos de David Snow por separarse del grupo budista Nichiren Shosnu encontraron una ráfaga de actividad de reconversión:

Tan pronto como acabé (al hablar al líder de mi grupo acerca de mi creciente desilusión) él me felicitó, añadiendo que (dichos sentimientos) eran un buen signo. Llegó a sugerir que [...] algo estaba sucediendo realmente en mi vida. [...] En lugar de verse decepcionado y rendirse, me dijo que cantara y me pidió que fuera incluso más participativo. También sugirió que fuese al centro de la comunidad a las diez de la noche y hablara con los líderes ancianos. [...] Más tarde, por la noche, ese líder llegó a mi apartamento, a las diez —sin anunciarse—, para llevarme al centro de la comunidad y así asegurarse de que recibía la «orientación».

Mientras yo intentaba cortar mi compromiso y ofrecer lo que parecían razones legítimas para abandonar, ellos intentaban volverme a introducir.

(Snow, 1980, pág. 110)

Dejar el campo no suele ser tan difícil; generalmente se trata de despedirse de aquellos con los que uno ha establecido relación, trazar contactos para el futuro (por ejemplo, con la intención de mostrarle los datos y sus conclusiones más adelante), y generalmente suavizar la partida. Y marcharse no significa necesariamente romper toda relación con aquellos que uno ha conocido al trabajar allí. La mayoría de los etnógrafos mantienen amistades y conocidos de sus períodos de trabajo de campo, a veces durante un largo período de tiempo. El caso de Cannon supone una triste excepción, pues los amigos que hizo en su investigación fueron desapareciendo progresivamente al morir de cáncer (Cannon, 1992).

Sin embargo, si se sabe llevar con delicadeza, la partida puede ser una experiencia emocional. Será en ciertas ocasiones extraño y desorientador para la gente del lugar comprender que el etnógrafo ya no va a formar parte de su mundo cotidiano. Los informantes deben adaptarse al hecho de que deben verlo como a un amigo que se convierte en un extraño, al menos en cierta medida. Para el etnógrafo la experiencia también puede ser traumática. Un caso extremo es el de Young, pues el final de su trabajo de campo coincidió con su jubilación de la policía:

Durante los meses que transcurrieron entre mi jubilación y la recopilación del material para este libro, me di cuenta de manera crucial que [...] había estado [...] involucrado en lo que yo decidí que sólo podía ser

la deconstrucción de una identidad. Despojarse del marco institucional y de las severas normas de la organización disciplinar después de treinta y tres años, igual que la serpiente pierde la piel, supuso otro *shock* cultural. [...] Durante ese tiempo, soñé con regularidad (a todo color) con situaciones en las que vestía parcialmente de uniforme, a menudo, por ejemplo, con chaqueta de policía pero con pantalones de civil, y sin galones en la chaqueta o sin botones o marcas de rango. En esos sueños, en los que aparecían a menudo colegas del pasado, de algún modo era consciente de que me encontraba fuera de mi identidad policial, pero que seguía deshaciéndome de los últimos vestigios de la misma.

(Young, 1991, pág. 391)

Frecuentemente, el etnógrafo deja el campo con una mezcla de sentimientos, pero a veces con un pequeño alivio.

CONCLUSIÓN

En el capítulo 1 dijimos que la influencia del rol del investigador en la información recogida es muy importante. Antes que intentar, por todos los medios, evitar las reacciones en contra, se tendría que poner el énfasis en gestionar sus efectos y no peréerlos de vista en la medida de lo posible. Como hemos visto, existe una variedad de roles que el etnógrafo puede adoptar en el campo, que conllevan una serie de ventajas y de desventajas, oportunidades y peligros. Además, al modificar de manera sistemática los roles de campo, será posible recoger diferentes tipos de datos, cuya comparación puede ampliar la interpretación de los procesos sociales que se están estudiando. Sin embargo, establecer y mantener relaciones de campo puede resultar estresante y, a la vez, una experiencia excitante, y los etnógrafos deben aprender a convivir con sus sentimientos, mantener su posición como nativo marginal y completar el trabajo de campo.

Los diferentes roles que los etnógrafos establecen en cada lugar son, por supuesto, las bases a partir de las cuales se recogen los datos. Una manera de recoger datos es la descripción del comportamiento de la gente, de lo que ellos hacen y dicen en diferentes circunstancias. También es muy importante la información que la gente, en el lugar de investigación, puede proporcionar acerca de sus propias creencias y sentimientos, y de su comportamiento y el de los otros en la actualidad y en el pasado. En el próximo capítulo consideraremos el papel de dichas explicaciones nativas en la investigación etnográfica.

Capítulo 5

LOS RELATOS NATIVOS: ESCUCHAR Y PREGUNTAR

Una de las características de la investigación social es que los «objetos» que estudiamos en realidad son «sujetos» que por sí mismos producen relatos de su mundo. Como vimos en el capítulo 1, el positivismo y el naturalismo interpretan este hecho de manera muy diferente. Para el primero, esos relatos procedentes del sentido común son subjetivos y deben ser sustituidos por la ciencia; como mucho, son productos sociales que deben ser explicados. Para el naturalismo, por el contrario, el conocimiento procedente del sentido común *constituye* el mundo social; debe ser descrito, pero no sometido a un escrutinio crítico que determine su validez. Las críticas más recientes de la etnografía al naturalismo centran su interés en los relatos nativos, aunque adoptan diversas actitudes hacia él. Algunas atienden al rol del etnógrafo como amplificador de las voces de aquellos que se encuentran en los márgenes sociales; y, por lo tanto, buscan maneras de representar los relatos nativos de una manera retóricamente convincente. En este caso, el rol del etnógrafo se aproxima al del abogado defensor. Otros ven la labor como una deconstrucción de relatos con la intención de comprender cómo se han producido y los supuestos en los que se basan. Aquí, el rol del etnógrafo se acerca al de la crítica ideológica. Y asociada a ambas visiones, a veces está la tendencia a rechazar el concepto de la validez de unos relatos que implican una correspondencia entre ellos y el mundo.

Nuestra posición no se enmarca netamente en ninguna de estas categorías. Para nosotros, existen dos maneras legitimadas e igualmente importantes en las que los relatos nativos pueden ser utilizados por el etnógrafo. Por una parte, los pueden leer aquellos que nos hablan del fenómeno al que se refieren. No vemos razón alguna para negar (o, por el mismo motivo, afirmar) la validez de los relatos según la idea de que son subjetivos; tampoco los entendemos como simplemente constitutivos del fenómeno que documentan. Todo el mundo es un observador participante, que adquiere

conocimiento acerca del mundo social en tanto que participa en él. Y según nuestro punto de vista, dicho conocimiento participante por parte de ciertas personas en el lugar de la investigación es una fuente importante para el etnógrafo, aunque su validez no sea aceptada como un valor incuestionable, aun menos que como información por parte de otras fuentes.

Sin embargo, por muy hábiles que sean los investigadores en negociar el rol que les permita observar los hechos, habrá información a la que, al principio, no tendrán acceso. Para paliar esta deficiencia, en el campo muchas personas son cultivadas o incluso entrenadas como informantes (Paul, 1953). De hecho, durante un tiempo el uso de informantes parece haber sido el principal método de investigación en la antropología cultural. La preocupación central era la búsqueda de «especímenes» representativos de la vida primitiva, ya fuesen artefactos materiales o mitos y leyendas, como ilustra un extracto del diario de campo de Franz Boas:

He tenido un día muy pobre. Los nativos están haciendo un potlatch otra vez. He sido incapaz de retener a nadie y he tenido que agarrarme a lo que he podido. Después, por la noche, he conseguido algo (un cuento) que había estado buscando —«El nacimiento del cuervo»—. [...] Los grandes potlatch continuaron hoy, pero la gente encontró tiempo para contarme historias.

(Rohner, 1969, pág. 38, citado en Pelto y Pelto, 1978, pág. 243)

Como señalan Pelto y Pelto, «la mayoría de los antropólogos de hoy se hubiese regocijado ante la perspectiva de observar un verdadero potlatch, y asumiría que a partir de los detalles de la ceremonia se podría haber extraído información de una importancia estructural y cultural crucial» (1978, pág. 243). Aunque en tiempos más recientes los etnógrafos han demostrado tener prioridades bastante diferentes y han pasado a apoyarse más en sus propias observaciones, todavía se hace un uso considerable de los informantes, tanto para conseguir información sobre actividades que por una u otra razón no se pueden observar directamente como para comprobar las inferencias producidas por las observaciones (Burgess, 1985e).

Los relatos nativos también son importantes por lo que nos dicen sobre la gente que los produce. Podemos emplear los relatos que nos proporcionan los informantes como evidencias de las perspectivas de los grupos o de las categorías particulares de los actores. En efecto, el conocimiento de esas perspectivas puede ser un instru-

mento importante del desarrollo teórico. Aquí el modelo de análisis es el de la sociología del conocimiento (Berger y Luckmann, 1967; Curtis y Petras, 1970), aunque, igualmente, podemos enmarcarlo en términos postestructuralistas: lo que aquí resulta interesante son las formas de discurso que constituyen los relatos. También es instructivo el trabajo etnometodológico que demuestra que los relatos no son simples representaciones del mundo; forman parte del mundo que describen y por lo tanto comparten el contexto en el que tienen lugar (Atkinson, 1988).

Aparte de ayudar a la teoría sociológica, este modelo de análisis también contribuye a calibrar la validez de la información proporcionada por un determinado relato. Cuanto más efectivamente podamos comprender un relato y su contexto —quién lo produce, para quién y por qué— mejor podremos prever los sesgos de uno u otro tipo que, como fuente de información, sufrirá. En este sentido, las dos formas de leer relatos —lo que podríamos denominar respectivamente análisis de «información» y «perspectivas», son complementarios—. El mismo relato se puede analizar desde ambos ángulos, aunque a la hora de preguntar a los informantes estaremos pensando prioritariamente en uno u otro.

Separar la cuestión de la verdad o la falsedad de las creencias, que normalmente suele ser la preocupación más común del análisis de esas creencias como fenómenos sociales, nos permite tratar el conocimiento de los actores al mismo tiempo como recurso y como contenido y hacerlo a partir de unos buenos fundamentos.

RELATOS SOLICITADOS Y NO SOLICITADOS

Algunos relatos nativos no son el resultado de las respuestas de los informantes a las preguntas del etnógrafo: pueden llegar de manera no solicitada. Todo comportamiento humano tiene una dimensión expresiva. Las adaptaciones ecológicas, la ropa, los gestos y las maneras, todo converge en mensajes sobre la gente. Mensajes que indican el género, el estatus social, la ocupación e incluso la personalidad. De todas formas, el recurso más importante de los relatos es el poder expresivo del lenguaje. La característica crucial del lenguaje es su capacidad de presentar descripciones, explicaciones y evaluaciones de una variedad casi infinita sobre cualquier aspecto del mundo, incluso de sí mismo. Así, ocurre que, en la vida cotidiana, las personas continuamente se cuentan cosas las unas a las otras: discuten sus motivaciones y sus habilidades, describen

«qué ha pasado», realizan desmentidos, se ofrecen excusas y justificaciones unos a otros, por ejemplo. Tales conversaciones nacen principalmente cuando se percibe algún tipo de desajuste entre valores, reglas o expectativas y el curso normal de los acontecimientos (Hewitt y Stokes, 1976). Las conversaciones generadas pueden rectificar las discrepancias o encontrarles alguna explicación, por ejemplo, mediante la categorización de los otros como «estúpidos», «inmorales» o lo que sea.

Los etnógrafos pueden encontrar dichos relatos útiles como fuentes tanto de información directa acerca del lugar como de prueba acerca de las perspectivas, los intereses y las prácticas discursivas de la gente que los produce. Además, existen algunos lugares particularmente apropiados para que el intercambio de relatos entre los participantes tenga lugar; y éstos, a menudo, recompensan con localizaciones para que el etnógrafo las visite. Por ejemplo, Hammersley encontró en la sala de juntas del colegio que estaba estudiando una fuente extraordinariamente rica en la que escuchar los relatos de los profesores acerca de alumnos en particular, sus acciones, «estados anímicos», caracteres y perspectivas, pero también sobre acontecimientos de política nacional. Estos relatos proporcionaban la base para un análisis del marco ideológico en el que los profesores de la escuela trataban de darle sentido a su mundo (Hammersley, 1980, 1981 y 1991b).

Por supuesto, los relatos no sólo se intercambian entre los propios actores, también pueden ser producidos para el etnógrafo. En efecto, especialmente en las primeras fases del trabajo de campo, los actores suelen esforzarse para que el investigador entienda la situación «correctamente». «Contarle al investigador cómo son las cosas» es una característica recurrente del trabajo de campo. Con frecuencia, el objetivo es contraponerse a lo que se supone que otros habrán contado al investigador o a lo que, presumiblemente, serán sus interpretaciones de lo que ha observado (Hammersley, 1980; Hitchcock, 1983).

A veces, los etnógrafos están en disposición de ir mucho más lejos en sus observaciones o en la recogida de relatos no solicitados. El hecho de hacer preguntas puede ser interpretado como algo amenazador, incluso cuando las respuestas que se proporcionan tengan poco valor, como Okely comprendió en su investigación sobre los gitanos:

La experiencia que tienen los gitanos de las preguntas frecuentemente viene dada por sus contactos con foráneos que les ofenden, les persiguen o les intentan convencer de algo. Los gitanos mientan las necesi-

sidades de quien les hace preguntas y dan la respuesta adecuada, dejándolo con la ignorancia intacta. Además, los gitanos pueden ser del.beradamente incoherentes. [...] El mero hecho de preguntar merece, bien una respuesta evasiva e incorrecta, bien una mirada inexpresiva. Era más productivo deambular por los alrededores que alzarles en plan inquisitorial. Yo participaba como observador. Hacia el final del trabajo de campo me forcé a realizar algunas preguntas pero, invariablemente, las respuestas no eran satisfactorias, excepción hecha de un pequeño grupo con el que tenía más confianza. Incluso entonces, las respuestas escaseaban cuando se notaba que mis preguntas ya no obedecían a una dinámica espontánea y hacían inviable otras formas de conversación.

(Okely, 1983, pág. 45)

La experiencia de Agar fue similar en su investigación sobre la adicción a las drogas, aunque la naturaleza amenazadora de las preguntas no fuera la única razón que los encuestados evitaran:

En las calles aprendí que no hay que hacer preguntas. Existen, como mínimo, dos razones para tener en cuenta esta regla. Una se debe a que la gente se arriesga a ser detenida por la policía o a ser estafada o robada en la calle. Preguntas sobre tu comportamiento también te las pueden hacer para saber si te pueden arrastrar o para descubrir cuándo y de qué manera vas a participar en un reparto de dinero o de heroína. Es más, si no vemos la conexión directa entre las preguntas y estos riesgos es porque todavía no hemos entendido el «juego» de quién pregunta.

La segunda razón para no realizar preguntas es que no debes tener necesidad de preguntar. Si eres aceptado en las calles significa que tienes que estar al día, y estar al día significa estar bien informado, y estar bien informado significa ser capaz de entender lo que está ocurriendo con la única ayuda de indicios mínimos. Preguntar algo es mostrar que no eres aceptable y esto crea problemas justo cuando acabas de ser presentado a alguien.

(Agar, 1980, pág. 456)

Aunque a veces hay que sacrificar las preguntas, otras veces es posible superar la resistencia mediante la modificación de la manera de preguntar. Lerner (1957) recoge las reacciones defensivas que encontró cuando empezó a realizar entrevistas a miembros de la élite francesa, y la estrategia que utilizó para superarlas:

Nuestras primeras aproximaciones a los entrevistados eran modestas, tentadoras, apoloéticas. La técnica de la prueba y el error (lo que

a los franceses les gusta llamar «empirismo anglosajón») finalmente produjo una fórmula de trabajo. El entrevistador decía a cada entrevistado potencial que su instituto estaba llevando a cabo una investigación sobre la élite francesa. Como los franceses no suelen responder rápidamente a los cuestionarios, continuaba: «Estamos buscando el consejo de personas cualificadas: si es tan amable, ¿le importaría ayudarnos a revisar el cuestionario que nos proponemos usar y concedernos el beneficio de su crítica? Respondiendo podrá ayudarnos a detectar el tipo de respuestas más propensas a encontrar la resistencia de los franceses; qué cuestiones pueden conducir a respuestas ambiguas o evasivas porque tal vez no sean bien interpretadas; y qué cuestiones pueden ser cambiadas de forma que las respuestas sean más reflexivas y menos estereotipadas».

Enredando al entrevistado en el papel del experto consultor, le dábamos la oportunidad de practicar su afición íntima favorita: generalizar sobre los franceses.

(Lerner, 1957, pág. 27)

Como podríamos esperar, dada la influencia del naturalismo, no es raro que los etnógrafos vean los relatos solicitados como «menos válidos» que aquellos producidos entre los actores en «situaciones que ocurren de manera natural». Así, por ejemplo, Becker y Geer (1960) dicen que es importante asegurarse de que las conclusiones sobre las perspectivas de los actores no estén basadas únicamente en entrevistas formales, ya que pueden estar viciadas por las reacciones a la entrevista, mediante los efectos de las preguntas del investigador respecto a lo que se ha dicho. Existe una tendencia entre los etnógrafos a favorecer las entrevistas indirectas en las que el entrevistado habla cuanto quiere y en sus propios términos. Aquí el objetivo es minimizar, en la medida de lo posible, la influencia del investigador sobre lo que se ha dicho, para facilitar así la expresión abierta de la perspectiva nativa de la realidad.

Realmente, es cierto que la influencia del investigador en la producción de información es una cuestión fundamental, pero es engañoso verlo simplemente como una especie de sesgo que debe eliminarse. Por una parte, ni la entrevista no dirigida ni la confianza en los relatos no solicitados resuelven el problema. Hargreaves y otros (1975) recogen las dificultades con las que se enfrentaban al desarrollar una forma no dirigida de extraer información de los profesores sobre los acontecimientos de clase:

Nuestro principal método era observar la lección y extraer de esas observaciones las expresiones y acciones del profesor en relación con actos de desviación [...] En una fase posterior, dábamos al profesor el resultado de nuestras observaciones sobre sus reacciones, con el fin de que nos diera su opinión sobre lo que había dicho. [...] Frecuentemente nos limitábamos a recoger lo que el profesor había dicho, y éste se mostraba dispuesto a hacer comentarios sin que le hiciésemos preguntas directas. En otras ocasiones le preguntábamos por qué había hecho o dicho alguna cosa determinada.

(Hargreaves y otros, 1975, pág. 219)

Estos autores comentan que, incluso cuando no se realizaba ninguna pregunta, los profesores contribuían con lo que para ellos era una «respuesta apropiada, razonable y llena de sentido a una pregunta no realizada» (Hargreaves y otros, 1975, pág. 220).

De hecho, incluso cuando el profesor no desempeñaba ningún rol en la creación del relato, uno nunca podía estar seguro de que su presencia no fuera una importante influencia. Por ejemplo, cuando el investigador no forma parte de la interacción sino que es un simple oyente, su presencia puede seguir teniendo efecto. A veces la influencia es demasiado obvia, como se ve en esta nota de campo extraída de una conversación en la sala de profesores de una escuela secundaria:

(El investigador está sentado en un sillón leyendo un periódico. Dos profesores, Walker y Larson, están enfrascados en la siguiente conversación.)

LARSON: Deberías ser delegado sindical de la Unión Nacional de Profesores.

WALKER: Sólo estoy en la UNP por una razón.

LARSON (*mirando intencionadamente al investigador*): Por si acaso te cogen pegándole a alguien.

WALKER: Exactamente.

(Hammersley, 1980)

Por supuesto, la influencia del investigador puede ser eliminada mediante la adopción del rol del «totalmente observador» o del «totalmente participante», pero eso no sólo plantearía serias restricciones al proceso de recogida de información, sino que tampoco garantizaría que ésta fuese «información verdadera». El problema

de las relaciones que se producen ante el investigador forma parte de un fenómeno más amplio que no puede ser erradicado: el efecto auditorio, y el contexto general sobre lo que la gente dice y hace. Todos los relatos deben ser interpretados en términos del contexto en el que son producidos. Así, Dean y Whyte (1958) afirman que en vez de preguntar, por ejemplo, «¿Cómo puedo saber cuándo el informante está diciendo la verdad?», deberíamos atender a lo que el informante nos revela sobre sus sentimientos y percepciones, y a las inferencias que, a partir de esos relatos, pueden hacerse sobre el medio y los acontecimientos que está viviendo. No debemos intentar recoger información «pura», libre de cualquier sesgo. No existe tal cosa. El objetivo debería ser, más bien, descubrir la manera de interpretar correctamente cualquier tipo de información que caiga en nuestras manos.

Por supuesto, esto no quiere decir que el método empleado para recopilar información no tenga ninguna importancia. Minimizar la influencia del investigador no es la única, ni necesariamente la más importante, consideración que se debe realizar. Si entendemos cómo influye la presencia del investigador en la información obtenida, seremos capaces de interpretar los datos de acuerdo con esto, y ganaremos importantes elementos que nos permitirán desarrollar y probar los elementos de nuestro análisis emergente.

No existe, por lo tanto, razón alguna para que los etnógrafos se avergüencen de hacer entrevistas, cuando esto es posible. Hacer entrevistas puede ser una fuente muy importante para obtener datos: puede permitir la obtención de una información que sería muy difícil, si no imposible, conseguir de otro modo: tanto respecto a acontecimientos descritos como sobre perspectivas y estrategias discursivas. Y, por supuesto, una considerable parte de la investigación cualitativa descansa en gran medida, si no enteramente, en las entrevistas para obtener información, en particular en los trabajos sobre historias vitales (Bertaux, 1981; Plummer, 1983).

Al mismo tiempo, podría señalarse que existen diferentes ventajas en combinar la observación participante con las entrevistas; en particular, la información obtenida en cada una de esas opciones puede ser utilizada para iluminar a la otra. Como señala Dexter a partir de su investigación sobre el Congreso de Estados Unidos, la experiencia de uno como observador participante puede tener un efecto importante en cómo se interpreta lo que la gente dice en las entrevistas:

[En mi investigación] algunas veces parecía que confiaba demasiado en las entrevistas, pero de hecho estaba viviendo en Washington y pasaba la mayoría de mi tiempo «libre» en los despachos del Congreso, veía frecuentemente a los asistentes de los congresistas y a las secretarías, trabajaba en otros temas con varios grupos estrechamente relacionados con las actividades del Congreso (grupos de presión y colaboradores), había participado en bastantes campañas para elegir a los congresistas, había leído extensamente sobre la historia y las tradiciones de comportamiento del Congreso, y tenía relaciones personales con políticos locales en varios distritos electorales. Todos estos factores hacían que mi análisis de las entrevistas fueran de alguna manera verosímiles. Y, tal como lo veo ahora, esas entrevistas solían adquirir significado a partir de las observaciones que realizaba mientras esperaba en los despachos del Congreso; observaciones de otros visitantes, del personal de la administración, etcétera. Y, finalmente, lo más importante de todo, confrontaba y volvía a confrontar entre sí las entrevistas realizadas con grupos de apoyo, grupos de presión y los propios congresistas. Sin embargo, en el libro, no aparece nada de todo esto; en realidad justo ahora, en 1963, me doy cuenta de cuánto influían esos factores en lo que «escuchaba».

(Dexter, 1970, pág. 15)

Puede ocurrir lo contrario: lo que la gente dice en las entrevistas nos puede llevar a ver las cosas de forma diferente, como Woods ilustra, estudiando su investigación sobre alumnos de escuelas de secundaria. La manera en que los alumnos hablaban sobre el aburrimiento le mostraba la forma en que ellos lo vivían:

Uno de mis recuerdos más fascinantes de toda la experiencia acumulada en la escuela son las conversaciones que mantenía con los alumnos en las que ellos me hablaban sobre el aburrimiento. Ellos conseguían transmitir, en pocas palabras, años de insostenible hastío que se les habían infiltrado en los huesos. «Aburrido», «aburrimiento», «esto es muy a-bu-rrí-do», eran expresiones de gran riqueza expresiva. Esta palabra, me doy cuenta ahora, era onomatopéyica. Ya no podía asistir a las clases en su compañía sin que yo mismo sintiera el aburrimiento al que ellos se referían. Me miraban de vez en cuando desde el fondo de la clase con una expresión de fastidio en el rostro, y yo sabía exactamente lo que estaban sintiendo. Esto me proporcionó una base para entender la vida escolar de un grupo de alumnos.

(Woods, 1981, pág. 22)

Cualquier decisión acerca de si utilizar o no entrevistas, únicamente o junto a otras fuentes de información, debe ser tomada en el contexto del propósito de la investigación y de las circunstancias en las que será llevada a cabo. Y aquí, como en cualquier otra cuestión, no existen decisiones buenas o malas, sólo mejores o peores; y a veces, esto sólo puede reconocerse con una mirada retrospectiva. Lo que importa recordar es que diferentes estrategias de investigación pueden producir información distinta, y por lo tanto, quizá, diferentes conclusiones.

ENTREVISTAS ETNOCRÁFICAS: LA SELECCIÓN DE INFORMANTES

Un asunto crucial que surge una vez que ha sido tomada la decisión de recopilar datos mediante entrevistas es: ¿a quién debo entrevistar? A veces, particularmente en el contexto de una observación participante, la gente se selecciona a sí misma o a otros para ser entrevistados, como Cannon descubrió en su investigación sobre el cáncer de mama:

Liz me dijo que creía que Yvonne estaba preparada para otra entrevista: «No ha dejado de hablar en todo el fin de semana». Un buen número de veces, las mujeres me pedían que las atendiera porque «necesitaban a alguien con quien hablar» acerca de su situación.

(Cannon, 1992, pág. 171)

Aquí la línea de fuerza fue el valor terapéutico de las entrevistas, pero la autoselección para las entrevistas puede suceder por otras razones. Más obviamente, puede surgir allí donde los etnógrafos animan a sus informantes a actualizarse, esperando que éstos inicien los contactos para proporcionar alguna noticia:

Uno de mis informantes clave, Sylvia Robinson, siempre venía a decirme lo que iba a suceder en la escuela. Me dijo lo que sucedería cuando yo me hubiera ido, hablamos acerca de aspectos de la política de la escuela que habían sido debatidos en las reuniones del colegio a las que yo no pude acudir, aportando detalles concretos de los profesores. Además, siempre me ponía al día a mí y a otros profesores acerca de los últimos chismorreos que corrían por la escuela.

(Burgess, 1985c, págs. 149-150)

Dichos informantes son de considerable utilidad para el etnógrafo, y las «entrevistas» con ellos pueden iniciarse por cuenta propia.

Los porteros u otras figuras influyentes en el campo a veces intentan seleccionar a los entrevistados por el etnógrafo. Esto puede estar motivado por la buena fe de intentar facilitar la investigación, o estar guiado por la intención de controlar sus conclusiones, como le sucedió a Evans en su estudio sobre una escuela para sordos:

Con el paso del tiempo, aprendí de otro administrador que el señor Gregory [el director de la escuela] requeriría definitivamente un tratamiento muy cuidadoso. Este hecho salió a la luz cuando le pregunté al primero si podría indicarme algunas personas en el campus del instituto. La ingenuidad de la pregunta y las dimensiones políticas de mi trabajo se apreciaron enseguida en su respuesta: «No, no podría hacer eso. El señor Gregory te enviará a aquellos que él crea convenientes. Si intentas cualquier entrevista sin su aprobación y conocimiento, entonces él te atará en cierto». [...]

Días después, Gregory se encontró conmigo otra vez y anunció: «Hemos seleccionado para ti a la *crème de la crème*». O sea, habían seleccionado cuidadosamente a cuatro profesores para las entrevistas.

(Evans, 1991, págs. 170-171)

En la autoselección de bienvenida, y quizá incluso en la selección por parte de otros, el etnógrafo debe mantener la libertad de movimientos para escoger candidatos a sus entrevistas. De otro modo existe el grave peligro de que la información recogida esté equivocada en aspectos importantes, y el investigador no podrá comprometerse con una investigación estratégica para recopilar información que es esencial para una aproximación reflexiva. Sin embargo, ganar el acceso a los informantes puede ser bastante complejo, a veces tan difícil como la negociación del acceso al lugar. De hecho, tal vez resulte necesario negociar con los porteros antes de poder contactar con la gente que uno quiere entrevistar:

Si pretendía que la muestra de las esposas de los soldados de la marina fuera amplia, era esencial que la cooperación de las autoridades navales estuviese asegurada. [...] La Royal Navy había manifestado su voluntad de cooperación y su apoyo, así como el acceso a sus listados de personal. [...] Esto no fue algún tipo de amable formalidad espontánea sino el fruto de una serie de delicadas negociaciones. [...]

La investigación sobre el personal de servicio topó inevitablemente con problemas de seguridad. Por lo tanto, difícilmente nos hubiese sor-

prendido que la Royal Navy no pusiera reparos acerca de que alguna organización tuviera acceso a sus archivos de personal. El acceso a dichos archivos era limitado, incluso dentro de la Royal Navy, y no estaban pensados para ojos ajenos. Pero existía un problema adicional. El Comité de Ética de la Royal Navy había desarrollado reglas en el pasado, me dijeron, para proteger el estatus civil de las esposas de los soldados; no se podía tener contacto con ellas, ni por parte de civiles ni de autoridades navales, sin permiso de sus maridos. Aunque la Navy estaba interesada en el valor consultivo de [...] una investigación externa, inicialmente estos problemas parecían un escollo. Finalmente, sin embargo, se consiguió un compromiso y se envió un listado de todo el personal en la región administrativa del Área de Occidente a la sección de los Servicios Familiares del alto mando naval local. No estaba permitido extraer de ella nombres o direcciones, pero todas las respuestas al cuestionario de control y las posteriores invitaciones para entrevistas fueron devueltas por el Politécnico. Esto significaba que contactar con las mujeres era algo pesado y lento, pues su anonimato estaba protegido por las regulaciones de la Navy sobre seguridad.

(Chandler, 1990, pág. 124)

Incluso cuando los porteros no están involucrados, identificar y contactar con los entrevistados tal vez no sea una cuestión sencilla, como Shaffir comprendió en su investigación sobre la gente perteneciente a los grupos judíos izquierdistas ultraortodoxos. Su esperanza era que, habiendo identificado a uno o dos *haredim*, éstos podrían proporcionar los nombres de otros, para producir un efecto de «muestreo bola de nieve»; pero este plan inicial se vio frustrado:

Aprendí rápidamente que no existía un marco institucional en el que localizar a dichas personas. Así pues, preparé un encuentro con una periodista que recientemente había escrito un sensible artículo sobre el tema y que afirmaba haber localizado a gente que había respondido a sus preguntas mediante un anuncio en su periódico invitando a miembros *haredim* a contactar con ella. El parecido anuncio que yo inserté me reportó un único individuo que afirmaba no conocer a nadie más que a sí mismo. Aunque no me llevó a posteriores contactos, mi conversación con él me sensibilizó con el dolor, la angustia y la desesperación que caracterizaban su salida del mundo ultraortodoxo; un tema central en el relato de todos los miembros *haredi* que conocí poco después.

La técnica de la bola de nieve que había sido tan efectiva para conocer a hasídicos y captar nuevos objetivos de observación judíos no había tenido el mismo efecto en el proyecto de los *haredi*. Los *ex haredim*

con quienes me encontré sospechaban que existían otros en su situación, pero no sabían dónde encontrarlos. Aunque al principio sospeche de esta afirmación, gradualmente empecé a apreciar el creciente número de miembros *haredim* que habían cortado con su círculo anterior y que sabían muy poco, o nada, acerca de otros individuos que hubiesen salido de él recientemente. La importante excepción fue Cham. [...] Al final de la conversación que mantuvimos, le pregunté si conocía a otros como él con los que yo pudiera citarme. «Sí, conozco a algunos», me contestó. «Tengo nombres y números de teléfono. ¿Con cuánta gente quieres encontrarte?»

(Shaffir, 1991, pág. 76)

A veces la dificultad de acceder a los informantes determina quién podrá o no ser entrevistado. Pero habitualmente existe una posibilidad de realizar entrevistas potenciales, y entonces las decisiones deben girar en torno a cuántos hay que entrevistar y a quiénes. Estas decisiones no deben tomarse de una vez; habitualmente el trabajo etnográfico se suele hacer de manera recurrente. Pero, por supuesto, al hacerlo el investigador debe tener en cuenta el tiempo y los recursos que están a su disposición y los costes que supondrá cada diferente decisión. En los trabajos sobre historias de vida puede haber un solo informante, al que se entrevista repetidas veces. Es más habitual que los etnógrafos entrevisten a un grupo de personas, pero algunas de ellas necesitarán más de una entrevista, debido, por ejemplo, al interés en trazar unos modelos que cambian con el tiempo, o porque se descubra una mayor información, o sea necesario controlar previamente la información suministrada.

Los criterios según los cuales los etnógrafos escogen a determinadas personas para ser entrevistadas pueden variar considerablemente, incluso en el transcurso de un mismo proyecto de investigación. En la investigación mediante encuestas la intención es encontrar un ejemplo representativo. Y a veces éste es también el objetivo en la investigación etnográfica, aunque lo usual es que las muestras vengan *de dentro*, más que por *acumulación* de casos (véase el capítulo 2). Cuando se estudia una gran organización, uno tal vez no tenga ni tiempo ni recursos para entrevistar a *todos* los que tienen un rol concreto, y entonces puede intentar seleccionar una muestra de ellos que sea representativa.

Al hacer esto, la aproximación puede parecerse a la de una investigación mediante encuestas, seleccionando una considerable

cantidad de muestras al azar, o una muestra estratificada que tiene en cuenta la heterogeneidad entre los miembros de la población. Sin embargo, dicho muestreo sistemático requiere la existencia de unos límites relativamente claros acerca de la población, y la existencia y disponibilidad de un listado completo de sus miembros. Dichas condiciones se podrían dar en el contexto de ciertas organizaciones, pero tal vez no sea posible en otros ámbitos. De la misma forma, a menudo no se dispone, sencillamente, del tiempo suficiente para hacer un gran número de entrevistas. En dichas circunstancias, el investigador tendrá que seleccionar a los entrevistados como mejor pueda con el fin de conseguir casos representativos; tal vez sea posible comprobar el éxito de esta empresa preguntando a los informantes sobre su juicio acerca de qué visiones son o no representativas, y/o al comparar las características de la muestra con lo que se conoce acerca de la población como un todo.

Sin embargo, una muestra representativa de informantes no siempre es lo que necesita la investigación etnográfica. Esto es así particularmente cuando el asunto principal está relacionado con la recogida de información más que con la documentación de perspectivas o prácticas discursivas. Aquí el objetivo es, a menudo, centrarse en aquellas personas que disponen del conocimiento deseado y que tal vez deseen transmitirlo al etnógrafo. Identificar a dichas personas requiere que uno se mueva según unos supuestos sobre la distribución del conocimiento y sobre los motivos de aquellos que tienen roles diferentes. Dean y otros proporcionan un elaborado ejemplo del tipo de pensamiento que puede ocultarse tras dichas estrategias de selección de entrevistas:

1) *Los informantes que son especialmente sensibles al área de interés.*

El foráneo que ve las cosas desde el punto de vista de otra cultura, clase social o comunidad, etcétera.

El novato que se sorprende con las cosas que ocurren y percibe las que el nativo elude porque las da por naturales y que, además, no tiene vínculos con el sistema para intentar protegerlo.

El que está en transición de un estatus a otro y que vive especialmente la nueva experiencia.

La persona que de por sí es naturalmente reflexiva y objetiva. A veces es señalada por otra parecida a ella.

2) *Los informantes que desean informar.*

Debido a su tradición o estatus, algunos informantes están más dispuestos a hablar que otros.

El informante ingenuo que no es consciente de lo que está diciendo exactamente. Puede ignorar lo que el investigador representa o desconocer la relevancia que tiene para su grupo la información que da.

La persona frustrada que está descontenta y se rebela, especialmente aquella que es consciente de sus límites y sus impulsos.

Los que han perdido poder pero todavía están informados. Algunos de los que detentan posiciones de poder y están dispuestos a hablar mal de sus antecesores.

Las personas con experiencia y una situación consolidada que no corren peligro por lo que otras personas digan o hagan.

La persona necesitada, que se aferra al entrevistador porque ambiciona alguna atención o apoyo de éste. Hablará en función de que el entrevistador satisfaga sus necesidades.

El subordinado que debe adaptarse a sus superiores. Generalmente desarrollará interpretaciones que amortigüen el impacto de la autoridad; puede ser hostil y «perder la calma».

(Dean y otros, 1967, pág. 235)

En líneas similares, en su investigación sobre la creación de políticas de investigación educacional, Ball (1994) señala que muy pronto descubrió que entrevistar a ministros actuales tenía un valor limitado, y que concentrarse en aquellos que habían dejado el cargo era una estrategia más efectiva, debido a que se sentirían más libres a la hora de proporcionar información interna. Los informantes también se pueden ser seleccionados basándose en lo que Glaser y Strauss (1967) denominan «el muestreo teórico», escogiendo aquellos testimonios que parecen más apropiados para desarrollar y probar ideas analíticas emergentes.

A quién se entrevista, cuándo y cómo suele ser habitualmente decidido en tanto que avanza la investigación, de acuerdo con el asentamiento del estado de conocimiento del etnógrafo y con juicios que tienen en cuenta el desarrollo futuro más apropiado. Por supuesto, no se podrá entrevistar a todos los que desea el investiga-

dor. Incluso realizar las principales entrevistas deseadas tomará un tiempo considerable, y el hecho de obtener una entrevista puede implicar algún coste. El relato que se consiga con ello no siempre será iluminador, como señala Thomas a partir de su investigación sobre los altos ejecutivos:

A menos que dispongas de cierto tipo de influencia con la que llamar su atención, las oportunidades de las que dispones te servirán sólo para la mitad de tiempo que crees necesario. Los periodistas que conozco aceptan pasar una hora con un ejecutivo; pero los periodistas disponen de unas influencias que la mayoría de sociólogos no tiene. Un redactor del *Wall Street Journal* o de la revista *Fortune* puede, al principio, sugerir que no hablarán bien —o que no dirán nada (lo que puede ser peor)— si no se les permite acceder hasta el ejecutivo que desean entrevistar. Incluso entonces, si tienes treinta minutos, puedes darte cuenta de que la urgencia o algo más importante golpea tu agenda. Una vez que cruzas la puerta, puedes encontrarte con que el ejecutivo no se molesta en responder a las preguntas o bien tiene un guión que le gusta repetir. Todas estas cosas suelen suceder (y me han sucedido a mí) después de pasar meses y gastar cientos de dólares para llegar, en primer lugar, hasta la oficina del ejecutivo.

(Thomas 1993, págs. 82-83)

Junto a alguna otra táctica de recogida de datos, la calidad y la relevancia de la información producida por las entrevistas puede variar considerablemente, y no siempre es predecible. La selección de informantes debe basarse en los mejores juicios que uno pueda realizar según las circunstancias. Sin embargo, tal vez resulte necesario revisar esos juicios según la experiencia.

ENTREVISTAS COMO OBSERVACIÓN PARTICIPANTE

Las entrevistas en la investigación etnográfica abarcan una serie de conversaciones espontáneas e informales en lugares que han sido utilizados para otros propósitos, para encuentros trazados formalmente en lugares determinados alejados de la posible escucha de otras personas. En este caso la línea divisoria entre la observación participante y las entrevistas es difícil de discernir. En el caso de las entrevistas formales es más obvio. Aquí el entrevistador representa un lugar distinto, y a partir de ahí se sigue que las comprensiones del participante-muestra tal vez no sean aquellas que

subyacen en el comportamiento en todas partes (Silverman, 1973). Este problema ha sido subrayado en la investigación sobre las categorizaciones de estudiantes que realizan los profesores. Hargreaves y otros (1975), utilizando la observación y las entrevistas formales, presentaron un retrato de las categorizaciones de los profesores como elaboradas e individualizadas. Woods (1979) cuestionó su relato arguyendo, en parte, que sus datos eran producto de la situación de las entrevistas y de su propia orientación analítica. Él afirma que los profesores no podrían operar según criterios tan elaborados e individualizados dado el gran número de alumnos existentes en las clases de enseñanza secundaria con que los profesores se enfrentan todos los días. Independientemente de los méritos que tenga cada argumentación, lo que es importante destacar aquí es la problemática de relacionar perspectivas producidas en entrevistas y acciones producidas en otras situaciones (Hargreaves, 1977).

En cualquier caso, como hemos sugerido anteriormente, lo distinto de la situación de la entrevista no debe ser exagerada y puede verse más como un recurso que como un problema. Igual que el impacto del observador participante sobre la gente observada no es simplemente una fuente de prejuicios, lo mismo vale para el entrevistador. Puesto que el objetivo de la etnografía no es simplemente proporcionar descripciones de lo que ha ocurrido en un lugar determinado durante un período de tiempo, existen ventajas positivas en someter a la gente a estímulos verbales diferentes de los que prevalecen en los ambientes a los que están acostumbrados. Es decir, si la comparamos con los acontecimientos «normales» de un lugar, la «artificialidad» de la entrevista nos permite entender cómo se comportarían los actores en otras circunstancias, por ejemplo, cuando cambia su posición o cuando el propio lugar cambia. El trabajo de Labov (1969) sobre la «lógica del inglés no estandarizado» ilustra esto cuando Labov compara entrevistas en las que el entrevistador adopta diferentes papeles. Podríamos esperar que la entrevista formal donde un niño negro proporciona respuestas monosilábicas, aunque no sea un indicador fiel de sus recursos lingüísticos, refleja cuál es su comportamiento en circunstancias similares, tales como entrevistas con abogados y trabajadores sociales, o las clases en la escuela. Puede ser que mediante la modificación de las características situacionales de la entrevista podamos identificar los aspectos de la situación que estimulan determinadas respuestas.

Así pues, en tanto que es cierto que las perspectivas señaladas en las entrevistas no proporcionan acceso directo a cierta base cog-

nitiva y de actitud a partir de la cual se deriva el comportamiento de la persona en lugares «naturales», tal vez puedan aclarar dicho comportamiento. De manera similar, a pesar de que no debemos tratar la validez de los relatos de la gente o sus actitudes, sentimientos, comportamiento, etcétera, como algo más allá de toda posible duda, como una privilegiada fuente de información, no existe razón para desestimarla como algo sin valor alguno, o incluso tratarla como algo que tiene valor sólo para mostrar las perspectivas o las estrategias del discurso.

Las diferencias entre la observación participante y las entrevistas no son tan grandes como a veces puede parecer. En ambos casos necesitamos tener en cuenta el contexto y los efectos del investigador. Existen también otros paralelismos. Ambos, el observador participante y el entrevistador necesitan crear una relación de comunicación. Cuando se desea entrevistar a gente con la que uno ha establecido ya una relación mediante la observación participante, se necesita poco trabajo extra. Pero cuando la investigación no tiene un componente de observación participante, o cuando la persona ya ha sido entrevistada, la labor de crear una relación de comunicación es importante. Gran parte de lo que hemos escrito en los capítulos anteriores acerca de crear relaciones en la observación participante se puede aplicar aquí también. Las características personales del investigador, y cómo éstas influyen en aquellos que entrevista, pueden ser importantes, aunque sus efectos nunca se pueden determinar por completo. Y ellos pueden estar controlados hasta cierto punto por la presentación propia del entrevistador. Measor (1985), por ejemplo, indica el cuidado que tuvo para escoger la vestimenta apropiada cuando realizó entrevistas sobre la vida de los profesores. Esto significa vestir diferentes ropas en relación, por ejemplo, con la edad del profesor escogido. Measor también señala los intereses compartidos y las experiencias biográficas y, de hecho, desarrolla nuevos intereses, para facilitar el proceso de la entrevista. En la observación participante, y también en las entrevistas, puede ser necesario tener cuidado con nuestra imagen para evitar la atribución de identidades perjudiciales y fomentar aquellas que facilitan una relación de comunicación.

Sin embargo, crear una relación de comunicación no basta, también es necesario establecer y mantener la situación de la entrevista en sí. Éste es un problema potencial cuando se trata de una entrevista a personas relativamente poderosas:

Las élites suelen ser acusadas y estar acompañados por gente que los defiende. También se les suele preguntar acerca de lo que piensan y de lo que piensan sobre otras personas. Estos hechos sociales pueden ser un punto diferencial en la investigación y estar abiertamente relacionados con el establecimiento de una relación de comunicación positiva. [...] Creo que es importante para el entrevistador establecer algún control visible de la situación desde el principio, incluso si el entrevistado pierde momentáneamente el equilibrio. Esto llamó mi atención especialmente en una ocasión: cuando un miembro de la junta de una obra benéfica para la Familia y los niños que yo estaba estudiando me pidió que me reuniera con él a las siete y media de la mañana para hacerle una entrevista en el elegante restaurante de un hotel del centro de la ciudad en el que cada mañana tenía una mesa reservada a su nombre para desayunar. Yo acepté y le pregunté a un amigo cómo debería conducir la cita desde el comienzo —para mí mismo tanto como para él—, lo que iba a estructurar la situación social en la que nos íbamos a encontrar, incluso aunque estuviéramos claramente en su territorio y no en el mío. Mi amigo me sugirió que empezara llegando pronto y que estuviera ya sentado a su mesa cuando él llegara. Esto me proporcionaría algo de tiempo para acostumbrarme al espacio y hacerlo mío de algún modo antes de que llegara. Funcionó. Apareció al cabo de un rato y empezó mostrándose respetuoso respecto a mí y a mis intereses de investigación. Fue una entrevista exitosa, franca y sustancial.

(Ostrander, 1993, págs. 19-20)

El problema de establecer el contexto de la entrevista puede surgir también en otros ámbitos que no sean el del estudio de las élites, como Currer (1992) comprobó en sus intentos de entrevistar a las mujeres pathan, que insistían en realizar la entrevista como si se tratara de una ocasión social. Y, como muestra el ejemplo, se trata de un problema que no siempre es fácil de resolver.

Los primeros minutos de una entrevista pueden ser particularmente significativos para establecer su naturaleza y tono. En ese punto, puede producirse algún tipo de negociación implícita, o incluso explícita, acerca de la forma que adquirirá la entrevista. Un elemento que suele formar parte de esto será la información ofrecida por el investigador acerca de las razones de la entrevista, además de asegurar la confidencialidad y el derecho del entrevistado a negarse a responder determinadas preguntas. La charla puede también tener lugar en esa fase, quizá mientras se toma una decisión acerca de cómo sentarse, dónde colocar la grabadora (si se utiliza), etcétera.

La forma como se comporte el entrevistador mientras el informante habla puede ser también muy importante. Este último a menudo busca algún tipo de indicación o bien desea saber si las respuestas proporcionadas son apropiadas, y también quizá algún signo que indique una reacción con la que se le juzgue. Generalmente, por lo tanto, el entrevistador necesita aportar indicaciones claras de aceptación. Igualmente importantes son los signos que el etnógrafo extrae de lo que se está diciendo, y aquí las respuestas apropiadas por su parte son esenciales. Como señala Measor, ¡Dios prohíbe que uno no se ría si el informante cuenta un chiste! Esto destaca un importante mecanismo en las entrevistas etnográficas: que dentro de los límites del contexto de la entrevista, el fin es facilitar la conversación, ofrecer al entrevistado un trato más libre, para hablar en sus propios términos, que en el caso de las entrevistas estandarizadas.

Frecuentemente, el investigador es la única «otra» persona presente en la entrevista, y la garantía de confidencialidad implica que nadie más escuchará nunca lo que el informante ha dicho de modo que se le pueda atribuir. Bajo estas circunstancias, los informantes pueden desear divulgar información y expresar opiniones que no aportarían estando frente a otras personas. Sin embargo, esto no significa que esta información sea necesariamente verdadera, o que las opiniones que presenta sean más genuinas, un reflejo más auténtico de sus perspectivas, que lo que dice en otras ocasiones. Que lo sea o no, ésa es la cuestión, y en qué sentido es cierto, dependerá en parte de cómo sus orientaciones hacia los otros, incluyendo al investigador, estén estructuradas. Además, los informantes a menudo saben que, en cierto sentido, ellos están «hablando para la posteridad», y esto también tendrá un efecto sobre lo que dicen y cómo lo dicen. Ellos pueden dudar de la asegurada confidencialidad del etnógrafo e intentar utilizarlo para «filtrar» información.

A veces, por supuesto, los etnógrafos conducen las entrevistas en lugares en los que hay otras personas presentes, y aquí la cuestión de la audiencia es incluso más complicada. En determinadas ocasiones la presencia de otros no puede evitarse, como explica Lee:

Siempre que fue posible, las parejas fueron entrevistadas por separado, pero fue imprescindible hacer entrevistas conjuntas en cierto número de casos. En particular con algunas de las parejas casadas más recientemente que vivían en pequeños apartamentos. Me habría parecido embarazoso pedirle a uno de los miembros de la pareja que espe-

rara en otra habitación —habitualmente el dormitorio— mientras entrevistaba al otro.

(Lee, 1992, pág. 136)

Chandler tuvo el mismo problema en su estudio sobre las esposas de los soldados de la Navy, y esto produjo un significativo efecto:

Aunque fijaba los encuentros para entrevistar sólo a las mujeres, en dos ocasiones los maridos estuvieron presentes. Su presencia transformó la entrevista; el marido alteraba las preguntas y las respuestas de la esposa y, a veces, respondía él. Incluso cuando no hablaba comunicaba lo que sentía mediante lo que entendemos como lenguaje corporal y sus reacciones dirigían las réplicas de la mujer.

(Chandler, 1990, pág. 127)

Sin embargo, dichas intervenciones no siempre son necesariamente contraproducentes, como indica Hunter. Durante una entrevista que estaba manteniendo con un agente de policía en su casa, en un acomodado suburbio de Chicago, la mujer del mismo entró en escena:

Después de escuchar brevemente como observadora, empezó a añadir comentarios a las respuestas de su marido. Lentamente, lo que había sido hasta ese momento una entrevista formal muy centrada acerca de cuestiones políticas, se convirtió en una conversación a tres bandas acerca de personajes particulares dentro de la élite. La esposa añadía «comentarios sociales» acerca de la gente que tenía relación con ellos, respetada o no, y la entrevista se transformó en una «situación de chismorreos» muy informativa y reveladora.

(Hunter, 1993, pág. 48)

A veces, por supuesto, la intencionalidad de los etnógrafos puede manejar las entrevistas con más de una persona a la vez. Además del hecho de que las entrevistas en grupo permiten un mayor número de gente a la que entrevistar, tienen la ventaja de que así la situación en la que se produce la entrevista será menos extraña para los entrevistados y les animará a ser más francos. En particular, esto puede ayudar a superar el problema de la vergüenza y el retraimiento de ciertas personas, como en el caso de Carol, citado por Helen Simons:

ENTREVISTADORA: ¿Sirven de algo estas clases de ayuda para los tímidos o consiguen que éstos destaquen más?

ANGELA: Algunas de estas personas son supertímidas y, de repente, una de ellas te habla, y tú piensas: «¿Qué le pasa?». Supongo que ellas tendrán su opinión en la cabeza y oyen hablar a todo el mundo y deciden que también quieren hablar.

PATRICIA: Carol es muy tímida.

ENTREVISTADORA: ¿No te gustaba hablar?

CAROL: Sólo hablaba cuando me hacían alguna pregunta.

ANGELA: El tipo de conversación en el que únicamente se responde a lo que te preguntan. Cuando la conocí pensé que era muy tímida.

ENTREVISTADORA: Pero ahora hablas cuando quieres dejar claro tu punto de vista.

CAROL: Sí. Cuando creo que alguna cosa está mal, digo lo que pienso.

ENTREVISTADORA: ¿Cuánto tiempo tardaste en superar la timidez?

CAROL: Bien, fue bastante fácil. Nos sentábamos en un círculo y hablabamos entre nosotras. Cada vez me sentía mejor y no me costó mucho, apenas unas pocas clases.

ANGELA: Yo noté que después de tres o cuatro clases Carol comenzó a hablar más.

PATRICIA: Yo hablé en la primera clase.

ANGELA: Yo también.

CAROL: Me molesta cuando la gente dice que eres muy tímida. A mí me gusta escuchar los puntos de vista de otras personas.

ANGELA (a Patricia): Seguro que con tu forma de gritar las aterrorizas.

(Simons, 1981, pág. 40)

Por supuesto, que las entrevistas en grupo resulten relajantes o no para aquellos que encuentran demasiado intimidatoria una entrevista cara a cara depende en gran medida de la composición del grupo. En una entrevista, lo que se dice probablemente variará en función de si el entrevistado es un individuo o un grupo. Por ejemplo, en un grupo el entrevistador encontrará más difícil controlar el tema. Por otro lado, la entrevista a grupos puede ser mejor, ya que los informantes se incentivan unos a otros a hablar —«continúa contándole», «cuéntale cuando tú...»— proporcionando información nueva al investigador, de forma que pueda resultar provechosa para la investigación (Woods, 1979). Douglas empleaba una interesante variación en su estrategia para conseguir que un informante «desvelara los secretos» sobre las casas de masajes:

Hacia tiempo que sabíamos que uno de los principales clientes de la casa de masajes era un abogado local que representaba a la asociación

de las casas de masajes y llevaba el 80% de los casos. Pretendíamos que se abriera a nosotros, así que intentamos sacarle información. Queríamos que quedara de manifiesto que éramos de dentro y que podía confiar en nosotros. Sabíamos que no llegaríamos lejos intentando vencerle verbalmente: «Eh, tío, estamos de tu lado, puedes confiar en nosotros». Él estaba atento ante cada posible trampa que se le pudiera tender desde cualquier ángulo. Tenía que ser manifiesta y físicamente real. Nos hicimos acompañar por dos jóvenes masajistas a la entrevista, de forma que su presencia sirviese para que él viera en qué campo nos situábamos. Cuando fuimos introducidos en el despacho del abogado, llegaron dos empleados que trabajaban en el mismo establecimiento que una de las chicas que estaba con nosotros y tuvieron una reunión allí mismo. (Los investigadores necesitan la suerte tanto como cualquier otro.) Conforme transcurría la entrevista, las dos chicas iban hablando sobre su trabajo. Como ya sabíamos, una de ellas estaba siendo procesada por su trabajo como masajista. Ellos hablaron sobre eso. Ella se quedó impresionada por el abogado y le pidió que le llevara el caso. Al final de la entrevista, el abogado nos dijo que podíamos usar todos sus archivos, hacer fotocopias, usar su nombre para realizar nuestra investigación, acompañarle en el seguimiento de los casos, etcétera. Estábamos seguros de que había cosas que no nos había dicho (y una de las chicas empezó después a trabajar con él para conseguir más información al respecto) pero estaba bastante bien para la primera hora.

(Douglas, 1976, págs. 174-175)

Al mismo tiempo, por supuesto, los efectos de la audiencia deben ser guiados. Woods proporciona un ejemplo de la necesidad de esto para sus entrevistas de grupo con estudiantes de escuela secundaria:

Al añadir obscenidades, los hechos probablemente habrán sufrido alguna distorsión, pero eso es intrínseco a los intentos de hacer reír a los otros. Consideremos este ejemplo:

TRACY: Dianne se cayó de la silla y cuando se estaba levantando se agarró a mi falda. Fue un escándalo, mi falda estaba por debajo de mis caderas y yo me quedé allí, en bragas; fue el momento en que entró el señor Bridge (*cercajadas de las chicas*). Él había estado detrás de la puerta.

KATE: Y le dijo que la iba a suspender.

TRACY: Llamó a mi madre a la escuela, para decirle que yo era una chica horrible.

KATE: «Nadie querrá casarse contigo», dijo la señorita Judge.

TRACY: Oh, sí, la señorita Judge estaba sentada allí: «Nadie quiere casarse contigo, Jones», dijo. Entonces le contesté: «Bueno, de todas formas usted tampoco está casada».
(*Curujada de las chicas.*)

(Woods, 1981, pág. 20)

La posibilidad de distorsión siempre está presente en los relatos participantes, en tanto que (como en el ejemplo de arriba) a menudo se llevan a cabo con propósitos en los que la verdad probablemente no es el principal fin. Por otra parte, las discusiones de grupo pueden proporcionar una considerable visión de la cultura participante: en otras palabras, lo que se pierde en términos de información puede ser compensado por la iluminación que los relatos proporcionan dentro del repertorio de perspectivas y de discursos de los que son entrevistados.

Pollard empleó una nueva variación sobre la manipulación de la audiencia en las estrategias para las entrevistas que él realizó en su investigación sobre la escuela secundaria:

Los niños fueron invitados a formar un equipo de entrevistadores durante la hora de la comida para ayudarme a, como les dije, «descubrir qué es lo que todos los niños piensan de la escuela». Los chavales del grupo acuñaron su propio nombre: «El Departamento de Investigación Moorside»* (MID), y generaron un sentido de importancia propia. Durante el siguiente año, los miembros del MID variaron gradualmente, pero yo siempre intenté equilibrarlos teniendo miembros de todos los grupos. Normalmente, unos seis niños estaban entrevistando en todo momento, y el número total de niños que intervinieron fue trece. [...] Mi intención a la hora de crear un equipo de niños entrevistadores era romper con la reticencia previa de los niños respecto a mí como profesor. Pasé mucho tiempo con los miembros del MID discutiendo el tipo de cosas en las que yo estaba interesado y estableciendo la idea de inmunidad respecto al juicio de los profesores y la confidencialidad. Empezamos entonces a invitar a grupos de niños —de dos, tres o cuatro miembros para aprovechar la intimidad— para que los del MID les entrevistaran en un edificio que no era utilizado durante las horas de la comida. A veces, entrevistaban a sus amigos y otras a niños a los que no conocían muy bien. Inicialmente, intenté no controlar el proceso, sino dejarlo en manos de los niños.

(Pollard, 1985, págs. 227-228)

* Moorside: literalmente, «El equipo del páramo». (Nota del editor.)

De nuevo aquí hay que tener en cuenta los efectos de la audiencia. Y los datos producidos se verán afectados no sólo por los niños entrevistadores, sino también por el papel de Pollard.

Tan importante como saber quién está presente en una entrevista, y quién la conduce, es saber dónde y cuándo tiene lugar. De nuevo, la localización de las entrevistas es algo que el etnógrafo tal vez no esté en disposición de controlar. Dos de las parejas que Lee entrevistó en su estudio sobre matrimonios interreligiosos en Irlanda del Norte sólo accedieron a encontrarse con él

con la condición de que su contacto inicial se realizara en un lugar público, y que ellos tuvieran una descripción física mía pero yo no tuviera una de ellos. De este modo, ellos podrían «echarme un vistazo» y realizar un juicio acerca de la posible amenaza que yo podía suponer antes de decidir si nos conocíamos o no. Obviamente, pasé el examen pues ambas parejas se dieron a conocer y ambas fueron entrevistadas. En ningún caso fui invitado a la casa de alguna de las parejas y cada entrevista tuvo lugar en territorio «neutral», presumiblemente porque las parejas no estaban seguras de que sus direcciones permanecerían anónimas.

(Lee, 1992, pág. 131)

Incluso cuando el etnógrafo está en disposición de decidir dónde tendrá lugar la entrevista, encontrar una localización agradable no siempre es fácil. Burgess señala que en su estudio de una escuela secundaria llevó a cabo las entrevistas en clases y salas departamentales, espacios alejados de la idea de lugar ideal. Otras entrevistas escolares acabaron realizándose en el cuarto de las escobas; y la entrevista más exitosa de Hammersley (1980) con un estudiante tuvo lugar ¡en lo alto del hueco de las escaleras!

Cuando existe alguna posibilidad de localizar el lugar, surgen toda una serie de consideraciones al respecto. Dexter apunta la necesidad de tener en cuenta las distracciones:

Un error que he cometido en varias ocasiones es intentar llevar a cabo una entrevista en un ambiente que no es apropiado para ello. Por ejemplo, un diputado que está fuera de la cámara legislativa y ocupa la mitad de su atención parando a otros colegas para entablar pequeñas conversaciones no es una buena situación para una entrevista, aunque uno puede aprender bastante observándole. No sé si, en el caso de que me enfrentase otra vez con una situación así, tendría el temple de decirle: «Necesito toda su atención...», pero supongo que preguntaría si puedo entrevistarle en algún momento menos inoportuno. Habitualmente, la

mayor dificultad la ofrece un hombre que carece de un despacho privado; como, por ejemplo, los diputados o los asistentes de un ejecutivo cuyo despacho suele estar en el pasillo que conduce al del jefe. En estos casos, preguntaría si existe una sala para conferencias o si se podría tomar un café con ellos, o, en última instancia, quedaría para comer.

(Dexter, 1970, pág. 54)

El «territorio» (Lyman y Scott, 1970) puede tener gran importancia en la forma en que se desarrolle la entrevista, como ilustra la investigación de Skipper y McCaghy (1972) sobre las artistas de *striptease*. Estos autores explicaron que una de las personas entrevistadas les pidió que fuesen al teatro con ella, viesen su actuación e hiciesen la entrevista entre bastidores:

En el escenario su actuación fue extremadamente sexual. Primeramente consistía en acariciarse mientras se quitaba la ropa al mismo tiempo que mantenía conversaciones obscenas con el auditorio. El acto acababa con la artista, completamente desnuda, echada en el suelo con las rodillas levantadas en medio del escenario, acariciándose el clítoris y preguntando a un espectador de la primera fila: «¿Eres tan amable de venir esta noche? ¿Crees que podrás venir otra vez?»

En los bastidores, nos resultaba difícil aparentar indiferencia respecto a su apariencia cuando nos condujo a su camerino. Cuando ella se sentó vistiendo apenas el tanga que llevaba en el escenario y con sus piernas sobre la mesa, estábamos como hipnotizados. Teníamos dificultad hasta para recordar las preguntas que queríamos hacerle, dejando que salieran de nuestras bocas de una manera inteligible. Para aumentar todavía más nuestras dificultades, sentíamos que para la artista era obvio el efecto que estaba teniendo sobre nosotros. Parecía que a ella le gustaba desempeñar ese papel. Durante aproximadamente media hora, ella respondía a nuestras preguntas con una voz que nos parecía bastante sensual, y sus respuestas frecuentemente tenían un segundo sentido. Después de casi cuarenta minutos, de repente dijo, como si hubiera decidido que ya tenía suficiente: «¿No hace un poco de frío aquí? Estoy helada». Se levantó, se puso su quimono, salió del camerino y empezó a hablar con otra artista. Cuando nos dimos cuenta de que no iba a volver supimos que la entrevista había concluido. [...]

Al volver a nuestro despacho para anotar nuestras impresiones, descubrimos que casi no habíamos recogido nada de la información que pretendíamos. Nos habíamos olvidado de muchas preguntas, y las respuestas conseguidas eran inapropiadas. Es decir, no habíamos sido capaces de realizar una entrevista efectiva. Nuestra sólida formación y todos los cursos de metodología sociológica simplemente no nos habían preparado para ese tipo de ambiente de investigación. [...] Estaba

claro para nosotros que la desnudez y la seducción de la *stripper*, y la permisividad que se respiraba en aquel ambiente habían interferido en nuestro rol de investigadores. La entrevistada, y no nosotros, había llevado el control de la interacción; habíamos sido inducidos a practicar su juego, hasta el punto que ella misma tomó la decisión de dar por finalizada la entrevista.

(Skipper y McCaghy, 1972, págs. 239-240)

Como respuesta a esta experiencia, emplazaron a las artistas a realizar entrevistas en un restaurante.

Las características físicas de un contexto y su arreglo pueden tener también un efecto en las respuestas de las entrevistas, como señala Burgess:

En la oficina de un jefe o de un encargado existen unas confortables sillas, así como un escritorio y su correspondiente silla. Elegir sentarse alrededor de una mesa de café refuerza el hecho de que la conversación está siendo grabada y que, por lo tanto, no es un acto espontáneo. En contraste, hablar con un encargado sentado frente al escritorio con una grabadora colocada en un lado puede producir en el individuo con el que estoy hablando cierta confianza, al estar rodeado de objetos: un archivador que puede ser consultado, un archivo que puede ser abierto. Esto viene a añadirse a la formalidad y comunica algo acerca del estatus de los individuos y la manera en que se perciben a sí mismos.

(Burgess, 1988, pág. 142)

Con algunas personas, entrevistarlas en sus territorios y dejar que organicen el contexto y la manera es la mejor estrategia. Les permite relajarse más de lo que estarían en un ambiente menos familiar. Sin embargo, como hemos señalado antes, a veces es necesario establecer la entrevista en lugares distintos, en los que el entrevistador tenga el control, y que el investigador elija el lugar y/o la manipulación de su topografía puede ser una estrategia efectiva para conseguirlo.

Igualmente importante que pensar en el contexto de las entrevistas es tener en cuenta cómo la entrevista afecta a la vida del entrevistado. El investigador tiene una gran tentación: entender las entrevistas puramente en términos de su propia agenda, tratándolas como algo que tiene lugar fuera del marco de la vida diaria de los participantes. Sin embargo, otras personas tal vez no lo entiendan así en absoluto. Pueden ser una de las fuentes de problemas

como los que encontraron Skipper y McCaghy. Del mismo modo, hay personas para las que se puede decir que hablar es su trabajo y, de hecho, ser entrevistadas puede ser un acto rutinario que forma parte de su vida. El estudio de Dexter sobre los senadores y los congresistas proporciona un ejemplo obvio. Su actitud respecto a un comportamiento y a una entrevista será muy diferente del de aquellos que no están familiarizados con esta forma de interacción social. También el modo en que la gente responde en una ocasión determinada puede verse afectado por lo que les está sucediendo en sus propias vidas, y en cómo se sienten en ese momento a nivel personal. Éste fue un factor importante en la investigación de Cannon:

Un día tuve lo que yo experimenté como una entrevista particularmente mala con Katherine, con la que yo creía haber creado una buena relación de comunicación y comprensión. [...] Pensaba que todos mis peores miedos a la hora de entrevistar a personas enfermas se estaban materializando, que únicamente le estaba sirviendo para alterarla, que estaba enferma y cansada y que sólo se quedaba en el hospital para hablar conmigo por educación. Parecía distante y la conversación estaba puntuada por largas miradas y silencios; entonces, cuando le pregunté si se sentía demasiado cansada para continuar, ella dijo que quería hacerlo. [...] Yo estuve preocupada por este encuentro hasta que volví a verla. [...] En la siguiente entrevista fui capaz de decirle cómo me había sentido y el asunto se resolvió satisfactoriamente para las dos. Dijo que había querido hablar pero que se dio cuenta que estaba demasiado deprimida y cansada para hacerlo. Decidimos que, en el futuro, si esto volvía a suceder simplemente tomaríamos una taza de té y concertaríamos otra cita. De hecho, no volvió a suceder hasta que ella se puso muy enferma y estaba postrada en la cama; entonces, a veces decía que prefería hablar de otros asuntos que no fueran su enfermedad. Así lo hicimos, aunque la enfermedad a menudo emergía como el tema principal de la conversación.

(Cannon, 1992, pág. 164)

HACER PREGUNTAS

La principal diferencia entre la manera en que los etnógrafos y los entrevistadores de encuestas hacen preguntas no es, como a veces parece asumirse, que una de las formas de entrevista está «estructurada» y la otra está «desestructurada». Todas las entrevistas, como cualquier otro tipo de interacción social, están estructuradas

tanto por el investigador como por el informante. La distinción significativa debe realizarse entre la entrevista estándar y la reflexiva. Los etnógrafos no suelen decidir de antemano las preguntas exactas que quieren realizar, y no preguntan en cada entrevista exactamente lo mismo, aunque suelen empezar las entrevistas con la lista de los asuntos que se tratarán. Tampoco buscan establecer una secuencia fija con la que cubrir los temas relevantes; adoptan una aproximación más reflexiva, permitiendo que la charla fluya de un modo que parezca natural. Los etnógrafos tampoco necesitan restringirse a un único modelo de preguntas. Según las diferentes ocasiones, o los diferentes puntos en una misma entrevista, la aproximación puede ser dirigida o no dirigida, dependiendo de la función para la que el cuestionario pretende servir; y esto suele decidirse durante el progreso de la entrevista. En este sentido, como hemos señalado antes, las entrevistas etnográficas están más cerca del carácter de las conversaciones que las entrevistas para encuestas (Burgess, 1984a y 1988b). Sin embargo, nunca son simples conversaciones, porque el etnógrafo dispone de una agenda de la investigación y debe mantener cierto control sobre los procedimientos.

Esto es cierto incluso en el caso de un cuestionario no dirigido. Aquí las preguntas están diseñadas como impulsos que estimulan al entrevistado para que hable acerca de un tema concreto:

Normalmente, deberían ser de este tipo: «¿Cómo van las cosas en el Congreso?», «¿Qué es lo que más le preocupa?», y no «¿Qué opina sobre las nuevas tarifas?». Incluso sería mejor: «¿Cuáles son sus principales interlocutores?», «¿Hay alguien que le presione?». No se deben hacer preguntas como: «¿Es verdad que su agencia recibe subvenciones de tal y cual departamento federal?» ni «¿De qué manera influyen en su trabajo los asuntos de política interior?», y si alguien comienza a hacer comentarios, como un representante de una comisión me dijo, sobre los ex agentes del FBI que trabajan como empleados de una autoridad nacional, entonces, por lo menos, habrás aprendido a redefinir el impacto del gobierno federal. Una pregunta que defina rígidamente un determinado tema de conversación seguramente supondrá una pérdida de información que tú, entrevistador, no tienes ni idea de que existe.

(Dexter, 1970, pág. 55)

Las preguntas indirectas son, en realidad, cuestiones abiertas que no requieren del entrevistado una respuesta demasiado escueta ni se limitan a solicitar un «sí» o un «no». Sin embargo, incluso aquí el formato de la entrevista debe ser mantenido, y esto puede ser un pro-

blema cuando las identidades latentes molestan, como descubrió Platt (1981) en su investigación sobre colegas sociólogos. Muchos de los que respondieron a sus preguntas conocían a Platt y sus trabajos, incluso aunque no lo conocieran personalmente. Como resultado, «el conocimiento personal y comunitario [fue] utilizado como parte de la información disponible para construir una concepción de lo que la entrevista [iba] a suponer y eso afectó a lo que [iban] a decir» (Platt, 1981, pág. 77). Un problema añadido fue la tendencia de los entrevistados a invitarla a buscar en su conocimiento previo más que explicar en detalle lo que estaban diciendo. Como resultado, a veces obtuvo respuestas poco explícitas y/o que carecían de los detalles necesarios para llevar a cabo las interpretaciones.

Por ésta y otras razones, en las entrevistas indirectas el entrevistador debe escuchar de manera activa, prestando atención a lo que se está diciendo con el fin de valorar cómo se relaciona con la intención de la investigación y cómo puede reflejar las circunstancias de la entrevista. Además, esto debe hacerse con un ojo puesto en el desarrollo y la forma que va tomando la entrevista. Mientras que el objetivo debe ser minimizar la influencia del investigador en lo que el entrevistado dice, siempre es necesaria alguna estructuración para determinar lo que es o no relevante. E incluso cuando lo dicho sea muy importante, tal vez esté insuficientemente detallado o concretado, o si la ambigüedad no se resuelve se puede necesitar una mayor clarificación. Whyte (1953) ilustra un «control» indirecto de la entrevista en las preguntas que él hacía a Columbus Gary, un representante sindical que planteaba reivindicaciones en una planta siderúrgica:

WHYTE: Estoy intentando informarme sobre lo que ha ocurrido desde la última vez que vine para estudiar este caso. Eso fue en 1950. Creo que probablemente la mejor forma de empezar sería que tú me dieras tus propias impresiones de cómo van las cosas comparándolas con el pasado. ¿Crees que las cosas han mejorado o empeorado, o están más o menos igual? [...]

WHYTE: Eso es interesante. Quieres decir que no es que no tengáis problemas, sino que os adelantáis y los discutís antes de que las cosas se pongan peores, ¿no es eso? [...]

WHYTE: ¡Qué interesante! Me pregunto si podrías darme un ejemplo de un problema que haya surgido recientemente, o no tan recientemente, y que ilustre la manera en que lo habéis resuelto de manera informal sin llegar a mayores [...]

WHYTE: Ése es un buen ejemplo. No sé si me podrías dar más detalles sobre cómo empezó. ¿Fue el señor Grosscup el primero en hablarte de ello? ¿Cómo lo descubriste? [...]

WHYTE: Ya veo. Primero te lo explicó y posteriormente tú se lo comentaste a los trabajadores, pero entonces viste que ellos no lo habían entendido, ¿no?

(Whyte, 1953, págs. 16-17)

Sin embargo, como ya hemos indicado, en etnografía la entrevista no es siempre indirecta. Frecuentemente tenemos que verificar hipótesis, derivadas de la teoría que se está desarrollando, y aquí se necesitan unas preguntas mucho más directas y específicas. Cuando se sospecha que un informante no ha dicho la verdad, también es necesario realizar preguntas de contenido más restringido. Nadel, un antropólogo social, comenta que:

La expresión de duda o incredulidad por parte del entrevistador, o la realización de entrevistas con varios informantes, algunos de los cuales, debido a su posición social, probablemente proporcionarán información imprecisa, inducirá sin duda al informante clave a vencer su habitual resistencia y a hablar abiertamente, aunque sólo sea para confundir a sus oponentes y críticos.

(Nadel, 1939, pág. 323)

La confrontación de informantes con lo que uno ya sabe es otra técnica de este tipo, como Perlman ejemplifica a través de su investigación en Uganda:

A los cristianos no les gustaba admitir que una vez habían llegado a tener (incluso tenían todavía) dos o más mujeres. Pero en los casos en que yo descubría la verdad a través de amigos, vecinos o parientes del entrevistado, lo enfrentaba con este hecho, aunque siempre medio jugando, mencionando, por ejemplo, el nombre de su primera mujer. Cuando el entrevistado se daba cuenta de que yo ya sabía demasiado, normalmente me lo contaba todo por miedo a que sus enemigos dijese incluso cosas todavía peores. Aunque él insistía en que sólo había vivido con esa mujer durante seis meses y que nunca la había considerado como una esposa real, ya había, al menos, confirmado mi información. Después, yo comprobaba su historia a lo largo del tiempo y se lo volvía a preguntar una y otra vez si era necesario. Aunque visité a la mayoría de la gente una o dos veces —después de informarme primero todo lo que podía acerca de ellos— tuve que volver a ver a alguno por lo menos cinco veces hasta que estuve satisfecho con la precisión de mi información.

(Perlman, 1970, pág. 307)

Por supuesto, no todos los entrevistados tolerarán dicha repetición y un cuestionario dirigido, como Troustine y Christensen (1982, pág. 70) señalan en el curso de un estudio sobre las comunidades de élite:

Los entrevistados pueden ser reacios en un principio a ofrecer visiones candidas de sus iguales. [...] A veces un entrevistado podrá poner obstáculos a cualquier pregunta, sintiéndose incómodo progresivamente a la hora de compartir su visión sobre lo que se le está preguntando. No es que ocurra a menudo, pero cuando sucede debemos ser persistentes aunque no beligerantes. Después de todo, [...] los entrevistados pueden, si están bien relacionados, dificultarnos las cosas con una sola llamada de teléfono.

(citado por Hunter, 1993, pág. 45)

A los investigadores se les suele avisar para que eviten el uso de preguntas que induzcan las respuestas. Cuando se hace una entrevista, es importante no perder de vista este peligro, pero a veces este procedimiento puede ser extremadamente práctico para verificar hipótesis e intentar penetrar en nuevos frentes de investigación. Lo que importa es prever la dirección probable del sesgo que la pregunta introducirá. En efecto, una táctica es hacer que las preguntas induzcan las respuestas en el sentido contrario al que esperamos que vayan, para así evitar el riesgo de confirmar nuestras expectativas de manera simplificadora y engañosa; aunque es necesario tener cuidado de que esto no menoscabe la identidad del entrevistador como participante competente a ojos del entrevistado.

Las preguntas dirigidas y las no dirigidas proporcionan diferentes tipos de datos, y pueden ser útiles para distintas etapas de la investigación. Pero sea cual sea el tipo de preguntas empleadas, los etnógrafos deben estar alerta respecto a los efectos de sus preguntas en lo que dicen, o no, los informantes. (Para una útil información acerca de los diferentes formatos de pregunta, y para otros asuntos relacionados con las entrevistas etnográficas, véanse Spradley, 1979; y Lofland y Lofland, 1984, cap. 5.)

CONCLUSIÓN

Una importante fuente de datos para los etnógrafos son los relatos que proporcionan los nativos. Pueden producirse de manera es-

pontánea o inducidos por el investigador. Las entrevistas debe ser entendidas como un acontecimiento social en el que el entrevistador (y por este motivo también el entrevistado) es un observador participante. En las entrevistas, el etnógrafo puede ejercer un rol más dominante de lo usual, y esto puede capitalizarse tanto en términos de cuándo y dónde tendrá lugar la entrevista y quién estará presente, como para los tipos de preguntas realizadas. En este sentido, los diferentes tipos de datos pueden ser obtenidos o requeridos por las distintas exigencias de la investigación. A pesar de que estos mecanismos de las entrevistas evitan el peligro de la reacción, se trata únicamente del aspecto de un problema más general que no puede ser evitado: los efectos de la audiencia y el contexto sobre lo que se dice y hace.

Los relatos de la gente que se está estudiando tampoco deben ser tratados como «válidos en sí», ni como algo excluido de la valoración y explicación; tampoco deben ser menospreciados como epifenómenos de información acerca de acontecimientos, o como revelación de las perspectivas y las prácticas discursivas de aquellos que los producen. Además, en tanto que a veces puede ser importante distinguir entre relatos solicitados y no solicitados, también en muchas ocasiones no es aconsejable dicha distinción. Más bien todos los relatos deben ser examinados como fenómenos sociales que ocurren y se relacionan, en un contexto particular. No sólo se añadirán directamente al conocimiento sociológico, también pueden verter luz sobre el tipo de amenazas a la validez de la historia que tal vez necesitemos para considerar la información proporcionada por un relato.

En este capítulo hemos afirmado que los relatos nativos adquieren exclusivamente forma oral. Esto es cierto en las sociedades no letradas, pero en muchos lugares los documentos escritos son una fuente importante de datos, como veremos en el capítulo siguiente.